

# *Santa Locura*

Iñigo Vallejo-Nágera



## PRÓLOGO

EN ALGÚN LUGAR DEL NORTE DE LA INDIA,  
SIGLO XVI

La luz de las velas y antorchas que iluminaban los pasillos de palacio se reflejaron en la pequeña corona compuesta de brillantes y esmeraldas. El aura descansaba con elegancia sobre la cabeza de la princesa, que, seguida por dieciocho damas y nueve esclavas, caminaba presurosa hacia el salón del trono mientras la guardia real, en uniforme de gala, saludaba respetuosamente a su paso.

Pese a estar rodeada por las mujeres más distinguidas del reino y las esclavas más bellas de la lejana Persia, su alteza era capaz de resplandecer entre todas ellas. Parecía una estatua de jade blanco iluminada por un rayo de sol. Sus ojos atigrados, de color violeta, transmitían una mirada dulce y tranquila, aunque inteligente y despierta. Los labios carnosos, el pelo rubio, la sonrisa dulce y aquella piel de porcelana blanca habían inspirado hasta la locura a pintores, músicos y bardos; pero ni uno de ellos había logrado hacer justicia con su arte a los encantos de la futura reina.

En la antesala del trono aguardaba una comitiva venida de Udaipur. Todos lucían joyas y sedas, todos vestían sus mejores galas. Al pasar la princesa junto a los invitados, sus caras cambiaron de expresión. Habían oído hablar de su belleza, mas nadie llegó a imaginarse que pudiese existir una mujer tan hermosa. Aunque hasta cierto punto era de esperar, dada su línea de sangre, pues descendía por la rama paterna de la familia de Buda, y por la materna de la Virgen María.

—Es la máxima representación de la divinidad —surró a su marido una de las invitadas.

Las puertas del salón del trono se abrieron. Los reyes aguardaban a su hija en compañía del maharajá de Udaipur. Puestos de pie, parecían custodiar los tres cofres abiertos en el suelo: el primero de ellos estaba repleto de oro; el segundo, de esmeraldas; del tercero rebosaban telas y sedas llegadas desde Oriente.

A la princesa todo esto le hacía sentirse incómoda y triste. No le interesaban las joyas ni el oro ni la vida de palacio, y sobre todo no le interesaba ver a un maharajá ofreciendo regalos a sus padres. A ella sólo le importaba la condición humana, el pobre, el mendigo, el marginado. No soportaba ver el sufrimiento y la injusticia. Tenía ganas de escapar, de salir corriendo con esos cofres, de regalárselos a sus esclavas para que pudieran comprar su libertad, o a los mendigos de la ciudad, que sobrevivían a la enfermedad y el hambre gracias a las limosnas de unos pocos.

¿Dónde quedaron las enseñanzas de sus antepasados? ¿Por qué a su padre tan sólo le interesaban el poder y el dinero? La voz del rey interrumpió sus pensamientos.

—Hija mía, permitidme presentaros a su alteza el maharajá de Udaipur. Ha viajado muchas lunas para conoceros.

La princesa inclinó la cabeza ante el ilustre visitante y éste respondió con una sonrisa, mientras mantenía los ojos fijos sobre ella.

—María, hija...

Titubeó un poco, no le salían las palabras; buscó a su esposa girando levemente el rostro, en espera de un cierto apoyo, una cierta complicidad, pero la mirada de la reina sólo aguantó unos instantes y terminó en el suelo. El rey tragó saliva, se atragantó y comenzó a toser; su esposa se vio obligada a darle unas palmaditas en la espalda.

—Padre, son pocas las ocasiones en las que perdéis el ritmo del habla. ¿Qué pretendéis anunciar? Vuestro silencio me inquieta.

El rey volvió a tragar saliva.

—Su majestad el maharajá tiene un hijo en edad de contraer matrimonio, el príncipe Babur, primogénito y por consiguiente heredero al trono de Udaipur.

El invitado sonrió a la princesa e hizo una seña a uno de sus esclavos. Éste se aproximó con un pequeño retrato y se lo entregó a María, que lo observó sin demasiado interés. A su espalda, las esclavas alargaban el cuello y cuchicheaban entre risitas apenas sofocadas mientras lanzaban pequeñas exclamaciones de admiración hacia el pretendiente. El esclavo del maharajá lo advirtió y corrió apresurado a rescatar la ofrenda de manos de María.

—El primer día de invierno partiremos hacia Udaipur —dijo el rey tomando de la mano a su hija—. Con vuestro matrimonio se unirán nuestros pueblos.

La princesa miró compungida a su futuro suegro, que dio un paso al frente para hablar por vez primera.

—Formaremos el reino más grande y poderoso de todo Rajastán. Nuestros dominios llegarán hasta los mismísimos desiertos de Jasailmer.

El monarca acarició la mejilla de su hija.

—Con la unión de nuestros ejércitos seremos temidos y respetados por todos nuestros enemigos. Nada ni nadie osará invadir nuestro reino.

María callaba, perdida en el pensamiento más remoto de su cerebro como si su mente viajase a la velocidad de la luz para adentrarse en lo que podría considerarse la decisión más importante de su vida. Pero ninguna palabra al respecto rozaría sus labios. Había de ser cauta, disimular al máximo sus verdaderas intenciones. Su padre sería capaz de encerrarla en una torre si llegase a sospechar sus futuros planes.

El maharajá y el rey aguardaban impacientes una respuesta. La princesa clavó su mirada en los ojos nerviosos de su progenitor.

—Si la voluntad de mi padre y señor es que contraiga matrimonio, sean pues cumplidos sus deseos.

El rey sonrió. La reina, con lágrimas en los ojos, abrazó a su hija y la besó en la frente.

—Seréis la mejor reina que haya tenido Rajastán.

Una seña y las puertas del salón se abrieron por segunda vez. Las cabezas de los invitados que aguardaban en la antesala se apiñaron para ver a su futura reina, a la mujer más bella y poderosa del norte de la India, mientras el monarca tomaba asiento en el trono junto a su esposa. Los dos aguardaron a que invitados y cortesanos entrasen y se acomodaran en sus sitios. Una vez que todos ocuparon su lugar, el rey se levantó para hablar con voz majestuosa.

—Hoy es un gran día para nuestros pueblos...

El baile y la cena durarían la noche entera. Había comida, bebida y opio para todos. A María no le estaba permitido permanecer en la fiesta, debería alojarse en el ala

este del palacio, una fortaleza intramuros. Como mandaba la tradición, no podría ser vista por varón alguno hasta el día de su boda: los jardineros al alcance de sus dependencias serían reemplazados por mujeres; también los cocineros y pinches de cocina; su guardia personal estaría compuesta por once valientes y leales guerreras vírgenes, indiscutibles heroínas en la batalla de Akbar. Los dos únicos varones a los que la princesa podría ver serían el rey y un médico de más de noventa años.

Horas después, por la ventana de su nueva habitación aún entraban ecos de la música de la fiesta. «El opio y los vinos habrán calmado ya la euforia de los de Udaipur. Seguro que nuestros invitados están en los brazos de las concubinas», pensó María.

Sin hacer ningún ruido, se acercó a su esclava y comprobó que estaba dormida. Se cambió de ropa: se quitó las sedas y joyas para ponerse un sencillo sari de algodón; de calzado, unas modestas sandalias. De un soplo apagó las dos únicas velas que permanecían encendidas, luego se asomó al balcón para ver cómo una guerrera de Akbar pasaba bajo su terraza hacia las fuentes del jardín. Escondida entre las sombras de su mirador, María esperó a que desapareciera de su vista. Una vez que lo hizo, saltó desde el tercer piso al jardín, pues la agilidad era uno de sus grandes dones.

Desde que era una niña, trepaba a los árboles mejor que ninguno de sus amigos, podía pasar de balcón en balcón sin que nadie la viese ni la oyese, lanzarse desde una gran altura, dar una pirueta en el aire y caer en pie sin hacerse el más mínimo daño. Su madre se había empeñado en que fuese adiestrada por los trapecistas y malabaristas llegados en las caravanas de la lejana China. Éstos se convirtieron en sus mejores maestros y con el tiempo, en grandes

amigos. Le enseñaron a ser como una hoja transportada por el viento, a hacer que el peso de su cuerpo se resistiese a las leyes de la gravedad para poder planear como un pájaro, contonearse como una serpiente, saltar como una gacela... Además, de pequeña había jugado muchas tardes en esta parte del jardín del palacio. Conocía a la perfección cada rincón, cada esquina, cada túnel secreto. Y muchos años atrás, mientras perseguía a su loro *Hashisha*, ella misma había descubierto uno que conducía hasta la orilla de la laguna. Al llegar al otro lado del pasadizo, el pájaro se dio la vuelta, miró fijamente a la princesa y dijo:

—Acordaos de mi nombre, *Hashisha*, *Hashisha*. —Y sin decir nada más alzó el vuelo y se perdió en la oscuridad de la noche.

En ese momento, la princesa ni siquiera podía oír los pasos de la guerrera de Akbar. Sin hacer ningún ruido, cruzó el jardín y llegó al pasadizo. Estaba cubierto por unos arbustillos que tuvo que apartar; se metió en el agujero y escapó para no regresar nunca más al reino de su padre.

#### JASAILMER, UN AÑO MÁS TARDE

Frente a la gran puerta de Jasailmer, María, muy desmejorada, pedía limosna junto a varios mendigos. Su piel estaba seca como la arena del desierto y sus ojos reflejaban la tristeza de haber pasado grandes penurias. Sucios andrajos cubrían su cuerpo; los pies, plagados de heridas infectadas, apenas eran capaces de proporcionarle el suficiente impulso para hacer unas cuantas piruetas en el aire. Algunas mañanas aún conseguía formar a su alrededor un corrillo de curiosos, personajes que entraban y salían de

la ciudad, gente que se asombraba ante sus acrobacias, mujeres y hombres de buen corazón que dejaban caer unas monedas, algunos aplausos y una gran sonrisa.

La princesa solía repartir las limosnas entre sus compañeros los mendigos, aunque tenía predilección por dos: los más pobres entre los pobres, los únicos capaces de no inspirar ninguna lástima al más sensible de los corazones, exceptuando, claro está, el suyo. Por eso casi siempre les daba sus monedas o, mejor dicho, les compraba lo que necesitaban. Uno de ellos se llamaba Midi, y todo lo que hacía era fumar y fumar opio mezclado con unas extrañas hierbas. Bajito, sin dentadura, desprendía un olor harto desagradable. La pestilencia era tal, que incluso a María le costaba permanecer a su lado. A quien no parecía importarle era a una anciana que no hablaba con nadie, ni siquiera agradecía que cuidase de ella, aunque a la princesa no le afectaba; quería a esa mujer a la que, por falta de uno mejor, llamaba la Sin Nombre. Llevaba junto a ella más de tres meses y lo único que había conseguido era que de vez en cuando lanzase una sonrisa al cielo mientras observaba volar a los pájaros.

La Sin Nombre era pequeñita y muy flaca, con alguna que otra llaga en el rostro, la mirada siempre alerta y la piel arrugada. Pasaba el tiempo haciendo bolitas de pan del mismo tamaño, todas exactamente iguales. Tardaba varios minutos en formar cada una de ellas. Acto seguido, las introducía con suma delicadeza en un saquito que llevaba atado a la cintura, y cuando éste estaba lleno, ofrecía en riguroso orden una a una las bolitas de pan a los pájaros. La Sin Nombre los conocía a todos; cuando uno de ellos intentaba colarse o tomar doble ración, lo espantaba con grandes aspavientos.

Aquella mañana, María había conseguido cinco monedas, lo que se podría calificar como una buena renta.



Con eso compraría dos panes, unos tomates y un poco de carne para la Sin Nombre, y el resto lo emplearía en abastecer el vicio de Midi, que en ese momento se encontraba tumbado, sudando y retorciéndose de dolor.

La princesa se inclinó junto a él.

—Sudáis demasiado. ¿Comenzaron ya los dolores?

Midi la miró aguantando los retortijones y los escalofríos que recorrían su cuerpo.

—De esta ingrata forma he pasado toda la noche. —Se colocó en posición fetal y dejó escapar una sonora ventosidad.

María se cubrió la nariz con una mano.

—Por los clavos de Cristo, se os escapó un preso.

—Tened piedad, os lo ruego —suplicó Midi mientras se retorció.

Después de besarle en la frente, la princesa se incorporó sin apartar un milímetro los dedos de su nariz.

—Partiré ligera a por vuestros medicamentos.

Mientras se dirigía hacia al mercado, no dejaba de pensar en sus dos amigos. Aquélla sería la última vez que compraría la mezcla de opio y hierbas de Midi y la comida de la Sin Nombre. Su misión no había hecho más que empezar.

Es cierto que bajo las puertas de Jasailmer había conocido el sufrimiento, el hambre y la soledad. Y es cierto que tenía mucho que agradecer a las enseñanzas de la calle, a la pobreza y a la miseria.

Ahora era capaz de sentir en su propia carne el dolor humano, ahora podía enfrentarse al reto más grande de todos. Pero no ignoraba que antes tendría que adentrarse en el desierto durante cuarenta soles y habría de resistir a las tentaciones para llevar a buen término su misión. Necesitaba tiempo y espacio para meditar largas horas cada

día. Estaba convencida de que en su particular cuarentena encontraría la forma de descubrir *el secreto para la absoluta libertad del hombre*.

Tras terminar la compra, regresó junto a sus dos amigos. Primero se dirigió hacia Midi.

—¡Extraño comportamiento mostráis esta mañana! ¡No os quejáis de mi tardanza!

Midi no respondió, no sudaba, no respiraba, permanecía tieso como una estaca. María se inclinó para cerrarle los ojos.

—Que Dios se apiade de vuestra alma. —Se levantó y se acercó a la Sin Nombre, que dejaba caer una lágrima en honor del muerto. Se estremeció su alteza con tan noble sentir y al igual que los Reyes Magos entregaron a Jesús oro, incienso y mirra, ella entregó a la mendiga pan, opio y una gran sonrisa—. Tomad, para vuestros pájaros.

La anciana observó la mezcla de opio y extrañas hierbas, las acarició, las olió; se concentró en amasarlas con sus largos dedos para formar unas bolas redondas, hasta tener trescientas sesenta. Ni una más ni una menos. Acto seguido las introdujo en otras de pan y las esparció por el suelo aguardando pacientemente a que las palomas y gorriones se las comieran. Con cierta lentitud, la Sin Nombre elevó su vista al cielo mientras señalaba a las aves y hablaba por primera vez.

—Mirad cómo bailan. Es en honor de Midi.

La princesa dirigió su atención hacia el lugar que señalaba la anciana y pudo ver cómo los pájaros hacían piruetas, clavados y acrobacias; jugaban persiguiéndose los unos a los otros, brindando a las mendigas la danza más maravillosa que jamás se haya contemplado. Poco a poco, las aves comenzaron a formar un gran círculo en el cielo. Por desgracia, alguien gritó:

—¡Un muerto!

Varias personas se reunieron alrededor del cuerpo sin vida de Midi y al poco los guardias de la puerta llegaron abriéndose paso a golpes. Uno de ellos empujó a María con tanta fuerza que le hizo perder el equilibrio y caer al suelo. En ese instante, el círculo de pájaros se disolvió en el aire como si hubiese reventado en trescientos sesenta pedazos. De la maravillosa danza tan sólo quedó el azul del cielo.

La Sin Nombre se dirigió hacia sus poquísimas pertenencias, las recogió meticulosamente mientras decía para sí:

—Es tiempo de buscar otra plaza. —Luego se dio la vuelta y se alejó dejando sola a la princesa.

Casi se cumplían ya tres semanas de su llegada al desierto. En este tiempo, María se había alimentado de pequeñas lagartijas e insectos y había pasado momentos de sed extenuante, pero a pesar de estos inconvenientes se sentía bien, tal vez mejor que nunca. La fuerza de la meditación y de la oración eran el alimento más necesario para su cuerpo y su espíritu y parecía haber rejuvenecido diez años: sus piernas no se cansaban de andar, de escalar montañas, de subir pesadas dunas de arena, de aguantar tormentas de polvo, el frío de la noche y el calor del día.

Tras descender por un angosto camino de piedras, la princesa descubrió una pequeña fuente. El agua manaba de una roca gigante de color dorado. María se agachó, juntó las manos bajo el chorro, se lavó la cara, los pies y los brazos, luego acercó su boca al agua cristalina y bebió hasta calmar su sed.

El sol se acercaba imparable al horizonte; conforme se aproximaba, su color cambiaba del amarillo al naranja. La

luz rebotaba en la dorada roca de la fuente, que se iluminó hasta convertirse por unos momentos en la antorcha de la montaña. Los destellos que irradiaba llegaban hasta la sombra más recóndita del lugar. Todo resplandecía a su alrededor, todo era una bella luz dorada y de repente del cielo descendió algo, parecía una sombra. Y sin embargo no lo era: se trataba de un bello palomo que aleteó junto a María hasta posarse en su mano.

La princesa se arrodilló, inclinó la cabeza y lanzó la pregunta:

—¿No seréis el Espíritu Santo?

—Soy un mensajero del Señor.

María levantó la mirada.

—Hablad pues.

—Dios nuestro Señor os ha señalado para que durante setecientos años guardéis lo que me dispongo a deciros.

El palomo colocó su pico en el oído de la princesa y le reveló el secreto para la absoluta libertad del hombre. María no era capaz de contener el llanto, su corazón se llenó de alegría; tenía ganas de salir corriendo, cantarlo a los cuatro vientos: el mismísimo Dios la había señalado. Sería ella y solamente ella la que en setecientos años revelaría...

—Aguardad un momento. ¿Cómo podré contarlo?... En setecientos años de mí sólo quedarán los huesos...

El palomo volvió a estirar el cuello.

—Mujer de poca fe. Habéis llegado hasta este lugar y aquí meditaréis durante siete días. No os hará falta comida ni bebida alguna. Transcurrido este tiempo, os convertiréis en una estatua de piedra, y durante setecientos años permaneceréis de esta forma.

La princesa miró al cielo y gritó con todas sus fuerzas:

—Hágase tu voluntad y no la mía.

El palomo voló hasta posarse en lo alto de la roca.

—Cuando dejéis de ser estatua para convertirnos nuevamente en persona, buscaréis en el cielo un círculo formado por miles de pájaros, sólo entonces podréis dar voz al misterio.

El sol se había posado en el horizonte, la roca dorada perdía ya su brillo y el palomo volaba perdiéndose entre las dunas del desierto. María unió las manos como si fuese a rezar, el viento movía suavemente su cabello mientras una catarata de lágrimas rebosaba de sus ojos. Por fin conocía el secreto para la absoluta libertad del hombre. Ahora tan sólo le quedaba convertirse en estatua y esperar setecientos años para reencarnarse en otro ser.

La doctora Teresa del Valle miró su reloj. Eran casi las dos de la tarde y su paciente seguía hipnotizada.

—María, cuando cuente hasta tres abrirás los ojos y despertarás. Uno... dos... tres.

En ese mismo instante, la mujer abrió los ojos, se incorporó muy despacio hasta sentarse con la espalda bien recta, luego unió las manos en posición de rezo, inclinó unos grados su cabeza e imitó a una santa de algún cuadro del museo del Prado. Aquella mañana, la princesa iba vestida del mismo modo que la Virgen: en la cabeza llevaba una corona de plástico que había conseguido en una oferta de bolsas de patatas fritas; cubría su cuerpo un camisón de algodón color púrpura; de los hombros colgaba una capa hecha con la tela de una cortina vieja a la que había añadido largas tiras de papel de baño, que ella misma había pintado con acuarelas y cosido de forma no demasiado ortodoxa.

La doctora volvió a mirar su reloj.

—Se nos acabó el tiempo, majestad —dijo con dulzura. María perdió su sonrisa angelical y se puso en pie.

—Mucho me entristece el breve tiempo de audiencia

que me concedéis. Sería muy ventajoso que pudiera veros más a menudo. ¡Hay tantas cosas que os quedan por entender!

La doctora dejó escapar un pequeño suspiro.

—Nos vemos mañana a la misma hora. Por cierto, la hermana Guillermina me ha dicho que ayer tuviste una discusión en el comedor durante la cena.

El gesto de María se crispó levemente y sus manos, que hasta ahora continuaban en posición de plegaria, comenzaron a agitarse con velocidad y contundencia.

—No fue culpa mía. De sobra sabe la hermana que no como aves, y un pollo al ajillo es un ave, ¿o no?

La doctora se levantó de su silla, rodeó la mesa y se acercó a su paciente.

—¿Qué voy a hacer contigo? Ayer en la cena hubo pollo pero a ti te sirvieron lenguado. No fue ése el motivo de la discusión. ¿Qué ocurrió?

—Conchita insultó a mi persona diciendo: «Mucha santa y mucha princesa, pero con papel de retrete como capa no vas a ninguna parte.» —Se cruzó de brazos, enfadada al oír la risa de su interlocutora—. Pobre doctora, apacible, sobria e ingenua mujer de bien. ¿También vos os burláis de una santa? —La princesa miró hacia el techo, los tubos fluorescentes le hicieron cerrar un poquito los ojos. Se enderezó y, como de costumbre, unió las manos en posición de rezo—. Perdónales, Señor, no saben lo que hacen.

Luego se dio la vuelta y salió de la habitación dando pasitos muy cortos, al tiempo que arrastraba pies y capa por el suelo. La doctora Del Valle regresó a su mesa, abrió un cajón y extrajo de éste una pequeña grabadora. Aún de pie, pulsó el botón rojo.

—Madrid, 22 de mayo de 2009. Paciente: María, ape-

llido desconocido. Por primera vez ha sido hipnotizada; la versión que da sobre su santidad es muy parecida a la proporcionada por la enferma en condiciones normales. Su estado paranoico evoluciona rápidamente hacia un delirio sistematizado, que comienza, entre otras cosas, a tener efectos negativos en la convivencia con otras enfermas. Muchas de las pacientes se niegan a darle el trato de alteza real o santidad, además de no permitir que se cuele en las colas del comedor o al recibir la medicación. Esto le provoca grandes frustraciones y momentos de tristeza. Estoy pensando en trasladarla al ala mixta del hospital, quizá los hombres tengan un poco más de paciencia con ella o al menos no les importe que se cuele en las filas.

La doctora soltó el botón y miró por la ventana con la mente aún puesta en María. Tras unos segundos, lo pulsó de nuevo.

—Dato novedoso: ahora se niega a comer cualquier tipo de huevo. Sor Guillermina la había convencido de que eran de serpiente y no de gallina, pero una de las enfermas del centro desmintió el engaño y a raíz de ello la paciente vomitó en trece ocasiones a lo largo de tres días. Entre vómito y vómito repetía una y otra vez la misma frase: «¡Presto he de encontrar el círculo de pájaros en el cielo!»

Cuando sonó el teléfono, apagó la grabadora y contestó la llamada con el manos libres.

—Dígame.

—¿Doctora Del Valle? Soy el doctor Dueñas —dijo una voz grave y calmada.

Dueñas era uno de los catedráticos más respetados y temidos en la Facultad de Medicina, además de un prestigiosísimo psiquiatra. «¡Qué recuerdos!», fue lo primero que pensó la doctora al oírle. Fue su profesor diez años



atrás, cuando ella no era sino otra de sus muchísimas alumnas, una más del montón, una de esas que estaba deseando besarle, hacerle el amor, aunque tan sólo fuese por una noche. Pero el doctor era un hombre recto y de familia y jamás, en todo el tiempo que llevaba impartiendo clases, se le había podido atribuir ningún desliz amoroso.

En los últimos años, únicamente se habían cruzado una vez en los pasillos de la universidad. Ese día, ella le dedicó una sonrisa y a punto estuvo de comentarle lo mucho que le admiraba desde que fue su alumna, pero como respuesta sólo recibió un leve y rápido gesto de cabeza que indicaba: «Estoy ocupado y tengo prisa.» Desde aquel día, antes de llegar a la facultad, Teresa no dejaba pasar la oportunidad de arreglarse meticulosamente frente al primer espejo que encontraba, con una meta clara: estar guapa por si volvía a cruzarse con el doctor. Su cuerpo menudo pero atlético, su generoso pecho y sus bonitos ojos negros le daban suficiente confianza para no rendirse y seguir soñando con su amor platónico. Se cortó el pelo para dar un aspecto más serio a su imagen, y además ocho meses atrás se había operado de la nariz y ahora tenía el perfil de una estrella de telenovela.

—¿En qué puedo ayudarle? —respondió intrigada y un tanto nerviosa.

—Le molesto para decirle que por casualidad ha caído en mis manos su proyecto de Enfermos Psíquicos Sin Fronteras. Me ha parecido un trabajo excelente y absolutamente viable. La idea de repatriar a todos los enfermos que permanecen hospitalizados fuera de España es muy meritoria, y quiero que sepa que cuenta con todo mi apoyo. Si lo desea, me gustaría que trabajáramos juntos.

La doctora Del Valle permaneció unos segundos muda; no esperaba una reacción tan rápida a su proyecto. Aho-

ra, con el interés del doctor Dueñas, su idea podía convertirse en realidad.

—Será un honor contar con su colaboración —respondió un tanto eufórica.

—A partir del 15 de junio y hasta finales de agosto impartiré unos cursos en la Universidad de Miami, pero antes de marcharme quisiera decirle que el gobierno de la India está dispuesto a poner en práctica una idea muy parecida a la suya. Me han propuesto que sea el coordinador y supervisor de la repatriación de los enfermos españoles que hoy día cumplen condena penal en diferentes hospitales hindúes. Como ya le he dicho, mis compromisos en América me lo impiden, y me gustaría que usted se hiciera cargo del tema hasta mi regreso en septiembre.

Incapaz de permanecer quieta, la doctora iba de un lado a otro mientras hablaba.

—¿Cuándo podemos vernos?

—¿En mi despacho de la facultad el jueves a la una?

—El jueves... —La psiquiatra consultó su agenda—. Perfecto, el jueves nos vemos.

—Hasta entonces, y de nuevo enhorabuena por su proyecto.

—Muchas gracias —contestó ella con una sonrisa de oreja a oreja al tiempo que por el altavoz del manos libres sonaba el clic del teléfono; la conversación había terminado. Comenzó a dar saltitos de alegría. La oportunidad de su vida había llegado: su carrera tenía la posibilidad de alcanzar las metas soñadas tantos años atrás..., su propia clase en la facultad, su propia consulta privada, artículos clínicos, incluso libros... Era un día lleno de satisfacción en la vida de la doctora Del Valle.



GOA, INDIA, 27 DE MARZO DE 2009

Estaba a punto de ponerse el sol, las pocas farolas que iluminaban la plaza del pueblo mezclaban la luz de sus bombillas con la luz natural. El cielo se hallaba cubierto por nubes grises y parecía que iba a empezar a llover en cualquier momento.

Casi todos los *frikies* se habían ido para no soportar los largos meses del monzón; tan sólo quedaban los que no tenían dinero para comprarse un billete y largarse de Goa. Alejandro creía que iba a poder marcharse esa misma semana con un cargamento de ácidos y, por fin, después de veintiséis años, regresar a España. El único problema era que su socio Junkie Eddy, un norteamericano de Chicago, le había timado y había desaparecido con su cargamento y los billetes de avión. Le había dejado en la estacada, pero él estaba dispuesto a llegar muy lejos para recuperar lo que era suyo, y tenía una pista: alguien le había soplado que Junkie Eddy se escondía en el bar Joe Banana con el cargamento de ácidos.

La mercancía merecía la pena, llevaba la firma de un

fiel amigo de Alejandro al que todos conocían por el nombre de Chemical Jack. Un buen día llamó al español para decirle: «Eres el único que me ha aguantado. Además, te debo muchos favores», y sin dar más explicaciones le tendió un papel con la fórmula de los ácidos bautizados con el nombre de «santos espíritus». Sin ninguna duda, con el marketing adecuado podrían arrasarse en Europa.

Al día siguiente, cuando aún no había amanecido, Chemical Jack se ahorcó en el árbol de la plaza del pueblo, dejando como único heredero a su viejo amigo Alejandro. El problema es que el español no recordaba dónde había puesto aquel papelito: se emborrachó y lo perdió horas después de que Chemical Jack se lo entregara. Menos mal que además de la fórmula le dejó tres garrafrones repletos del maravilloso ácido, y ahí empezó todo. Junkie Eddy tenía contactos en España para la distribución de los santos espíritus, y le convenció para meter el líquido en unos budas de plástico, pero ahora el miserable de su socio se había esfumado con los santos espíritus y su billete de avión.

Por suerte, aún le quedaban unos pocos amigos, uno de ellos le dijo que había visto a Junkie en el Joe Banana a las tres de la tarde. Aun sin demasiadas esperanzas de encontrarle, hacia allí se encaminó Alejandro con la intención de darle una buena lección si podía localizarlo. «Esta mañana cerraron el aeropuerto por la intensa lluvia caída... o cogió el autobús o se quedó en Goa, no hay otra», pensó mientras daba un fuerte pisotón en un charco, salpicando a un pobre hindú que paseaba con pantalones blancos. Como garantía para su seguridad, llevaba en la mano un hermoso machete al que pensaba dar uso si la situación así lo requería. Al tratarse de un día especial ya

que se disponía a viajar a España, aquella mañana se había puesto su camiseta preferida: AFGAN AIR FORCE, se podía leer en letras rojas. También había intentado ponerse el único par de zapatos que tenía, pero después de haber pasado descalzo tantos años, los malditos mocasines no le entraban siquiera con un calzador y terminó regalándose-los a un amigo cubano.

Para tener sesenta años de edad muy pasaditos de vueltas, Alejandro se conservaba bastante bien. Su gran corpulencia y fuerza física eran buenas aliadas para la salud de su pobre cuerpo tantas veces golpeado por el alcohol y las drogas. Aunque había perdido mucho pelo, aún conservaba una larga melena canosa y sucia, que hacía que su gran nariz aguileña pareciese algo más pequeña de lo que realmente era. Un tatuaje decoraba la barbilla: una pequeña y delgada línea vertical que iba desde el centro del labio inferior hasta el final del mentón y que se inclinaba un poco hacia la izquierda cada vez que se enfadaba o emborrachaba, pues cambiaba la posición de su mandíbula en un gesto ya inconsciente. También los enormes y fuertes brazos estaban tatuados: en el derecho, una pantera negra enseña los dientes; en el izquierdo, un pegaso. La piel de su cara, curtida por muchos años de sol y playa, marcaba sus rasgos. Al verle, cualquiera diría que por las venas de Alejandro corría sangre siux. Algunos le llamaban Caballo Loco y él se había apuntado con muchas ganas a esta idea hasta el punto de que últimamente no paraba de decir que era la reencarnación del gran jefe indio.

En la puerta de Joe Banana encontró como siempre unos cuantos *frikies* fumando hachís y bebiendo cerveza. Al ver cómo Alejandro se dirigía hacia ellos con un machete en la mano y la raya torcida en su barbilla, se aleja-

ron unos pasos e hicieron corrillo a la espera del espectáculo que se avecinaba.

Sin prestarles atención se dirigió a la barra. Tras ella se encontraba Joe, un hindú de cincuenta y tantos años, calvo, bajo, gordito y con cara de niño travieso. Era el dueño del bar, y en ese momento sacaba brillo a unos vasos con un trapo blanco. Había visto demasiadas cosas en su local y ni siquiera se inmutó al ver el machete que Alejandro depositó con brusquedad sobre la barra.

—¿Dónde está Junkie Eddy? —preguntó respirando como un rinoceronte. Joe continuó centrado en los vasos sin alterar el ritmo de su muñeca.

—Se marchó en el autobús hace... —Echó un vistazo al reloj de la pared—, unas dos horas.

—¡No me jodas, Joe!

El barman dejó de limpiar el vaso y por primera vez le miró fijamente a los ojos.

—Te digo que se marchó hace dos putas horas con su chica.

—¿Qué chica? No la conozco —dijo Alejandro mientras daba un puñetazo en la barra.

—Vino hace una semana a buscarle desde España. Lo siento, pero te jodieron. —Luego sacó una cerveza de la nevera y la colocó junto al machete—: Invita la casa.

Alejandro ni la tocó.

—El hijoputa tiene los días contados... Lo mato. —Dicho esto saltó por encima de la barra, cogió su machete y se metió en la trastienda del bar buscando la cara alargada y los ojos desorbitados de Junkie Eddy—. *Fuck you, Fuck you* —gritaba mientras abría cada armario e inspeccionaba cada hueco.

Joe cogió el vaso de cerveza y del bolsillo sacó una pequeña figura de Buda hecha en plástico, quitó un taponci-

to de su pie y vertió en la bebida un hilo de líquido equivalente a veinticinco santos espíritus. Después añadió un chorrito de limón para disimular el sabor de esta nueva versión de LSD.

Alejandro salió de la trastienda caminando hacia Joe, lo agarró de la camisa y lo izó en volandas.

—¿Ha dejado alguna dirección, algún teléfono?

El otro, colgado a treinta centímetros del suelo, contestó como pudo.

—No es tan idiota.

Al soltarle, Joe cayó al suelo como si fuese un saco de patatas.

—Si me has mentido te abro la cabeza —gritó furioso mientras el barman se acomodaba la camisa y le ofrecía de nuevo la cerveza.

—Junkie está camino de España. ¿Qué gano con mentirte?

Esta vez sí, Alejandro se la bebió sin respirar antes de estampar el vaso contra la pared.

—Ponme otra.

—Vale, pero no me jodas más vasos.

El español repitió la operación, pero en esta ocasión al estampar el vaso sintió un extraño mareo. Por los altavoces del bar sonaba una canción de Velvet Underground.

—«*Nico baby, you never let me down*» —gritó loco y luego se puso a bailar.

Los *frikies* que estaban fuera se acercaron para contemplar el baile. Poco a poco empezaron a animarse y alguna de las chicas se unió a su baile. Cuando la canción terminó, Alejandro se restregó los ojos: las paredes del bar respiraban, las caras de la distinguida clientela se deformaban hasta llegar a tener un aspecto muy cómico; la piel daba paso a un abanico de colores y de la cabeza, los



oídos y la nariz de los que le rodeaban empezaron a brotar pequeñas plantas. Alejandro era capaz de reconocer esa sensación, pero hasta ahora nunca la había notado tan rápida, tan fuerte, tan descontrolada: sabía que estaba en pleno subidón, pero no era capaz de controlar el efecto de los santos espíritus. Su cerebro estaba abierto a mil percepciones y comenzó a perderse en ese bosque de imágenes y sonidos llenos de color y exotismo. Los *frikies* reían al verle dar vueltas como una peonza aunque la risa desapareció al poco tiempo de sus caras. De repente, el español empezó a pegar puñetazos a los que se le pusieron por delante. Todos se apartaron, muchos salieron corriendo fuera del bar.

La alucinación de Alejandro continuaba imparable su curso. Ahora veía el bar lleno de pájaros: volaban rozándole la cabeza, realizando acrobacias entre las lámparas del techo y las mesas. Uno de ellos se posó en su hombro y en ese mismo instante Alejandro sintió que le invadía la calma y unas palabras alcanzaban sus oídos.

—Mírate las palmas de las manos.

Obedeció, intentando concentrarse.

—¿Ves cómo se mueven? —susurró el pájaro.

Pese al monumental colocón, Alejandro consiguió ver cómo las líneas de sus manos cambiaban de posición: algunas se ensanchaban; otras se estrechaban; una de ellas se cruzó bruscamente con la raya principal.

—La ruta de tu vida ha cambiado. No razones, no luches por evitarlo. Todo lo que hagas será inútil.

Una vez finalizado el discurso, movió las alas y salió del bar junto con las otras aves. Pasaron unos segundos de absoluto silencio. Luego una canción, «Take a Walk on the Wild Side», rompió el mutismo y dio fuerza a Alejandro: quería seguir a los pájaros y salió corriendo del bar. Se su-

bió en una destartalada Royal Enfil que había aparcada junto a la puerta y logró ponerla en marcha.

—¡Tengo que ver a san Francisco Javier, puedo hablar con los animales como él!

Al tiempo que Alejandro metía primera, aceleraba y se perdía por la esquina de la plaza, la figura alta y delgada de Junkie Eddy salía de un pequeño escondrijo bajo la barra del bar. Apretaba los dientes, marrones y negros pese a no haber cumplido aún los cuarenta y cinco; tantos años enganchado a la heroína le habían pasado factura.

—Soy claustrofóbico y el hijo de puta se pone a bailar —gruñó el americano. El habitual color blanco verdoso de su piel parecía aún más blanco y le daba un aspecto fantasmal.

El barman rompió a reír...

—Me debes quinientos dólares.

Junkie buscó la cartera en su bolsillo trasero, sacó cinco billetes de cien dólares y mientras los contaba preguntó a Joe:

—¿Le metiste los ácidos?

—¿Tú qué crees? —No había terminado de decirlo cuando se oyó un frenazo, un golpe y el motor de la Royal Enfil que se apagaba. Junkie miró hacia la plaza del mercado—. ¡Auch... qué penita me dan él y su puta madre! —El americano forzó una risita y se frotó las manos mirando hacia la plaza. No le duró mucho la alegría, a lo lejos se escuchó un tremendo chillido.

—¡San Francisco Javier, no me jodas ahora!

Antes de hablar, Junkie emitió un gruñido similar al de un perro.

—Mejor me marchó, no vaya a ser que vuelva. —Y sin hacer más observaciones, salió a la calle por la tras-tienda.

Al incorporarse, Alejandro sangra por la nariz; en la cara tiene algùn que otro rasguño y poca cosa más. Se ha estampado contra un puesto de cocos y el dueño le grita e insulta desesperado. Pero Alejandro, en vez de ver al pobre diablo, percibe a un marine que le apunta con una ametralladora; tras él, cincuenta tanques y veinte mastines que ladrarán demasiado amenazantes para su gusto. La situación no es la ideal y decide huir hacia el campanario de la iglesia mientras los tanques encienden motores y los perros van tras él. Tiene que actuar, lo primero, despistar a los perros, «pero ¿cómo?», se pregunta mientras mueve las piernas lo más ligeramente que puede. Opta por cagarse en los pantalones, con la esperanza de que el olor de sus heces desorienta a los animales y logre salvar el pellejo.

Mira hacia atrás, no ha funcionado, ahí siguen los malditos perros corriendo tras él. No importa. Ya sólo quedan unos metros para llegar al campanario de la iglesia. Un tanque dispara un misil que le roza la cabeza para impactar más tarde en el mar. Al llegar al campanario intenta abrir la puerta pero tiene un candado y una puta cadena. «Maldita sea», piensa mientras alucina. No le va a quedar más remedio que trepar por las rejas de la verja, y consigue hacerlo con gran esfuerzo y mucha torpeza. Sin embargo, al saltar al otro lado pierde el equilibrio y cae al suelo como si fuese un saco de cemento.

—¡Qué coño! ¡Que se joda el dolor! —grita para infundirse ánimos.

Ni sabe ni le importa de dónde saca las fuerzas necesari-

rias para levantarse y subir por la escalera que conduce al campanario. Milagrosamente sus pulmones le permiten este exceso de energía sin sufrir un paro cardíaco. Mientras tanto, los tanques y los perros rodean el campanario.

Alejandro consigue llegar hasta arriba; se agarra de la cuerda que cuelga de la campana, y comienza a tirar de ella con todas sus fuerzas. Su intención es avisar a san Francisco Javier para que le ayude a salir de esta situación. Se lo debe, ya que son los españoles que han permanecido más tiempo en la India sin visado, y ahora comparten algo más: los dos pueden mantener una cordial conversación con los animales. Alejandro nunca ha tenido muy claro que el santo que se encuentra en Goa, san Francisco Javier, no es san Francisco de Asís. Su cerebro confunde a los dos Franciscos, para él son la misma persona. El santo español también podía hablar con los animales y no hay más que discutir.

Los habitantes de Goa salen de sus casas maldiciendo al tipo de la campanita. La televisión retransmite la final de la Champions y los campanazos no les dejan verlo ni oírlo con tranquilidad. Enseguida se corre la voz de que es Alejandro quien está en la torre de la iglesia, y a nadie le sorprende. Algunos buscan piedras y comienzan a lanzárselas, mientras otros, sin ningún éxito, gritan que baje y se tranquilice.

Alejandro confunde las piedras lanzadas con proyectiles, los gritos de los vecinos con ladridos de mastines dispuestos a comérselo vivo. Esto hace que busque con más ansia a su amigo san Francisco Javier.

—¡Puedo hablar con los pájaros como tú!

Pasan muchos minutos. La gente se ha perdido más de media final de la Champions y está furiosa. Más de uno pretende subir a la torre para matar a estacazos al español

aunque por suerte llegan los bomberos y la policía y en poco tiempo le bajan esposado con unos cuantos porrazos en la espalda y el labio roto. Al cruzar la plaza tienen que protegerlo hasta llegar al furgón policial: los vecinos quieren molerle a palos.

Alejandro se resiste a entrar en el vehículo.

—¡San Francisco, no me abandones! —grita al tiempo que un agente le golpea de nuevo en la espalda y consigue al fin que entre en la camioneta.

El comisario, un tipo gordo, con barba muy bien cuidada y repeinado gracias la inestimable ayuda de la gomi-  
na, se encontraba en su despacho con los pies sobre el escritorio. En la mano derecha, una botella de cerveza bien fría a la que daba un sorbo de vez en cuando. En esos momentos el partido de fútbol era su absoluta prioridad y sabía que aquella calma no podía durar mucho. «Siempre igual», se dijo cuando alguien llamó a la puerta.

—Os he dicho que no molestéis.

—Señor, tenemos a Alejandro —se escuchó desde fuera.

El comisario bajó los pies de la mesa, escondió la botella en la papelera y con el mando a distancia bajó el volumen del aparato.

—Pasa —ordenó.

La puerta se abrió y entraron tres policías con el esposado.

—¿Qué ha hecho ahora? —preguntó el comisario sin apartar la vista de la televisión. Uno de los subalternos dio un paso al frente.

—Se subió al campanario buscando a san Francisco Javier.

—Ah... ¿Conque eras tú el de la campanita...? —pre-

guntó el comisario algo mosqueado. De repente percibió un olor muy fuerte a excrementos, olfateó un poco el aire y dejó de mirar la televisión para fijarse en Alejandro.

—¿Por qué hueles tan mal?

Sin vacilar un solo segundo, el otro contestó la verdad.

—Me perseguían los perros, tuve que despistarlos y por eso me hice caca.

—Ya... —respondió el comisario mirando nuevamente la televisión. Alguien había metido un gol, se estaba perdiendo el partido de fútbol y a eso no estaba dispuesto—. Vete a casa, cámbiate y vuelve... bueno, no... mejor no vuelvas.

Alejandro se dio la vuelta seguido por los agentes. Cuando estaba a punto de cruzar la puerta, el comisario tuvo una idea mucho mejor.

—Llévalo al manicomio.

—A sus órdenes, señor —respondieron a coro los tres policías.



La doctora Del Valle había dado muchas vueltas a su cabeza aquella mañana. Generalmente no dedicaba tanto esfuerzo a su vestuario, pero aquél era un día clave para ella y deseaba estar perfecta. Después de probarse y quitarse camisas, faldas y pantalones durante media hora, se había decidido por un traje azul claro de chaqueta y falda de Armani, unos zapatos de tacón de Prada, y un collar de perlas grises que heredó de su abuela. Con este atuendo, tiene la certeza de que causará una buena impresión al doctor Dueñas. Un primer paso, pequeño aunque importante, para el futuro de su carrera.

Antes de salir a su cita, recogió la lista de la compra que su madre le había dejado pegada en la puerta de la nevera. Era uno de sus ritos; siempre con recaditos inoportunos que verdaderamente empezaban a sacarle de quicio, aunque sabía que de momento no había salida. Desde que murió su padre cuatro años atrás, decidió ahorrarse la mensualidad de su minúsculo apartamento alquilado y hacer compañía a su madre. En un principio pensó que tan sólo sería por un año: al dinero que sacaba impartiendo clases como profesora adjunta en la facultad se le su-



maba el ingreso extra de las consultas en el psiquiátrico San Ángel. Creyó que se marcharía pronto... pero el resultado fue diferente a lo esperado. Con aquel segundo sueldo no bastaba para mantener sus necesidades y caprichos, para hacer frente a los gastos mensuales, las letras del coche, las vacaciones en Ibiza, los zapatos, los viajes a países exóticos y un sinfín de etcéteras, sobre todo al precio de los alquileres en Madrid. Ante este panorama, no le quedó más remedio que seguir haciendo todos los recaditos de su madre y aguantar las eternas conversaciones sobre sus problemas, que básicamente consistían en las partidas de bridge que siempre perdía con sus amigas, los dolores de ciática y que Valentina, la asistente, cada día hacía menos, limpiaba peor y reclamaba más sueldo.

La doctora comprobó que llevaba la barra de labios en el bolso y salió de la cocina justo en el momento en que una llave se movió en la cerradura de la puerta principal y doña Margarita, señora Del Valle, la cerró tras de sí algo sofocada. La camisa recién estrenada de Carolina Herrera, regalo de su hija por su sesenta y cinco cumpleaños, se adhería a su generoso pecho. Contra su costumbre, llevaba el pelo algo revuelto; ella siempre lucía el moño en perfecto estado, pero en esa ocasión son demasiados los mechones que habían escapado al férreo control de sus horquillas y le habían dejado con el aspecto de una palmera datilera. El sudor que resbalaba por su rostro se mezclaba con el excesivo maquillaje que acostumbraba utilizar y ese permanente goteo de polvo y humedad enfatizaba aún más las arrugas que el botox y las operaciones no habían logrado borrar. Había pasado varias veces por el quirófano para arreglarse labios, pómulos, cuello, pechos, nariz y ojeras, pero era afortunada: aunque algo estirada, la piel no chocaba de grotesca.

Sería justo decir que a base de bistorí se había quitado unos cuantos años de encima.

—Teresa, hija, no sabes lo que me ha pasado —dijo mientras se quitaba los tacones para abandonarlos en medio del pasillo. La madre de la doctora era un poco más baja que ella, no pasaba del metro sesenta; sin embargo, gracias a las horas que empleaba en el gimnasio y a su rigurosísima dieta, mantenía una figura envidiable para su edad y tampoco olvidaba nunca el moreno de salón de belleza, la manicura perfecta y una cierta elegancia en la mirada.

—¿Qué? —respondió su hija sin ningún interés.

—Que hay huelga de taxis y he tenido que volver andando. Tuve que coger el metro para ir a El Corte Inglés, me equivoqué de línea y en vez de ir a Nuevos Ministerios acabé en Vallecas. No he pasado más miedo en toda mi vida. Hubo un momento en que el vagón se llenó de gente. Estábamos apiñados como ovejas, hacía un calor tan insoportable que creí que me iba a desmayar.

—Pero no te desmayaste —respondió la doctora sin la más mínima duda de que su madre exageraba como siempre.

—Gracias a Dios no. Aguanté como pude. En la primera parada me bajé del maldito vagón y he tenido que volver sin haber hecho nada.

—Pero ¿qué es lo que tenías que hacer en El Corte Inglés? Con esta lista que me has dejado, ¿qué más se puede comprar? —preguntó mientras alzaba ante su cara el papel que llevaba consigo.

—¡Qué poco te importa lo que me pueda pasar! Una hija normal se preocuparía por el estado de su madre. Te estoy diciendo que casi me desmayo en un vagón a reventar de personas enlatadas y a ti sólo te importa el tamaño de una lista.

La doctora Del Valle dobló el papel y lo metió en su bolso.

—Tengo una entrevista muy importante esta mañana. Puede que a partir de ahora nuestra suerte cambie —dijo ignorando el último comentario de su madre.

—¿Te van a subir el sueldo esos rácanos del hospital?

—No, no me van a subir el sueldo. —Miró el reloj de la cocina—. Hay una buena oportunidad; la oportunidad de mi vida, para ser más exacta, pero ahora me tengo que marchar. Te lo cuento esta noche.

El despacho del doctor Dueñas tenía un gran ventanal que daba a los jardines de la facultad. De las paredes colgaban títulos y distinciones conseguidas a lo largo de su fructífera carrera. Varias fotos de su mujer y de sus tres hijos añadían dulzura a una estantería repleta de libros sobre psiquiatría.

Leía atentamente el proyecto de la doctora Del Valle. Tomaba notas y subrayaba diferentes frases de interés cuando alguien llamó a la puerta y, sin esperar respuesta, ésta se abrió un poco; lo suficiente para que su secretaria asomara la cabeza.

—Doctor, tiene una visita.

El médico levantó la vista del papel y la dirigió hacia su reloj para comprobar la hora: la una en punto.

—Que pase, por favor. —Se puso de pie y rodeó el escritorio para recibir a la mujer.

Al entrar en el despacho, Teresa sintió un cosquilleo en el estómago. El que fue su gran amor platónico le sonrió mientras ambos se estrechaban la mano y un escalofrío recorrió todo su cuerpo poniéndole la carne de gallina y haciendo que su ritmo cardíaco aumentase el número de pul-

saciones. Esa mirada dulce y a la vez distante seguía igual después de diez años. A pesar del tiempo transcurrido, continuaba transformándola en alguien distinto, haciéndola sentir que no era ella, que no era nadie salvo una frágil y tímida estudiante de psiquiatría enamorada de su profesor, de su maestro, de su gurú. La sonrisa blanca de su boca, las abultadas cejas de genio y su nariz de emperador persa la llevaban a desearlo como jamás había deseado a nadie en su vida; sería capaz de desnudarse en ese mismo instante y de hacerle el amor encima del escritorio, sin importarle lo más mínimo que las fotos de su mujer e hijos los contemplaran sin tapujos.

El doctor no se anduvo con rodeos. Tras los breves saludos protocolarios indicó a la mujer que tomase asiento.

—He leído su proyecto y me he tomado la libertad de hacer unas pequeñas anotaciones en algunos de los puntos que usted menciona. —Lo dijo mientras apoyaba la mano sobre una carpeta azul. Ella se enderezó en la silla y cruzó coqueta las piernas.

—¡Por favor! Lo que sea, estoy segura de que sus sugerencias tienen mucho sentido.

El doctor marcó con los labios una leve sonrisa forzada y levantó la mano de la carpeta.

—Como ya le dije por teléfono, el gobierno indio está dispuesto a colaborar en la repatriación de algunos enfermos que cumplen condena en los psiquiátricos hindúes. Los trámites burocráticos están prácticamente terminados; lo único que queda es ir a comprobar en qué condiciones se encuentra cada uno de los pacientes, realizar un seguimiento del tratamiento clínico que estén recibiendo, verificar si el hospital cumple los requisitos de higiene mínimos y, lo más importante de todo, si los enfermos reciben un trato digno y humano.

—¿De cuántos pacientes estamos hablando? —preguntó la doctora algo confusa.

—Esta primera repatriación va a consistir en un grupo de cinco pacientes localizados en diferentes hospitales. Cuatro de ellos ya han sido elegidos. Solamente podemos traernos a uno más. Aún nos quedan por visitar tres hospitales en el sur del país. El enfermo que elija vendrá a Madrid, a su hospital, siempre que usted pueda y quiera atenderlo.

El doctor apoyó nuevamente la mano sobre la carpeta azul.

—Si esta primera repatriación es positiva, cuente con el pleno apoyo del Ministerio de Sanidad a su proyecto. Pero si algo sale mal con su paciente o cualquiera de los otros cuatro, el proyecto dejará de contar con el apoyo del ministerio y por consiguiente con el de Asuntos Exteriores, que es clave para la burocracia con los países en cuestión. No olvide que somos un equipo de seis psiquiatras y que algunos hemos puesto mucho esfuerzo y dinero personal en este proyecto.

El doctor hizo una pequeña pausa para clavar una mirada de hielo en los ojos de su ex alumna. A su lado, Teresa consiguió exteriorizar una cierta calma disimulando la exagerada cantidad de adrenalina que experimentaba en estos momentos.

—Lo entiendo, está muy claro.

El doctor Dueñas relajó su mirada y preguntó con una sonrisa.

—¿Podría ir a la India la semana que viene?

A la doctora Del Valle le sorprendió la propuesta. En un principio creía que esa entrevista iba a ser un primer contacto, nunca esperó que el trabajo fuese suyo de antemano. Ahora tan sólo quedaba demostrar a Dueñas

que podía hacerlo, que sería capaz de ser perfecta, de no cometer ningún error y de sorprender con su exquisita profesionalidad a su amor platónico. Se relajó un poco y se acarició el pelo mientras contestaba a la pregunta del doctor.

—No sé de dónde voy a sacar tiempo para ir a la India, pero acepto, acepto encantada.



El hospital de Goa era tan humilde como la mayoría de sus internos. Se trataba de una antigua cárcel portuguesa a las afueras del pueblo, remodelada para convertirse en un sanatorio psiquiátrico. El año anterior habían pintado de blanco la fachada y de un verde claro los pasillos, lo que daba al edificio un aspecto de limpieza y tranquilidad. De los techos colgaban enormes ventiladores que funcionaban noche y día; gracias a eso, la estancia de los internos era mucho más agradable y llevadera que antes de la reforma. En su interior, tres pabellones: el más grande de todos se encontraba en el ala derecha, donde residían la mayor parte de los pacientes; en la izquierda se alojaban los privilegiados, los ricos capaces de pagarse una cama y una ducha dignas; mientras que en la sección central se hacinaban los enfermos que cumplían alguna sentencia judicial.

De los tres jardines del centro psiquiátrico de Goa, el más pequeño estaba destinado a los enfermos considerados peligrosos o muy peligrosos. Una valla de seguridad hecha de alambre y de postes de hierro lo separaba del resto del jardín de la sección central. En uno de los extre-



mos, en lo alto de una cochambrosa puerta, un cartel amarillento señalaba algo en konkani, la lengua oficial indiscifrable para los no nativos, y lo traducía al inglés en la línea siguiente: SECURITY AREA. Era un recinto de unos treinta metros cuadrados con dos cubículos de hormigón ubicados en un extremo del perímetro de seguridad. Estaban sin pintar y la suciedad lo cubría todo, aunque por suerte una palmera proporcionaba la suficiente sombra para dar algo de frescura a los dos únicos inquilinos del área. En una esquina, medio escondido por unos plásticos, un agujero en el suelo hace las veces de retrete para los internos y de comedero para las miles de moscas que hay durante los meses del monzón.

Hacia ese apartado rincón se dirigió la doctora Prity, una guapa hindú recién llegada a la cincuentena, alta, delgada, con gafas, cara de lista y plena confianza en que el mejor medicamento para Alejandro consiste en tenerlo bien encerrado en el área de seguridad. Un fornido enfermero le cedió el paso y caminó tras la doctora, que se detuvo frente a uno de los cubículos y aguardó a que lo abriese. Las celdas contaban apenas con cuatro paredes, una ventana enrejada y una puerta con una ranura que servía para introducir la comida del paciente. Cuando se abrió la puerta, Alejandro parpadeó un par de veces, muy sucio y totalmente desnudo. Luego se incorporó y se estiró dejando ver su masculinidad mientras hablaba entre bostezos.

—Buenos días, doc. ¿Me pueden traer un par de huevos fritos con bacon, *please*?

La doctora no se inmutó ante el comentario; simplemente hizo un gesto al enfermero para que abriese la puerta del otro cubículo, y de su interior salió un hombre de unos cincuenta años y rasgos orientales. Una larga

trenza le llegaba hasta la mitad de la columna, justo a la altura de una cicatriz recuerdo de una puñalada traicionera. Era flaco y alto, y se mantenía en forma gracias a las abdominales y flexiones que hacía durante dos horas todos los días. Al llegar al hospital no estaba tan fuerte como en ese momento, pero el tiempo era lento y aburrido entre aquellas paredes, y un buen día decidió emplearse a fondo por si se presentaba la oportunidad de escapar. Llevaba encerrado en el sanatorio unos meses más que Alejandro. El informe policial aseguraba que había matado a toda la tripulación de su barco con un cuchillo, y ante la duda de si estaba loco o era un asesino, el juez de Goa había tomado la decisión de mandarlo al psiquiátrico. El compañero de Alejandro hablaba un dialecto ininteligible, lo que dificultaba la comunicación, y eso unido al hecho de que en su captura no llevase ningún documento consigo había despertado más especulaciones que certezas: nadie conocía su verdadero nombre y, aunque se le creía nativo de una isla del sur de Filipinas, nadie habría podido jurarlo.

Alejandro y él habían estado juntos desde su llegada al centro, encerrados casi todo el día en el área de seguridad. Durante la noche los metían en sus respectivos cubículos, salvo cuando el calor era insoportable y dejaban abiertas las puertas para que pudieran dormir fuera si así lo deseaban, amarrados por el tobillo a una larga cadena enroscada al tronco de la palmera. Aquéllos eran los mejores momentos para ambos. Durante esas horas de estrellas, los dos locos se decían cosas que sólo ellos entendían y permanecían tranquilos... salvo en las noches de luna llena. En ésas aprovechaban para aullar como coyotes bajo la luz plateada, forzando al límite su capacidad pulmonar hasta que poco a poco los demás enfermos del psiquiátri-

co se unían al canto del lobo y los aullidos, arrastrados por el viento, alcanzaban las primeras casas del pueblo y sumaban a los suyos los aullidos de los perros. Entonces la noche se convertía en una pesadilla de insomnio para la buena gente de Goa.

Era la hora del paseo y la doctora Prity se dirigió a los dos residentes del área de seguridad, aunque sabía que el español era el único que la entendería.

—Si hacéis cualquiera de las tonterías habituales... ¿cuál fue la última, Alejandro? Ah, ya me acuerdo... —Iba a referirse a la escena (magistral, pensaba él) del ataque de epilepsia, cuando el filipino atrapó una mosca en pleno vuelo con un movimiento de mano rápido e inesperado frente a la nariz de la doctora, impidiendo que terminase su amenaza—: Acercaos —ordenó en un toniquete autoritario.

De forma rutinaria, los dos presos se aproximaron al enfermero y estiraron uno el brazo izquierdo y el otro el derecho para que los atara por las muñecas. No era la norma, pero la doctora no tuvo más remedio que adoptar esta medida ante los continuos intentos de huida del español, que aprovechaba tanto como podía la media hora de paseo por el jardín fuera del área de seguridad.

Mientras el enfermero los ataba, Alejandro se dirigió indirectamente a la doctora Prity, como si estuviese hablando con el filipino.

—Hoy se está cociendo algo en el patio, mira qué limpios van todos, seguro que tenemos visita.

El otro pronto perdió interés y colocó la mano que tenía libre sobre la cabeza, abriendo y cerrando los dedos de manera intermitente.

—El chino quiere ducharse —tradujo Alejandro a la doctora—. Y de paso, a ver si los del *laundry* se dan prisa con mis vaqueros, que llevo en pelotas tres días.

—¿Desea su majestad algo más? —respondió Prity buscando la complicidad del enfermero, que al advertirlo forzó una risita para hacerle un poco la pelota. Luego comprobó la hora y continuó hablando—: Va a venir una persona a visitarte, si tienes mucha suerte te sacarán de aquí para internarte en España. Como ya sabes, estoy convencida de que no eres un enfermo y que si quisieras podrías incorporarte al mundo real y hacer algo más con tu vida que drogarte y emborracharte. Sin embargo, hay otros pacientes en otros hospitales a los que sí les vendría muy bien ir a España, sería muy positivo y humano para ellos. Lo necesitan mucho más que tú.

El español interrumpió a la doctora hablando alto y claro al filipino.

—Te dije que algo estaba cocinándose.

La doctora se cruzó de brazos, lanzó un pequeño suspiro y se dispuso a marcharse cuando Alejandro la llamó.

—No me sueltes el rollo de que no me vas a dejar salir de este agujero porque hay otro que lo necesita más que yo. Confiésalo de una vez: no quieres que me vaya porque estás enamorada de mí, por eso me cortas las alas y no dejas que vuele.

El enfermero le dio un pequeño empujón para hacerlo callar.

—¿Desea algo más, doctora? —preguntó.

—Dúchales y que traigan la ropa de la lavandería. Quiero que hoy estén bien guapos.



Gracias a la generosa familia de un paciente rico, el sanatorio madrileño de San Ángel contaba con una espléndida sala de proyección que incluía un pequeño escenario para celebraciones. Se podría decir que la sala era el lugar favorito de los internos y en aquel momento estaba abarrotada; no quedaba una sola silla libre, lo que obligaba a algunos de los enfermos a sentarse en el suelo. Por increíble que parezca, no había discusiones acerca de la programación: tanto hombres como mujeres se hallaban en absoluta sincronía en este punto. Todos deseaban ver «Informe Semanal». Esa noche, la protagonista sería la doctora Del Valle, a la que un equipo de televisión había seguido en sus visitas a los hospitales hindúes. Esto había despertado la admiración de todos y cada uno de los pacientes; incluso sor Guillermina, la más veterana y cariñosa de las monjas que cuidaban de los enfermos, se sentía nerviosa, contagiada por la expectación y alegría que se respiraba en la sala.

La hermana llevaba más de treinta años cuidando a pacientes con patologías psíquicas. Por su parecido con la Madre Teresa de Calcuta, algunos de ellos la apodaban la Calcuteña, y era verdad que ambas se parecían aunque

sor Guillermina era aún joven y atlética, y no caminaba encorvada ni se movía despacio como lo hacía Madre Teresa al final de su vida. Por el contrario, siempre iba con prisa de un lado para otro, como si fuese una especie de correcaminos, o mejor dicho de correpasillos, dentro del hospital. Dura como una mula y serena en su interior como un monje tibetano, pocos eran capaces de calcular su edad, ya que aparentaba no llegar a los cincuenta y cinco aun cuando debía de rondar los sesenta.

Siempre vigilante, sor Guillermina advirtió por el rabillo del ojo cómo uno de los enfermos —don Felipe Tassone, poeta, escritor y caballero en su delirio, portero de la calle Santiago Bernabéu número 5 hasta que perdió la cordura— se ponía en pie y caminaba hacia el micrófono de la sala, dejando vacía la silla que ocupaba en primera fila. La hermana corrió para impedirlo, pero llegó demasiado tarde: el poeta había cogido el micrófono y en ese instante lo alzaba hasta su boca para dedicar unas palabras al distinguido público.

—Señoras y señores, quiero dirigirme a ustedes para resaltar la importancia del programa que nos disponemos a ver. Nuestra querida doctora Del Valle va a rescatar a uno de los...

Alguien dejó escapar un estruendoso eructo, lo que hizo que don Felipe perdiera el hilo y creó una cascada de risas en toda la sala.

—¡No te tires, que no hay agua! —gritó una loca.

El poeta, irritado ante el monumental revuelo, increpó a las primeras filas.

—Pobres ingenuos, sólo la vulgaridad de un idiota hace que os riáis.

... pero el discurso fue nuevamente interrumpido por una ventosidad tan estruendosa que arrancó del público

carcajadas aún mayores. Aprovechó sor Guillermina para tratar de arrebatarle el micrófono, sin ningún éxito. Entonces uno de los enfermos se puso en pie y comenzó a canturrear acompañándose de palmadas.

—Que se lo quite, que se lo quite...

Los demás le siguieron y así quedó la escena: don Felipe luchando desesperado por agarrarse al micrófono, sor Guillermina tirando de éste, y los demás pacientes batiendo palmas al son de los forcejeos. Aquello fue lo primero que vio María cuando abrió las puertas de la sala que estaban junto al escenario. Para la importante ocasión se había vestido al estilo de la Virgen de Guadalupe con un toque algo vanguardista: estrellitas doradas de Navidad decoraban una larga gabardina de plástico azul claro; sobre la cabeza, a modo de velo, la funda de una almohada; encima de ésta, la corona que ganó con las bolsas de patatas fritas.

Al ver lo contento que estaba el público, la princesa pensó que era en su honor, pues desde que la transfirieron dos semanas atrás a la unidad mixta todo iba de maravilla y se sentía respetada y querida por toda la corte. Su pueblo, su rebaño puesto en pie, la recibía y saludaba como ella se merecía. ¿Y qué otra cosa podía hacer sino corresponder? Así, María comenzó a hacer reverencias a unos y a otros, inclinando la cabeza como los actores de teatro al término de una función. Lo hacía de forma pausada, con gestos majestuosos, agradeciendo los aplausos y gritos que su corte le dedicaba. Sin embargo, en una de estas reverencias se agachó tanto que la corona cayó al suelo junto con la funda de la almohada. Esto la hizo sentirse ridícula —«¡Qué van a pensar mis cortesanos!», se dijo mientras recogía a toda prisa sus pertenencias—, aunque su preocupación no duró mucho ya que su corte continuaba ovacionándola y aplaudiéndola.



—¡Que se lo quite, que se lo quite!

La princesa estaba tan ocupada saludando y recogiendo la tiara, que no advirtió cuál era la auténtica causa del júbilo y entusiasmo de su corte.

—Está bien, os complaceré con el velo, pero nunca con la corona.

Al tiempo que volvía a colocarse ésta en la cabeza, sor Guillermina logró arrebatarse el micrófono a don Felipe y el público estalló de alegría. Fue un segundo después, al hacer una última reverencia, cuando la princesa vio la silla vacía del poeta y, por supuesto, creyó que la habían reservado para ella. Antes de sentarse miró a su corte, que poco a poco recuperaba la calma y se acomodaba en sus asientos.

—Gracias, muchas gracias.

Majestuosamente se sentó con cuidado para no aplastar ninguna de las estrellas que llevaba pegadas a la gabardina y en ello estaba cuando don Felipe Tasone se dio cuenta de que no sólo había perdido el micrófono sino también la silla.

—Ése es mi sitio —dijo preocupado.

—No lo es. Sentaos en el suelo y callad o me veré obligada a expulsaros de la sala —contestó la princesa.

—Basta ya —intervino enojada sor Guillermina—. ¿No sois un caballero?

—Lo soy —respondió don Felipe a la vez que llevaba la mano derecha sobre el corazón.

—¿Y cuál es el deber de un verdadero caballero?

—Ceder el sitio a las damas.

A don Felipe, la monja le había puesto entre la espada y la pared: no puede negar su silla a una mujer frente a todo este gentío; su fama de caballero quedaría por los suelos. No le quedó más remedio que acceder y resignarse ante ese atropello.

Ya relajada, María acarició la corona, se dijo que estaba torcida sobre su cabeza y la enderezó hasta colocarla en la posición correcta.

—No jorobes con la coronita, que no veo la tele —protestó una paciente sentada tras ella.

—Chsss. Que empieza el programa —se escuchó en la sala.

El silencio se adueñó del lugar, los locos cerraron la boca y sor Guillermina, con el mando a distancia, subió el volumen de la televisión.



*Goa. Una semana antes de la emisión del programa*

Dos días atrás habían colocado una mesa y varias sillas de plástico dentro del área de seguridad. Vacieron el retrete de excrementos con una cuba de extracción y, seguidamente, los encargados de limpieza lo fumigaron y rociaron con zotal; los cubículos de Alejandro y el filipino se lavaron y desinfectaron con meticulosidad. La mismísima doctora Prity supervisó la limpieza del lugar.

Esa mañana después del paseo, la ropa de Alejandro y del filipino les fue entregada en immaculado estado a sus dueños. Luego el enfermero revisó el estado de los dos internos: al filipino le envió de vuelta a su cubículo para limpiarse las uñas sucias; Alejandro, por contra, estaba impecable. Había colaborado en todo y con todos: necesitó seis palitos de algodón por oreja para dejar los oídos sin cera e incluso se arrancó con mucha cautela los pelos que le sobresalían por los agujeros de la nariz. Esta sumisa obediencia hizo que el enfermero se pasase la mano por la barbilla; ese loco tramaba algo.

—¿Qué te traes entre manos? Estás siendo demasiado bueno, tú a mí no me la pegas.

—¿Me das un pitillo, *please*? —preguntó Alejandro sin contestar. El enfermero le miró fijamente al tiempo que emitía un pequeño «hummm» y sacaba un paquete de Camel y un mechero. El preso encendió un pitillo y dio dos caladas—. ¿Por qué me miras así?... ¿Te debo dinero? —concluyó mientras expulsaba el humo.

El enfermero volvió a pasarse la mano por la barbilla.

—Estás tramando algo... Me huelo la tostada.

—¡Cómo sois el personal de este hospital! Cuando jodo, porque jodo; cuando no jodo, sospecháis. ¿Qué quieres que haga? ¿Me meto en la *suite* hasta que venga la visita y así no me ensucio?

En ese momento apareció un empleado de la cocina con un carrito que transportaba dos bandejas con platos de arroz, carne de cerdo, vasos con agua y unos plátanos.

—¿Tú eres el que sospecha? Llevo aquí metido dos meses y es la primera vez que mandáis *room service* —espetó al enfermero mientras hacía una pequeña seña al que había traído la comida—. Luego te doy la propina, que sólo tengo billetes de cien.

El hombre se marchó sin reaccionar a la gracia del loco.

—¡Chino! —gritó Alejandro.

La puerta de su vecino se abrió, el filipino apareció por ella y se dirigió al enfermero para mostrarle sus uñas limpias.

—Así me gusta, anda y come antes de que se enfríe —le dijo convencido de haber cumplido bien con su trabajo. Esta vez la doctora Prity no podría negarle una subida de sueldo, se lo había pedido en más de cinco ocasiones y nada de nada, pero después de haber lidiado con Alejandro durante dos meses sin mayores problemas, ¿cómo le iba a decir que no?

El filipino iba a sentarse en la silla, cuando oyó un murmullo en el exterior del perímetro de seguridad. Un grupo de personas acompañadas por la doctora Prity y un equipo de televisión recorría sin prisas el jardín, deteniéndose de vez en cuando ante algún enfermo que quería saludarlos o decir algo ante la cámara. Eran muchos los voluntarios que deseaban acercarse a ellos y el personal del hospital se veía forzado a despejar el paso al equipo de «Informe Semanal». Como recuerdo, alguien había dejado una huella de dedo en la lente y la comitiva tuvo que aminorar la marcha y limpiar el filtro para continuar grabando.

Una mujer joven con pinta de extranjera hablaba con la doctora Prity y los enfermos. Durante unos segundos, ambas miraron hacia el área de seguridad; la extranjera preguntó algo a su colega india y ésta señaló con el dedo al español. Al filipino no le gustaba lo que estaba pasando; agarró la bandeja y regresó a su cubículo.

—Simpático el chino. —Alejandro se dirigió a la mesa para recoger su comida y hacer lo mismo que su compañero.



El silencio era sepulcral. Tan sólo se escuchaba la voz de la doctora Del Valle a través de los altavoces de la televisión. En esos momentos, las caras de los locos recordaban a *La coronación de la Virgen* de El Greco, donde los angelitos la contemplan extasiados en su ascensión a los cielos.

En pantalla, el enfermero del área de seguridad se apresuró a abrir la puerta y de paso, aprovechó para sonreír a cámara mientras daba vueltas a la llave en la cerradura. La doctora Del Valle fue la primera en pasar: miró a su alrededor pero no vio a nadie y dirigió la vista hacia su colega. Prity frunció el ceño recriminando al enfermero que no estuviesen visibles los pacientes; luego se aproximó al cubículo de Alejandro esperándose lo peor y dio unos golpecitos en la puerta.

—Alejandro, tienes una visita. —No hubo respuesta—. Alejandro, no empecemos, por favor, sal. —Silencio total, el interior del cubículo permanecía mudo.

La doctora Del valle tomó la iniciativa.

—Alejandro, soy una psiquiatra española. Tengo mucho interés en conocerte. —De nuevo, no hubo respues-



ta—. Soy la única oportunidad que tienes de volver a España. Si no te conozco va a ser imposible que...

De la ranura para introducir la comida salió la bandeja del español con un pequeño regalo. Sobre el cerdo, el arroz y el plátano, descansaba y perfumaba el ambiente un gran chorizo de caca.

Prity miró al enfermero con cara de querer matarlo, luego corrigió su expresión facial para dirigirse a su colega española.

—Teatro, puro teatro. No se deje engañar, hace unos días fue un ataque de epilepsia.

—¿Se repite a menudo este comportamiento?

—Nunca de esta forma, aunque siempre tiene un numerito listo. No se deje engañar, es plenamente consciente de sus actos.

—¿Qué otras cosas hace?

Prity piensa unos segundos.

—Por ejemplo, en la primera semana de su estancia, antes de vernos obligados a internarlo en el área de seguridad, cambió los cacharros de la cocina por hachís a unos australianos.

—¿Puede alguien abrir la puerta? He venido desde España a conocer a este hombre... —La doctora Del Valle no pensaba marcharse de Goa sin ver a su compatriota, así que volvió a insistir—: ¿Pueden abrir la puerta, por favor?

Las imágenes de la televisión mantenían a María, sor Guillermina y todos los demás pacientes en alta tensión. No se escuchaba ni una sola tos, ni el crujido de una silla, ni siquiera un respiro.

Prity hizo una seña al enfermero para que abriese la puerta, pero éste se encogió de hombros.

—Está abierta.

La médica española tiró de la cerradura y una figura

arrinconada en una esquina se incorporó. Alejandro salió de su *suite* con la ropa hecha jirones, medio desnudo y muy despeinado.

—Oh, pobrecillo —se escuchó en la sala, a miles de kilómetros de distancia.

—Nos quejamos demasiado.

—Hay que valorar la suerte que tenemos.

Muchos de los locos buscaron la mirada cómplice de sor Guillermina, que en esos momentos tenía los cinco sentidos puestos en la televisión. Por eso no se dio cuenta de que María se levantó de su silla y se colocó detrás de la última fila en una posición poco ortodoxa. Permanecía erigida sobre un solo pie; el otro lo tenía detrás del cuello, apuntando al cielo. A nadie le importó, nadie apreció esa figura de puro y maravilloso equilibrio que la princesa había decidido adoptar sin tener muy claro el porqué. «¿Qué oscuro motivo me ha llevado al estado de alerta en el que me encuentro? ¿Por qué mantengo esta posición desde hace más de cinco minutos?» María se preguntaba todas estas cosas mientras esperaba en equilibrio a que ocurrieran nuevos acontecimientos.

Después de mostrar las caras de asombro de las dos psiquiatras, el realizador de «Informe Semanal» brindó a sus espectadores un plano de Alejandro, que miraba y hablaba directamente a la cámara.

—He sido invitado por el gobierno indio a permanecer una temporada en este lugar. La doctora Prity aquí presente no quiere que me vaya, pero yo deseo volar, volar muy lejos de aquí.

Alejandro extendió los brazos y comenzó a correr alrededor de la doctora Del Valle, imitando a un buitres que ha encontrado un cadáver.

Lentamente, María bajó el pie de la cabeza para posar-

lo sobre el suelo, unió las manos, se colocó en posición de rezo, se arrodilló y miró al techo.

—Gracias, Dios mío, por haberme mostrado al san Pedro que me ayudará a encontrar el círculo de pájaros en el cielo.

Algunas casas aún conservaban los antiguos techos de teja y un pequeño jardincito frente a ellas. Quedaban muy pocas, la mayoría fueron derribadas hace dos décadas y en su lugar construyeron bloques de seis pisos apiñados unos junto a otros, compitiendo en esta selva de hormigón y cristal por un poco de espacio. La luz del sol se veía obligada a sortear tejados y paredes para llegar hasta las pequeñas plazas que separaban los diferentes grupos de bloques. En la mayoría de éstas había árboles en cuyos troncos se podían leer inscripciones con los nombres de los enamorados que pasaron algún momento junto a ellos.

Las plazas acostumbraban estar bastante limpias, ya que contaban con papeleras, buen alcantarillado, vecinos tranquilos y trabajadores que cuidaban de su barrio, aunque algunos de ellos no recogieran, como ordena la ley, los excrementos de sus perros, lo que hacía que muchos otros las pisasen a diario y maldijeran a sus dueños.

La excepción a esta rutina eran las noches de los viernes y de los sábados. La monotonía y el cumplimiento cívico se dejaban a un lado, para que fuese el botellón quien

reinase hasta la madrugada. Cristales rotos de las litronas, vómitos y condones eran algunos de los regalos que los jóvenes del barrio dejaban como recuerdo mientras duraba la borrachera. Dos años antes hubo muchas protestas de los vecinos y aunque no consiguieron evitar el botellón, sí lograron que el ayuntamiento mandase un grupo de eficaces barrenderos para que dejaran las plazas en condiciones aceptables y así los niños pudieran jugar sin peligro de cortarse con alguna botella rota durante el día.

Los coches aparcados cubrían todas las aceras. Muchos de ellos estaban estacionados en los pasos de cebra, en los espacios destinados a carga y descarga o bloqueando las puertas de los garajes; nada raro en un barrio de clase media a las afueras de Madrid que debía conformarse con ver en la distancia —desde los bloques orientados al norte, y sólo en los días claros— la silueta de las torres Kio, Picasso, el Pirulí, los nuevos rascacielos y la torre de España: la otra cara de Madrid, envuelta en una nube de monóxido de carbono. Hacia el noreste, alejada del bulli-cio, del ruido y del tráfico, se distinguía la sierra de Guadarrama.

Jade, una mujer de pelo negro azabache, cara de gitana guapa y piel de color aceituna, había alquilado uno de estos pequeños pero prácticos apartamentos tres años atrás y durante muchos meses había hecho frente sin problemas a la cara mensualidad de su pisito gracias a su trabajo: una agencia especializada en citas de señoras cuarentonas y rellenitas, que había fundado una antigua compañera de la calle llamada Eloísa. El negocio marchaba sobre ruedas y no dudó en rescatar a Jade del mugriento burdel en el que trabajaba. A partir de entonces, su vida profesional mejoró notablemente e incluso podía permitirse el lujo de elegir los clientes, además de ganar cuatro o cinco veces

más de lo que ganaba en el antiguo antro. «Prostitución de alto *standing*», solía aclarar Jade a su íntima amiga Cristina cada vez que se veían o hablaban por teléfono.

Las dos habían nacido en San Martín del Tesorillo, un pequeño pueblo de la provincia de Cádiz, y desde pequeñas fueron uña y carne, unidas por la desgracia de ser hijas únicas y huérfanas. Cuando tenían cinco años de edad y al verlas siempre juntas, los vecinos del pueblo les pusieron de apodo las Hermanas; desde entonces todos las conocían con este nombre y a pesar de que la vida las había conducido por caminos muy diferentes, su hermandad continuaba intacta. Tanto es así, que seis años atrás Jade permitió que Cristina adoptase temporalmente a su hija Lorena cuando ésta apenas contaba once meses.

Cristina trabajaba como maestra en la escuela del pueblo. Su mayor deseo habría sido ser madre, pero un accidente de coche se encargó de truncar sus aspiraciones dejándola estéril y sin novio, ya que no llevaba puesto el cinturón de seguridad y falleció en el acto al incrustársele el volante en el pecho. Quedó la maestra completamente hundida y la depresión la condujo a faltar al trabajo muchos días, a no limpiar la casa, a ir despeinada, con manchas en la ropa, comer porquerías y un sinfín de pequeños detalles que caracterizaban a una Cristina opuesta a la de siempre. La desesperación se apoderó de ella y a punto estuvo de suicidarse. Si no lo hizo fue gracias a un fuerte sentimiento que llevaba rondando por su cabeza desde hacía tiempo. Sabía lo que necesitaba para salir de este bache. Sabía que lo que se disponía a hacer era lo mejor para... «esa pobre bebida», repetía una y otra vez a su imagen reflejada en el espejo del baño. «Esa pobre bebida se merece una oportunidad.» Cristina dejó de apretar el filo del cuchillo contra la vena de su muñeca, agarró el teléfo-

no y llamó a Jade: «Mientras sigas de puta, deja que Lorena viva conmigo.»

Las dos amigas pensaron que esta situación como mucho duraría un par de años. Jade deseaba tener una nueva oportunidad, un empujoncito para vivir con dignidad y sencillez, comprar una tienda de todo a cien en la plaza del pueblo, dejar de prostituirse y así poder ofrecer una vida normal a su hija Lorena. «Dos años más de esta mierda y al Tesorillo», escribió esa misma noche en su diario. Pero esos maravillosos planes no llegaron a buen puerto: cierto que ganaba buen dinero gracias a los clientes rusos de la agencia, todos amantes de señoras maduritas y algo rechonchas como ella. Aquellos hombres le daban enormes propinas que no tenía que compartir con nadie, ni declarar en ningún otro sitio; el dinero era para ella.

Pidió a Cristina que abriese una cuenta en la sucursal de La Caixa situada en la plaza del pueblo y allí ingresaba cada final de mes una cantidad fija para ayudar a mantener a su hija: «Que no le falte de nada», solía repetir una y otra vez. «Lorena es una niña feliz, tiene muchas amigas, ha sacado muy buenas notas y sobre todo está deseando verte...», fuera cual fuese la conversación, Cristina siempre la terminaba de la misma forma, lo que hacía que Jade se llenase de esperanza.

Esto fue hace seis años, pero ahora Jade apenas mandaba dinero a la cuenta de La Caixa, apenas tenía la oportunidad de visitar a su hija, apenas disponía de tiempo para estar en otro sitio que no fuera el casino: se había enganchado a las máquinas tragaperras y a la ruleta.

Todo empezó hace dos años en una maldita noche de invierno. Eloísa la llamó para concertar una cita con un cliente ruso muy rico y una limusina recogió a Jade en su casa a las nueve y media de la noche. Tardaron media hora

en llegar al hotel Palace. Una vez ahí, esperó casi veinte minutos a que el ruso bajase de la habitación, la besara y sobara durante un rato, el suficiente para estar calentito y entrar con buen pie en el casino. «Estar cachondo me trae muy buena suerte», le dijo antes de indicar al chófer adónde dirigirse.

Jade nunca había apostado, nunca había estado en un casino, no sabía lo que era el juego, ni siquiera había rellenado las quinielas. Pero al pasar por la puerta y escuchar el ruido de la ruleta sintió como si una fuerza imposible de controlar la sedujese hacia ese mágico soniquete, hacia una atracción infinita al juego y las apuestas, hacia un encantamiento atrapado en su subconsciente, deseoso de poder escapar y adueñarse de toda ella.

A Jade le gustaban las series de televisión en las que aparecía llena de esplendor la ciudad de Las Vegas, mostrando sin ningún escrúpulo su tragedia y grandeza, sus noches repletas de magia e incertidumbre. Se lo había imaginado mil veces, pero nunca esperó que el sonido de la ruleta, los números rojos y negros, las fichas, la voz del crupier anunciando el número ganador consiguieran enamorarla, seducirla de tal forma que le hiciesen perder todo por lo que había luchado.

Aquella noche el ruso no dejaba de ganar dinero, tenía una buena racha. Entre jugada y jugada se divertía entregándole una ficha de trescientos euros. «¿El perrito quiere galleta?», preguntaba mientras Jade de rodillas sacaba la lengua y movía el trasero. El ruso se partía de risa, sujetaba entre sus dedos la ficha que poco a poco acercaba a la boca de Jade hasta que ésta la agarraba con los dientes. Cuando tuvo cuatro o cinco fichas, el ruso la convenció para que apostase trescientos euros al número 69. Por desgracia le hizo caso, apostó y ganó. El resto de la noche



se la pasaron jugando a la ruleta y fue como si las horas se convirtiesen en minutos: cuando miró el reloj, marcaba las siete de la mañana. Al salir del casino, el ruso había ganado veinticinco mil euros; ella, nueve mil.

Desde entonces Jade regresó a jugar siempre que podía. Si por algún motivo no podía visitar el casino, apostaba en las tragaperras de los bares cercanos a su casa, o acudía a algún chiringuito clandestino donde el juego era el rey.

Y por eso, a pesar de lo que ganaba con su siempre agradecida clientela, Jade tenía demasiadas deudas. Debía más de cincuenta mil euros a un famoso prestamista del casino, un tal *Habanero* Rodríguez, mexicano de nacimiento, que llevaba muchos años viviendo de ese negocio y de otros más oscuros. Don Habanero, como se le conocía en el mundillo, se había hecho muy rico gracias a su inteligencia, su falta de escrúpulos y a un grupo de matones mexicanos que siempre andaban con ganas de dar una paliza a los clientes que no cumplieran con el pago de su deuda. Como primer aviso y en función del sexo del sujeto, los matones de don Habanero dejaban la marca de un puro encendido en los pezones de las mujeres o en los genitales de los hombres. El segundo aviso era mejor no recibirlo si no querías que te rompieran las rodillas o los codos con un martillo.

«Siempre cobramos las deudas», habían escrito con una barra de labios en la pared del salón. Jade permanecía tumbada en el suelo, sangrando por la nariz y el labio, mientras lloraba con la mirada perdida en el techo. El pezón izquierdo lo tenía abrasado. Hacía tan sólo diez minutos, uno de los mexicanos se había encargado de darle el primer aviso, y por cómo le había dejado el pezón, se podría decir que había hecho un buen trabajo.

La experiencia de la India había sido muy positiva pero poco oportuna para la doctora Del Valle. Llevaba dos días en Madrid y el trabajo se le había acumulado en el hospital: un montón de pacientes que ver y correos electrónicos que contestar, además de preparar las clases que iba a dar en la facultad como sustituta de una compañera. A la doctora Del Valle siempre le había gustado enseñar y era en agosto cuando llegaban las oportunidades: muchos de los profesores tenían familia y a casi ninguno le apetecía quedarse soportando el calorazo de Madrid para impartir un curso en un aula medio vacía. Era entonces cuando los grandes nombres de la profesión hacían las maletas y se marchaban, dejando espacio libre a los jóvenes psiquiatras de la facultad.

La doctora sabía que sus superiores iban a desconectar del trabajo, y esto le garantizaba que nadie iba a llamarla ni a molestarla hasta los primeros días de septiembre, exceptuando, claro está, a su madre.

—Mamá, dentro de tres días llega el paciente de la India —dijo con un tonito arisco, parecido al que uno pone al enterarse de que ha llegado el aguafiestas a casa. Fue su-

biendo poco a poco el volumen y la velocidad de su voz, mientras miraba a su madre con cara de desesperación—. Da la enorme casualidad de que, precisamente este hombre, este paciente, es la ocasión que he esperado desde hace mucho tiempo para sacar mi proyecto adelante. Además, en el sanatorio sólo trabajamos la mitad de la plantilla, con el agravante de que muchísimas familias se quitan del medio al loco de turno para poder pasar tranquilos sus vacaciones.

—Pero ¿qué tiene que ver todo eso con que yo me quede en Madrid? —respondió su madre, furiosa.

—Tiempo, mamá, tiempo. Doy clases los lunes, miércoles y viernes en la facultad. Lo que necesito es estar tranquila y no tener a un grupo de cacatúas jugando al bridge todas las tardes, ni tener que hacer la compra de las toneladas de pasteles y pastas de Embassy, ni limpiar las miles de migas que dejan esparcidas por todo el salón cuando se marchan. En definitiva, no tengo tiempo para ocuparme de su alteza y de sus damas.

—Pero ¿por qué te pones así? —se defendió la buena señora mientras metía unos cubiertos en el lavaplatos.

—¿Cómo pretendes que me ponga, mamá? Me pides que organice tus vacaciones en Marbella, te alquilo un apartamento, te busco a una asistenta, saco los billetes de avión para ti y tu amiguita del alma. Y ahora me vienes con el cuento de que no te quieres ir; que a ver si puedo recuperar el depósito del alquiler y si creo que a la asistenta le da tiempo a buscar otro trabajo para no pagarle el sueldo.

—Siempre me culpas de todo. Es Laura la que me ha dejado plantada en el último momento. ¿Qué quieres que haga? ¿Que me marche sola a Marbella?

—¿Cuál es el problema? —respondió la doctora cruzando los brazos.

—Ay, qué poco te importo. Esto me pasa por ilusa, pensé que te alegrarías; hace muchos años que no veraneamos juntas, creí que ésta sería una buena ocasión para...

La señora Del Valle no fue capaz de contener el llanto, cerró la puerta del lavaplatos, lo puso en marcha y giró su cuerpo noventa grados para dar la espalda a su hija.

—Pero ¿por qué lloras?

—No es fácil quedarse viuda y con una hija para la que soy un estorbo.

—Por favor, mamá, no te pongas así. No empieces con el victimismo de todos los días.

Doña Margarita se sonó la nariz a la vez que intentaba hablar entre sollozos.

—No te preocupes, que no vas a tener que cargar con esta vieja. Además, te recuerdo que ésta es mi casa y aquí viene quien a mí me plazca. Así que si quieres tranquilidad, ya puedes ir buscándote un apartamento.

Sin decir más, la señora Del Valle salió por la puerta.



Una ligera brisa fresca atravesaba los barrotes de la ventana, movía con suavidad los cabellos de la princesa y acariciaba su rostro. Su cuerpo desnudo se escondía entre las sombras de la habitación y la luz plateada de la luna. Meditaba sobre el futuro a altas horas de la noche, pues tenía el presentimiento de que muy pronto sería libre, que la misión encomendada por Dios estaba a punto de comenzar.

María llevaba más de una hora apoyada sobre los dedos de un pie, imitando a un ángel en su ascensión al paraíso. Eso era lo que le inspiraba la pronta llegada de su discípulo. Tan sólo quedaban unos días para que Alejandro apareciera y debía estar preparada física y mentalmente para recibirle.

«Por cierto —pensó la princesa—, me duelen hasta las orejas.» Necesitaba cambiar de posición y lo hizo muy lentamente, como si estuviese flotando en el fondo del mar. Poco a poco se acercó hasta el suelo y se sentó frente al reflejo de la luna. Los pezones se le endurecieron al contemplar tan hermosa noche. Cruzó las piernas al igual que lo hizo hace más de dos mil quinientos años su ante-

pasado Buda, estiró el cuello y la espalda y unió las manos mientras hablaba a la brisa.

—Querida amiga, he tomado la decisión de ir mañana al gimnasio. No he acudido con anterioridad pues desconocía su existencia. Sin embargo, fui en busca de sor Guillermina, a la que comuniqué la decisión de ejercitar mi cuerpo. Aunque no le comenté nada sobre el motivo que me lleva a este menester, que es estar preparada para enfrentarme a la misión que mañana comienza.

»Cuando era pequeña, mucho antes de convertirme en estatua, los trapeceistas de las caravanas chinas me enseñaron a hacer cosas maravillosas con mi cuerpo. Deseo fervientemente poder recuperarlas y ponerlas al servicio de mi misión.

»Mañana dejaré de ser princesa para convertirme en santa.

La princesa empezó a respirar a un ritmo lento y profundo, cerró los ojos hasta llegar a una especie de trance, donde los pensamientos más íntimos se adueñan del espacio que ocupan los sueños. En un remoto rincón de su cerebro surgieron unas maravillosas estrellas que viajaban a través del firmamento. Se movían al ritmo de una música que no escuchaba, pero que podía sentir en lo más profundo del corazón. Al baile se unían cada vez más y más estrellas que iban componiendo poco a poco la figura de un traje maravilloso repleto de luz y color. Ni siquiera los pintores flamencos consiguieron igualar en sus lienzos algo que alcanzase el más mínimo de los parecidos a su futuro vestido. El traje giró sobre sí mismo como si estuviese dentro de la pantalla de un ordenador, mostrando su grandeza y esplendor al cerebro de María.

La candidata a santa abrió los ojos y comentó a la brisa:

—Viento del sur, gracias por aconsejarme la necesaria y querida etiqueta para asistir al gimnasio.

Sin decir una palabra más, se incorporó y se dirigió hacia su armario. Abrió las puertas de par en par: en su interior, diez trajes aguardaban impacientes a ser elegidos. Habían sido confeccionados con telas de cortinas viejas, bolsas de plástico y adornos de baratijas rescatadas de la basura del hospital. Después de observarlos durante varios minutos, descolgó de las perchas tres hermosos vestidos, sacó un costurero que guardaba en la cómoda de su habitación, lo abrió y extrajo unas tijeras con las puntas redondas, una de esas que utilizan los niños para hacer manualidades en el colegio. Sin descansar un momento, recortó algunas partes de los trajes, cosió y descosió todos sus adornos para confeccionar el vestido recién soñado.

No había tiempo que perder; al despertar la mañana, sin demora alguna, asistiría al gimnasio vestida como exigían los cánones de su exquisita elegancia.





Las últimas nubes negras habían desaparecido del cielo de Goa. El monzón había traído mucha lluvia durante las largas horas del día y la tierra olía a humedad. El hombre del tiempo había anunciado que el día siguiente iba a llover mucho más; por eso el filipino y Alejandro, aprovechando un respiro que les brindaron las nubes, salieron de sus respectivos cubículos para impregnarse de los rayos de la luna, que después de haber permanecido escondida más de una semana, ahora asomaba tímida para ofrecerles compañía.

Los dos inquilinos del área de seguridad permanecían sentados a la vera de sus aposentos mientras una larga cadena amarraba sus tobillos y acababa enroscándose en el tronco de la palmera. Como el filipino no era hombre de muchas palabras, a Alejandro no le quedaba más remedio que darse conversación a sí mismo, gritando y canturreando algo que sólo él entendía.

—Bomby Sankar, a los caballos, viva Cristo Rey. —Después de terminar tan interesante discurso, hizo como si tuviese entre sus manos una enorme pipa de agua en la que colocó una pieza de hachís—. Veinticinco gramos todos para

mí. Tres olimpiadas he ganado en Afganistán, tres medallas de oro he conseguido en Balj, a todos los afganos dejé tumbados en el suelo y el rey de España me desprecia recibiendo en la Zarzuela a todos los campeones olímpicos menos a mí.

El filipino cazó al vuelo un mosquito y con suma delicadeza le arrancó las alas mientras que Alejandro continuaba enfrascado en su monólogo.

—Nadie ha conseguido encender veinticinco gramos como yo. Ningún español ha ganado tres medallas de oro en tres olimpiadas y mucho me temo que mi nombre no pasará a la historia como se merece.

Una linterna iluminó la figura de Alejandro; era el enfermero, muy enfadado.

—Tú, no grites tanto que vas a despertar a todos.

El haz de luz se movió hacia el filipino, que seguía sentado en el suelo sin importarle demasiado la interrupción: tenía garantizado el *show* de su compañero durante el resto de la noche, de esto estaba completamente seguro. El resplandor le molestaba en los ojos y se los cubrió con la mano hasta que el enfermero optó por apagarla y darse media vuelta.

—Mira, chino, observa cómo brilla un campeón —dijo eufórico y en voz baja el español.

El filipino miró de nuevo a su compañero sin cambiar la expresión de poco interés que tenía antes de la interrupción, aunque aquello no desanimó a Alejandro, que se incorporó y comenzó a inspirar provocando un gran estruendo en cada inhalación, mientras revivía paso a paso su gran momento en la final de Balj. Más de veinticinco veces repitió la jugada, una por cada gramo consumido. Los pulmones, el cerebro, se le fueron llenando de un imaginario THC, que le obligó a andar dando tumbos como si estuviese mareado, como si el bajón de tensión que le había pro-

ducido la inventada fumareda lo fuese a dejar fuera de juego. El sudor frío le cubría toda la cara, se alejaba el español del cubículo trazando curvas en un incongruente recorrido. Inmerso como estaba en su interpretación de campeón olímpico, se le olvidó que al tobillo llevaba una cadena y cuando ésta llegó a su límite y se tensó al dar el último paso, Alejandro cayó de narices al suelo.

El filipino, que no paraba de reírse, se acercó hasta él para ofrecerle su mano y ayudarle a incorporarse.

—Eso ha estado muy bien —dijo susurrando para que nadie más pudiera escucharle.

—¡Qué!

Hay unos segundos de silencio. El filipino sonreía mirando a su compañero.

—¿No me jodas que hablas español?

—Y también inglés.

—¡Te has quedado con todos!

—Chsss, no grites.

—Perdón... —Alejandro se tapó la boca.

—Ven, vamos a sentarnos, tengo un favor que pedirte.

—No haces más que empezar a hablar y ya estás pidiendo favores.

Los dos amigos se sentaron otra vez frente a las puertas de sus cubículos, disfrutando de las sillas que les trajeron por la visita de la doctora Del Valle; el filipino se negó a levantarse de una de ellas y, antes de tener un altercado, el enfermero decidió dejarles dos. Sobre todo porque la doctora Prity, debido a la escenita de Alejandro y sus heces, no sólo no le había subido el sueldo, sino que le había amenazado con enviarle a trabajar al ala derecha del hospital, donde se hallaban los enfermos sin medios económicos: el peor de todos los lugares a los que le podían mandar a uno. Después de aquello había decidido moles-

tarles lo menos posible y dejarles tranquilos para que no diesen problemas. Tan sólo quedaban dos noches para que Alejandro se marchase, y el celador estaba seguro de que si no pasaba nada, la doctora olvidaría su amenaza.

El filipino se reclinó en el respaldo de su silla y miró fijamente a Alejandro.

—¿Sabes por qué estoy aquí?

—Creen que mataste a toda la tripulación de tu barco a cuchillo porque se te botó la canica.

—Reconozco que fui yo, pero no estoy loco.

—De eso ya me he dado cuenta.

—Lo hice por salvar mi vida y la de mi mujer.

—Ya, eres inocente.

—A ella la mataron en el barco y tiraron su cuerpo al río. Mi hijo está escondido en Madrid.

El filipino se quitó el zapato, lo sujetó entre sus manos y con un movimiento brusco de muñeca desencajó el tacón, le dio la vuelta y de su interior extrajo un pequeño disco de metal con un agujero en medio. Luego lo agarró entre dos dedos y se lo mostró a Alejandro.

—Por esto mataron a mi mujer.

—¿Qué es?

—El AK47. Un programa capaz de meterse en cualquier cajero automático o en cualquier cuenta bancaria. El mejor que existe para asaltar bancos.

—Y tú eres el genio creador.

—Se me conoce con el nombre de Kalatagan Arsenio y soy uno de los mejores *hackers* del mundo... pero me pasé de listo. Ahora mi única salida pasa por desaparecer, no existir. Mis enemigos creen que estoy muerto. Por desgracia, mi hijo también.

Kalatagan se permitió una pequeña pausa para matar a un mosquito que le acababa de picar en el brazo. Después

de aplastarlo contra su piel, continuó hablando con el mismo tono carente de inflexiones.

—Después de matarlos, quemé el barco... y bueno, por las vueltas que da la vida, he acabado en este agujero y aquí pienso quedarme hasta que todo se haya olvidado. Pero necesito tu ayuda.

—Yo de programas y ordenadores no tengo ni pajolera idea. ¿Qué quieres que haga?

—Tienes que conseguir encontrar a mi hijo. Vive en un apartamento a las afueras de Madrid. Desde allí operábamos y nadie fue capaz de localizarnos; todo iba de maravilla hasta que hace tres años nos llegó una oferta desde Manila y, después de unos cuantos contactos, mi mujer y yo decidimos ir solos a conocer a nuestros futuros socios. Por fortuna, dejamos en Madrid a mi hijo, que por entonces tenía quince años. Al llegar a Filipinas nos recogieron en el aeropuerto y nos invitaron a su barco. Fue allí donde intentaron matarnos para quedarse con el AK47.

—¿El que tienes ahora en la mano?

—El mismo. Fúgate del hospital, español, encuentra a mi hijo y te garantizo que el dinero dejará de ser un problema en tu vida.

Alejandro no pudo evitar que una sonrisa le cruzase la cara de oreja a oreja.

—Si te pones así, tendré que escaparme. ¿Crees que tu hijo dejará que me quede unos días en su casa?

—Orlando, se llama Orlando y me ayudó a diseñar esta maravilla.

Kalatagan entregó el disco a Alejandro.

—¿Y si no consigo escaparme?

—Estamos todos jodidos.

Los dos rieron mientras Alejandro besaba el disco.

El *hacker* sacó de su bolsillo un papel doblado.

—Aquí están escritas las señas de Orlando. Es un poco tímido, pero te caerá muy bien.

—Mientras el dinero deje de ser un problema en mi vida... antipático no creo que me caiga. —Los dos amigos volvieron a reír para terminar estrechándose la mano—. Vamos a celebrar este gran acuerdo hispano-filipino.

Es la última idea que se le ha ocurrido al español en esta noche de sorpresas. Alejandro se puso en pie y comenzó a aullar como un lobo en medio del desierto. Kalatagan se incorporó para acompañarle. Los aullidos llegaron al resto del hospital y poco a poco los otros locos se fueron animando a cantar junto a ellos. Unos minutos más tarde, todos y cada uno de los pacientes se sentían ya inspirados y ponían gran empeño en que su aullido fuese el más fuerte.

Al otro lado de la verja se encendió una linterna y apuntó hacia este pequeño rincón del manicomio.

Las puertas del gimnasio se abrieron de par en par y por ellas apareció María con su nuevo traje. Se trataba de una especie de vestido de novia medieval con un toque de monje budista, terminado en una larga y pesada cola. El peinado era un moño de cuyo centro se desprendía una coleta.

Sor Guillermina acompañaba a la santa, intentando en vano convencerla de que se cambiase el traje, que distaba muchísimo de ser el apropiado para el gimnasio.

—Hermana, ¿acaso sabéis más de estos menesteres que las trapecistas chinas de mi infancia? Ellas sí que lucían bellos y complicados vestidos en sus actuaciones; al igual que ellas, deseo resplandecer en mi primer día de gimnasio.

—¡Qué cabezota! Te digo que no vale tu atuendo para las máquinas, María. ¡Te vas a matar!

Había bastantes pacientes ejercitando los músculos en la sala; algunos pedaleaban en la bicicleta y otros pocos se esforzaban en las cintas de correr, aunque la mayoría hacía aeróbic al ritmo de la música que había escogido Carlos, el profesor y responsable del gimnasio: un hombre de



unos treinta años con una larga melena que acaricia y mima mientras baila. Los locos no hacían demasiado caso de las instrucciones que les daba su entrenador y cada uno se movía como mejor le parecía. La más llamativa era una señora de unos sesenta y tantos años que había decidido bailar sevillanas como Dios la trajo al mundo. Sor Guillermina se apresuró a obligarla a vestirse.

—O te pones el chándal o te marchas inmediatamente.

La anciana continuó bailando sin hacer caso a la monja.

—Es que no puedo parar de menear el esqueleto.

Sor Guillermina se pasó el dedo índice por la garganta indicando a Carlos que apagase la música. Éste obedeció apretando el botón *off* del estéreo, la música calló y con ella el bailoteo de los asistentes a la clase de aeróbic. Con mucho esfuerzo, la monja y el profesor lograron poner el chándal a la anciana, que se había quedado rígida como una estaca para no darles facilidad alguna.

—Al jardín —ordenó autoritaria sor Guillermina, señalando la puerta del gimnasio. La anciana permanecía rígida, sin mover un solo músculo, de modo que Carlos se vio obligado a levantarla y a depositarla fuera de la sala; allí la monja la cogió del brazo y a tirones consiguió alejarla del gimnasio. Al cerrar las puertas, Carlos se topó con María, que aguardaba las instrucciones de su nuevo maestro.

—Ve a cambiarte y luego vuelves —le ordenó incrédulo al ver el vestido.

—No pienso hacerlo.

La princesa se cruzó de brazos y permaneció quieta como una estatua mientras su nuevo entrenador la miraba sin poder evitar una sonrisa.

—Está bien, en un momento te darás cuenta de que tengo razón.

Carlos le indicó que le siguiese hasta una de las cintas de correr. Con paciencia le explicó el funcionamiento de la máquina: cómo aumentar o disminuir la velocidad y cómo cambiar la inclinación de la plataforma. La princesa aguardó inmóvil unos segundos para sintetizar en su cabeza toda la información recibida, y una vez asimilada se subió con suma elegancia en la cinta. Con meticulosidad y esmero, extendió la cola del vestido a lo largo del aparato para que no entorpeciera sus movimientos, acto seguido colocó las manos sobre las barras de los costados y miró al instructor.

—Estoy lista.

Carlos puso el control de la velocidad a un paso ligero asegurándose de no superar la velocidad de un trotecillo.

—Para calentar quiero que andes quince minutos; luego pasas a la bicicleta.

—¿Qué pasa con la música? —gritó a su espalda alguien del grupo.

—Ya voy, ya voy —dijo antes de abandonar a María para continuar con la clase de aeróbic.

La princesa se dijo que hacía más ejercicio andando por los pasillos del hospital que sobre esa estúpida máquina y observó de reojo que sus compañeros de cinta iban más rápido que ella. El de su derecha daba muestras de grandes síntomas de agotamiento: tenía la cara al rojo vivo y resoplaba como un búfalo herido a cada paso.

La música retomó el protagonismo que se merecía, haciendo vibrar la sala al ritmo de las Ketchup. Todo era alegría y movimiento: las notas y las extrañas palabras rebotaban por las paredes del gimnasio y provocaron un cambio en el estado de ánimo de la princesa. Sin pensarlo dos veces, trocó la posición de la manilla de velocidad a un máximo histórico en aquel gimnasio, e hizo lo mismo

con la inclinación de la cinta, que ganó un ángulo de sesenta grados. María movía las piernas más rápido que la propia máquina, y al poco el motor de la cinta empezó a emitir un extraño e intenso pitidito, que Carlos fue incapaz de oír debido al alto volumen de música.

La destreza y rapidez de la santa hicieron que su vecino de cinta, de la raza del puro «macho ibérico», se viese obligado a acelerar su máquina: aquella mujer había tocado su honor; no podía permitirse, por muy cansado que estuviese, el lujo de ir más despacio y menos inclinado que ella. Pero cuatro zancadas más tarde, el tipo comenzó a agotarse y sus soplidos de búfalo se intensificaron de tal forma que parecía que iba a darle un infarto en cualquier momento. Otros dos pasos después, el sudor cubría su rojísima cara y él se sentía exhausto. Cuando tropezó y cayó dándose con la barra de sujeción en la boca, el buen hombre dejó su dentadura postiza incrustada en la gomaespuma que recubría la barra. Aun así, la música estaba tan alta que Carlos no se dio cuenta de nada: estaba concentradísimo en el espejo del gimnasio, que le permitía ver cómo su negra y bella melena se movía al ritmo del «Ase-rejé».

Mientras, María parecía una gacela en la sabana. No se cansaba, aunque sospechó que quizás estaba exigiendo demasiado a la pobre máquina, cuando un apestoso humo negro comenzó a manar del manillar. De repente, como si de fuegos artificiales se tratase, empezaron a saltar chispas del control de velocidad y una de ellas cayó en la cola del vestido de poliéster. No tardó mucho en arder, pero la santa no se percató de esta complicada situación: su concentración estaba ahora en mover el control de velocidad, que se derretía poco a poco, oculto tras miles de chispas. Por fin saltaron los plomos, las cintas corredoras se detu-

vieron, las luces se apagaron y las Ketchup dejaron de cantar. Fue entonces cuando Carlos se dio cuenta de que María estaba a punto de arder. Corrió hacia ella y en un acto heroico se lanzó sobre la cola del vestido y logró sofocar las llamas. Sólo hubo un inconveniente: mientras se revolcaba sobre el traje de la santa, la melena se le fue chamuscando dejándole la cabeza con un aspecto parecido al de un sucio y viejo estropajo.



Hacía bastante calor y Jade se veía obligada a tener el aire acondicionado encendido durante todo el día. A saber cómo iba a pagar la factura de la compañía eléctrica y a don Habanero, al que en un par de semanas tendría que entregar cincuenta mil euros. Se apresuró a ponerse la bata y despedir a un ruso gordito que estaba tardando demasiado en vestirse. En media hora llegaría otro cliente: debía cambiar las sábanas de la cama, poner toallas limpias en el baño, arreglar y ventilar la habitación y ducharse y maquillarse por tercera vez aquel día.

El ruso parecía contento y dejó sobre la mesita del comedor una buena propina que Jade agradeció besándole en los labios y acompañándole a la entrada, pero al abrir la puerta su gesto se ensombreció: un hombre aguardaba al otro lado, uno de los matones de don Habanero. Se le conocía como el Escopeta, por las ventosidades que lanzaba en la cara de los morosos antes de romperles las rodillas o los codos. Hace años trabajaba como *coyote* en la frontera de Chihuahua y El Paso, en el estado de Tejas. Allí fue donde conoció a don Habanero: «Eres buen gallo, manda toda esta madre a la chingada, vente a España que hay

mejor chamba, más lana y no hay gringos», le dijo, y Escopeta siguió su consejo. Desde entonces, son viejos «cuates» y él, uno de sus hombres de confianza.

El ruso hizo un amago de último beso a Jade, pero se lo pensó mejor al observar las cicatrices de la cara de este inoportuno visitante, que además entró en el apartamento sin saludar ni esperar a que se despidiese de Jade como le hubiera gustado, sobre todo después de la buena propina que acababa de dejar encima de la mesa.

—Deshazte de este pendejo —ordenó el Escopeta.

El ruso no precisó traducción para comprender que lo mejor que podía hacer era marcharse rápidamente. Cuando el matón cerró la puerta, Jade retrocedió aterrorizada dando tres pasos cortos hacia atrás.

—No te esperaba hasta la semana que viene —dijo al Escopeta con voz temblorosa.

—La semana que viene me pagarás lo que no me puedas pagar en este preciso momento. Saca la lana que tengas y no me chingues con que la guardas no sé dónde. Llevas cuatro días mamándosela a la madre Rusia y don Habanero quiere estar seguro de que no desapareces de la ciudad sin despedirte de nosotros.

—¿Adónde voy a ir?

—La lana.

—No tengo dinero en casa, mañana cuando abran el banco...

Escopeta no le permitió acabar la frase; la interrumpió con una contundente bofetada.

—No me gusta repetir las cosas, güerita.

El matón amagó un nuevo golpe y Jade se cubrió la cara entre lágrimas, pero Escopeta vio la propina que había dejado el ruso sobre la mesa y frenó el gesto para cogerla y guardársela.

—Esto por hacer que diga las cosas dos veces. La lanota, güera.

Jade se acercó llorando a una cómoda que había apoyada contra una de las paredes del salón. Abrió un cajón y de éste sacó una vieja lata metálica de galletas María. Haciendo un pequeño esfuerzo con las uñas, consiguió despegar la tapa; luego colocó la caja sobre la mesita del comedor y extrajo seis mil euros de su interior. Entre los billetes, una estampa de la Virgen de la Almudena que Jade separó del dinero y metió de nuevo en la lata.

Con calma para no equivocarse, el Escopeta contó uno a uno los billetes y los guardó en el bolsillo interior de su americana.

—Vas a tener que chingar mucho para conseguir cincuenta mil euros en un par de semanas.

—Te debo cuarenta y cuatro mil, acabo de darte seis mil.

—Don Habanero no las tiene todas consigo. Cree que por mucho que chingues y chingues no vas a tener la lana lista.

—Voy a pagaros, lo juro.

—¡Guácatelas! Ya sé qué decirle al jefe cuando llegue a su despacho y me pregunte qué fue de nuestra charla.

—El Escopeta cambió su forma de hablar y empezó a gesticular exageradamente como si fuera un actor de una mala telenovela—. Estese bien relajadito, don Habanero. La puta me ha jurado que nos paga en dos semanas.

Jade se apartó un poco, pero el matón la agarró por el brazo.

—¿Me crees pendejo o gilipollas como dicen ustedes?

—No, no, te juro que no creo... —respondió aterrada.

—Así me gusta, mamasita.

Le soltó el brazo e introdujo la mano en el bolsillo de-



recho de su americana para mostrar entre sus dedos la foto de una niña en la plaza de San Martín del Tesorillo, el pueblo de Jade. Al contemplarla sus ojos se abrieron llenos de espanto y angustia.

—Mi hija no, por favor, no la metáis en esto. Es sólo una niña.

—Esta foto la tomaron mis cuates hace sólo unas horas. Si no tienes la lana, tu hija va derechita a un harén en algún lugar de África.

—Te pagaré, te juro que te pagaré hasta el último céntimo.

—Don Habanero tiene un cliente deseoso de que no pagues.

Escopeta dejó la foto sobre la mesa, se colocó bien la americana y se marchó sin cerrar la puerta.

Jade, mientras, permanecía petrificada, incapaz de mover un músculo, tan asustada que no era capaz ni de llorar. Le habría gustado despertarse sudorosa en su cama, gritando agarrada a su almohada como si todo esto fuese un espantoso sueño. Pero no despertó y poco a poco la visita del Escopeta se fue estabilizando en su cabeza; lentamente comenzó a asimilar, a darse cuenta de la situación en la que ha puesto a su pobre Lorena, a su hijita del alma, a lo que más quiere en esta vida. «¿Qué he hecho? —se pregunta una y otra vez—. Todo por mi culpa, sólo por mi culpa y mi maldito vicio.»

Medio alocada abría y cerraba cajones buscando algo de valor, una sortija, cualquier cosa a cambio de unos euros. Dos semanas atrás había vendido el último collar bueno que le quedaba y ahora no encontraba nada, ni siquiera un brochecito de oro que regalaron a Lorena el día de su bautizo. Se sentó en el borde de la cama, se cubrió la cara con las manos y rompió a llorar hasta que la sobresal-

tó el timbre de la puerta. No se movió. Luego hubo un segundo *ding, dong...* y un tercero, un cuarto, un quinto. Por último, un fuerte golpe en la puerta y por el pasillo se escuchó una voz que se alejaba maldiciendo en ruso.

Siguieron pasando los minutos y Jade no era capaz de controlar su desbocado llanto. Sonó el teléfono. «Probablemente sea Eloísa. Debe de estar furiosa porque he dejado a un cliente en la estacada.» El teléfono volvió a sonar sin que nadie lo atendiera. «Ni la fiel Eloísa será capaz de sacarme de ésta.» No soportaba el insistente *ring, ring, ring* de la llamada y se tapó los oídos con la almohada hasta que el teléfono se calló.

Fue entonces cuando se acordó de Ella. Desde que sucumbió en el vicio de las máquinas tragaperras y de la ruleta, Jade no ha vuelto a pensar en su Virgencita del alma, la tiene abandonada, olvidada y metida en una vieja lata de galletas. Su obligación era rescatarla y volver a creer en Ella porque en ese momento era la única esperanza que le quedaba para evitar que su queridísima Lorena terminase en un burdel africano. Se secó las lágrimas y se incorporó de la cama para dirigirse a la mesita del comedor. Con delicadeza, sacó de la caja a la Virgen de la Almudena, colocó la estampa en posición vertical apoyándola en el respaldo de una silla y se arrodilló ante la imagen.

—No soy digna de estar frente a ti. He pecado y merezco la más horrible de las penitencias. Lo acepto y estoy dispuesta a cargar con ella, a cumplirla hasta que no me queden más fuerzas. Madre de mi corazón, castígame, ya que me lo merezco. Pero ¿qué mal ha hecho mi hija Lorena?



Parte de los amigos *frikies* de Alejandro habían ido a despedirle. Muchos de ellos habían intentado sin éxito pasarle algunos ácidos y unos gramos de hachís para que se colocara, pero los controles de la doctora Prity resultaron implacables; aquel día el personal de seguridad del hospital no dejaba pasar a nadie sin someterlo antes a un riguroso registro. A algunos de ellos ni siquiera les permitieron la entrada al centro. Los que habían conseguido pasar se dirigieron hacia el área de seguridad. Alejandro aguardaba fuera del recinto vestido con vaqueros, su camiseta de AFGAN AIR FORCE y, como siempre, descalzo. El enfermero no le quitaba la vista de encima, tan sólo quedaba media hora para que su peor pesadilla se marchase y no quería que ocurriera nada fuera de lo ordinario; sobre todo, porque la doctora Prity nunca volvió a mencionar su amenaza de mandarle al ala derecha y, por lo que parecía, iba a seguir en su cómodo puesto al cuidado del filipino, que pasaría a ser el único de los residentes en el área de seguridad. El gran inconveniente de esta situación era que no iban a subirle el sueldo ya que sólo tendría a una persona a la que vigilar.

Al ver que se aproximaba una serie de extraños personajes, Kalatagan Arsenio optó por desaparecer en su cubículo. El grupo que se acercaba estaba compuesto por seis hombres y una mujer que se hacía llamar Body Rose. Tras ella iban cinco de los mejores amigos de Alejandro: Texas Jack, Hollywood Peter, Beautiful Eddy, Jimmy Knife y Mescaline Bobby. En el centro de la comitiva y andando casi a empujones, avanzaba Joe Banana con un parche en el ojo parecido a los de los piratas: el oculista le recomendó que lo llevase puesto una larga temporada después de que Jimmy Knife le pegase un puñetazo un par de semanas atrás al enterarse de la mala jugada que le habían hecho a su amigo. Menos Joe, todos rondaban los sesenta años y estaban algo cascados por la mala vida que habían llevado y aún llevaban.

Texas Jack fue el primero en abrazar a Alejandro.

—Se nos va *the Man* —dijo en alto para que todos le oyesen.

Uno a uno, los *frikies* le abrazaron y le soltaron su frase de cariño y cortesía, hasta que llegó el turno de Joe Banana. Al verlo, el español le agarró por la solapa de la camisa y sólo la intervención de sus amigos y el enfermero impidió que lo matase ahí mismo.

—¿Qué me pusiste en la cerveza?

Liberado de las manazas de Alejandro y con éste bien sujeto por los *frikies*, Joe se sintió con ánimos para responder.

—Muchos SS, nunca pensé que acabarías aquí metido. Hollywood Peter se dirigió a Alejandro.

—Te hemos traído a Joe porque tiene algo que te interesa.

Texas Jack da un pequeño empujoncito al barman.

—La verdad es que... me dio tres mil dólares para..., pero

como la perdiste... no pude quitártela y... bueno, no sé... devolveré el dinero... Junkie cree que ahora la tiene Body Rose y que se la va a mandar a cambio de un buen precio.

El enfermero se pasó la mano por la barbilla. Aunque no entendía de qué estaban hablando, sospechaba que no era nada limpio. Optó por seguir escuchando la conversación con el radar bien puesto.

—¿Encontraste la fórmula? —preguntó Alejandro a Body Rose.

—Fui a buscar los cuadernos de Chemical Jack. Miré por todas partes y no encontré nada que nos diera una pista de cómo conseguirla, aunque en el sótano de su casa había un cargamento de SS. Junkie Eddy debe de tener un buen contacto en España. Me pagó cinco mil dólares por adelantado y me ofreció cien mil más si se la conseguía.

El barman se sacó del bolsillo un papel arrugado que entregó a Alejandro.

—Aquí está el teléfono de Junkie. Le mandamos el último cargamento de santos espíritus camuflado en budas de plástico. Sabemos que ha cambiado de lugar su laboratorio: ahora está en un barrio de chabolas a las afueras de Madrid. Supongo que espera que con este último cargamento le llegue la fórmula y ya sabes...

—Un momento, quiero ver ese papel —ordenó el enfermero en tono autoritario. Con mucha cautela lo inspeccionó, lo olió e incluso se humedeció el dedo con saliva y lo pasó sobre la tinta para luego degustar el sabor que le había quedado en la piel. «Todas las precauciones son pocas.» Al finalizar el absurdo registro del papel, se lo devolvió al español.

—El número de teléfono te ayudará a encontrar a tus espíritus. —Joe Banana terminó la frase con voz temblorosa y echó a correr hacia la salida del hospital.

Como no había suficientes sillas para todos, el grupo se sentó formando un círculo en el suelo. Mescaline Bobby sacó del calcetín un enorme porro que había conseguido pasar sin que los de seguridad se lo detectasen, lo encendió y se lo entregó a Alejandro. De entrada, el enfermero se dijo que debería impedirlo, pero antes de actuar se lo pensó dos veces y optó por hacer la vista gorda: quedaba muy poco para que el maldito español se largase y lo último que quería era tener problemas.

—Bomby Sankar, a los caballos, viva Cristo Rey —gritó Alejandro antes de dar la primera calada al porro. Con tranquilidad se lo colocó en la boca e inspiró con fuerza y entusiasmo para saborear hasta la última partícula de humo.

En aquel momento, dos agentes de emigración se acercaban al área de seguridad junto a la doctora Prity.

—Cuidado que viene *monster woman* —advirtió Alejandro. Body Rose apagó el porro, aunque demasiado tarde. El humo y su fragancia despertaron el olfato de la doctora, que miró al español con cara de úlcera.

—Alejandro, ha sido una pesadilla el tenerte de paciente, pero reconozco que también una experiencia única en mi carrera profesional. Vosotros ya os podéis marchar —dijo a los *frikies*.

Body Rose dio un paso al frente.

—En veinte días llegan los budas a Madrid vía Ámsterdam. Espero que tengas suerte. —Le besó en los labios y se retiró para dejar que Texas Jack se despidiese.

—Me largo a Ámsterdam con Mescaline Bobby, vamos a abrir un bar, The Goa Bar. Quiero que sepas que tienes un sitio donde quedarte.

—Por ahora voy a pasar una larga temporada encerrado en Madrid, así que no creo que nos vayamos a ver mucho.

—Espero que sea antes de lo que piensas —dijo con nostalgia y cariño el gran Texas Jack.

Body Rose dejó escapar una lágrima.

—Adiós, mi hermano. —Sus amigos no se quedaron mudos y también le dedicaron un último «Adiós, mi hermano». Desde el otro lado del jardín alguien gritó «¡Adiós, mi hermano!», luego otra voz se unió a la primera: «¡Adiós, mi hermano!», y luego otra, y otra... Al poco, más de mil locos se despedían de Alejandro con un solo grito.

—Esta tarde te pasas por mi despacho —indicó la doctora Prity al enfermero—. Hoy termina tu trabajo en el área de seguridad.





Desde la llegada de Alejandro al sanatorio, María no le había quitado ojo. Dos días estuvo escondiéndose tras las columnas, las puertas y las esquinas del hospital para que no la viera. Estaba esperando, al igual que hizo Jesús con san Pedro, el momento oportuno para presentarse... pero tenía un gran problema, pues Alejandro no era pescador y en el hospital no había mar, tan sólo una piscina, y con ella tuvo que conformarse aquella mañana para mostrarse ante su futuro discípulo. Aprovechando que Alejandro tomaba el sol sobre una tumbona mientras leía apasionado un *Marca* de la semana anterior, la princesa se dispuso a hacer una demostración de su agilidad sobre el trampolín. Consiguió engatusar a todos los presentes con sus triples y cuádruples mortales, menos a Alejandro, que continuaba inmerso en las páginas de fútbol.

Los aplausos y la alegría con que la animaban a continuar se vieron interrumpidos por sor Guillermina.

—Baja ahora mismo de ahí —gritaba la monja muy preocupada, pero María hizo caso omiso de su cuidadora y decidió efectuar su último y espectacular gran salto. Al igual que lo hacían las trapecistas chinas de su infancia,

cogió carrerilla y al llegar al final de la tabla se dio un gran impulso y subió como un cohete hacia el cielo. Llegó a alcanzar una altura jamás lograda en una piscina por ninguna persona en este planeta: su maravilloso impulso le permitió hacer cinco mortales y finalizar en un clavado perfecto.

El único problema fue que, en vez de caer directamente en el agua, cayó sobre la barriga de una enferma con exceso de kilos que flotaba como un tonel perdido en alta mar. El grito de la mujer obesa fue espeluznante y le pegó un buen susto a Alejandro, que por primera vez levantó la vista del periódico.

Por fortuna, la barriga de la señora se hundió en el agua amortiguando lo que podía haber sido un grave accidente. Con el impacto del golpe, la santa perdió el conocimiento y fue a parar al fondo de la piscina, pero el chico de salvamento estaba muy ocupado: trataba de rescatar a la mujer obesa, que no dejaba de vomitar trozos de sardinas engullidas sin masticar antes de bañarse.

Los locos gritaban y corrían asustados sin saber qué hacer, y nadie parecía haber advertido el sueño de la princesa en las profundidades de la piscina. Sor Guillermina fue la primera en ver la angustiada situación en la que se encontraba su protegida.

—¡Que alguien ayude a María! ¡Yo no sé nadar!

Sólo Alejandro supo reaccionar: se lanzó al agua para salvar a la santa y logró llegar hasta ella cuando apenas salían de su boca pequeñas burbujas de aire. La sujetó por debajo de las axilas y la subió a la superficie entre trozos de sardinas.

Ayudada por Alejandro, sor Guillermina la sacó del agua sin que diera señales de vida. La monja le presionaba el tórax una y otra vez en un intento desesperado por que

expulsase el agua que tenía dentro y pudiese respirar, pero los segundos pasaban y a pesar de los esfuerzos de la hermana, María permanecía inconsciente mientras poco a poco el color de su piel cambiaba de tonalidad pasando del morado al amarillo. Alejandro y la monja eran los únicos que la atendían porque el resto seguía centrado en el espectáculo acuático. La tragasardinas continuaba pegando gritos al tiempo que se agarraba al cuello del chico de salvamento, que bastante tenía con mantenerse a flote: además de tener que aguantar el peso de la gorda, se encontraba con la dificultad de las sardinas, que se le metían en la boca cada vez que lograba salir a la superficie a respirar.

Al comprobar que los esfuerzos de la monja eran en vano, Alejandro decidió entrar en acción.

—Apártese, hermana.

Empujó a sor Guillermina y le hizo el boca a boca a la santa. Después de varios intentos, la princesa expulsó unos cuantos buchets de agua y volvió a respirar... Y lo primero que vio al abrir los ojos fue a Alejandro acercándose hacia ella, dispuesto a continuar con el proceso. Al instante, la mano de sor Guillermina le detuvo mientras le indicaba que ya era suficiente. Pese a estar muy aturdida, María hizo el enorme esfuerzo de acercar sus labios al oído de su salvador.

—Muchas gracias por haberme devuelto la vida.

—Todo un placer —respondió Alejandro muy orgulloso tras realizar la única acción útil que recordaba en sus últimos diez años de su vida.

—Vamos a llevarla a la enfermería —ordenó sor Guillermina muy angustiada, y él obedeció sin rechistar; levantó a la santa entre sus brazos como si fuera una almohada de plumas. Al erguir la espalda sintió un fuerte tirón que le atravesó la columna vertebral; pero disimuló

y aguantó el dolor como un valiente, de sus labios no salió queja alguna.

Al escuchar los gritos del socorrista, la santa miró hacia la piscina.

—¡Que alguien me ayude! —Aquélla fue la única frase que pudo emitir el pobre socorrista, porque se le acababa de meter otro trozo de sardina en la boca.

«¡Hay peces flotando en la piscina!», observó María.

Aun sin barcas ni redes, el encuentro entre la princesa y su discípulo nada había tenido que envidiar al acontecido mil novecientos setenta y tantos años antes entre Jesús y san Pedro.

—Se llama abordabilidad a la capacidad que tiene un individuo de ponerse en relación con su interlocutor. Un enfermo que contesta preguntas es abordable aunque sus respuestas sean absurdas —afirmaba la doctora Del Valle mientras bostezaban muchas de las caras aburridas que asistían a su clase.

El curso de verano había comenzado y aquel año tenía más alumnos que nunca. La doctora podía contar hasta cincuenta personas en su aula, casi todas ellas con pinta de desear que terminase el rollo que les estaba soltando. Impartía un curso llamado «Introducción a la Psiquiatría» y, al ser pura teoría, le resultaba muy difícil conseguir que sus alumnos no abriesen y cerrasen la boca, y que dejaran de mirar una y otra vez el reloj de pared o de enviar mensajes por el móvil.

No estaba dispuesta a perder siquiera a uno de sus alumnos y le preocupaba mucho ver cómo se distraían con sus largas explicaciones o cómo los bostezos aparecían incluso en las caras de los estudiantes que intentaban prestar atención a sus palabras. Aquella actitud estaba empezando a dejar un sabor amargo en las expectativas

que tenía del curso: no se había quedado todo el verano en Madrid, desbordada de trabajo, para que su clase fuese una más del montón, una de esas en las que los únicos comentarios al finalizar el curso son: «Menos mal que se ha terminado este suplicio», o: «Queda un coñazo menos para terminar la carrera.»

Necesitaba que sus alumnos se entusiasmasen, que por las aulas y despachos de la facultad corriera el comentario de lo bueno que había sido el curso que ella había impartido. Por desgracia, en tan sólo tres días sus clases se habían convertido en un ladrillo espantoso. Tenía que hacer algo para romper con la monotonía de sus explicaciones, para lograr que no fuesen sólo los estudiantes de «Introducción a la Psiquiatría» quienes asistieran a su clase; deseaba que el aula se llenase con alumnos de otros cursos como oyentes, una clase donde todos aprendieran y lo pasaran bien.

«Eso sí que sería un éxito rotundo.» Si pudiese conseguirlo, su carrera daría un giro importantísimo hacia el éxito.

Todas esas ideas irrumpían en la cabeza de la doctora mientras hablaba con monotonía del siguiente concepto.

—Se llama «consciencia» al conocimiento que tenemos de nosotros mismos y del mundo externo... —Consciencia de ir hacia un fracaso absoluto era lo que tendría si no ponía remedio a su curso de «Introducción a la Psiquiatría».

Aquel verano estaba haciendo muchísimo calor y el aire acondicionado no funcionaba, lo que obligaba a tener abiertas casi todas las ventanas. Uno de los alumnos distraídos arrugó un folio y se lo lanzó a una paloma que descansaba en un pequeño rosetón de la pared del aula. El papel impactó en la cola del pájaro y éste se espantó causando un ruidoso e intenso sonido. La mayoría de los

alumnos estaban más atentos a lo que ocurría con la paloma que al concepto de consciencia que su profesora intentaba explicarles.

De repente, la doctora sintió una pequeña subida de adrenalina, una especie de alegría interna: acababa de ocurrírsele una excelente idea.

—Siento lo lejos que estáis de esta clase y el poco interés que percibo en vosotros. Sé que este curso es obligatorio para pasar a segundo y que muchos de vosotros estáis aquí porque habéis suspendido y no os queda más remedio que escucharme. Soy consciente de que no consigo entusiasmaros, por eso espero que otros lo hagan por mí.

Por primera vez, la doctora acaparó el interés de sus alumnos: nadie miraba el reloj de la pared, nadie mandaba mensajes, nadie lanzaba papeles.

—No voy a tirar la toalla, esto va por los que tenéis esa sonrisa en vuestra cara. Lo que voy hacer es compartir la clase con algunos de mis pacientes. El lunes trataremos la psicopatía y la paranoia. Vendré acompañada por dos de mis enfermos: un psicópata y una paranoica. Se llaman Alejandro y María, y estoy segura de que os sorprenderán además de entreteneros mucho más que yo. Podéis invitar a otros alumnos, si tienen interés en venir. A partir de mañana, esta clase está abierta a quien desee asistir.

Los estudiantes aplaudieron la decisión y Teresa del Valle se lo agradeció al tiempo que movía la mano derecha reclamando silencio.

—Las personas que van a acompañarnos vendrán porque yo voy a pedírselo. Espero de vosotros un respeto máximo hacia ellos. Quien no esté dispuesto a cumplir esta norma es mejor que no venga, porque una falta en este sentido llevará aparejado un suspenso irrevocable. Muchas gracias y hasta mañana.



Los alumnos se levantaron de sus sillas y se dirigieron a la puerta de salida mientras comentaban entre ellos la buena idea de su profesora.

«María es un ejemplo perfecto de paranoia y Alejandro es un caso claro de psicopatía que hará que muchos de los asistentes al curso se identifiquen con él, sobre todo cuando oigan cuánto le gusta fumar hachís. Los dos son perfectos para la siguiente clase: son muy inteligentes, tienen mucha personalidad y ganas de protagonismo. Además, es interesante que Alejandro haya decidido seguir el juego a las fantasías patológicas de la princesa», pensaba la doctora mientras guardaba en su cartera algunos de los folios que había sobre su mesa. Desde el incidente de la piscina, ambos habían hecho buenas migas. Al parecer, María contaba con otro amigo además de sor Guillermina. «Será un éxito», concluyó al tiempo que cerraba su portafolios y salía de la clase.

Alejandro era el segundo en la fila del comedor. Los domingos hacían un bufet para los enfermos capaces de mantener la compostura y guardar las mínimas reglas de educación. Se trataba de uno de los grandes momentos de la semana, ya que tenían el privilegio de comer todo cuanto quisieran y repetir las veces que les viniese en gana. Había unas ochenta personas en fila india, esperando a que los cocineros y las camareras comenzaran a servir el ansiado almuerzo.

El comedor tenía grandes cristales que daban al jardín. Frente a él y a todas luces impaciente, María daba vueltas alrededor de un pequeño ciruelo, ansiosa porque su discípulo terminara de comer lo antes posible para comunicarle una gran noticia. La doctora Del Valle acababa de decirle que mañana lunes irían a la universidad con sor Guillermina. Habían sido elegidos para enseñar a los jóvenes estudiantes lo que verdaderamente eran: una santa con discípulo incluido. Tendría la oportunidad de comenzar a predicar sus enseñanzas, a poner en marcha su misión y nada menos que en la universidad. Sabía que la oportunidad no tardaría en llegar, pero nunca esperó que todo fuese a ocurrir tan rápido.

Su impaciencia le impidió seguir dando vueltas alrededor del ciruelo y decidió entrar en el comedor, a pesar de tenerlo terminantemente prohibido a raíz de los hechos ocurridos dos domingos antes durante el almuerzo. Para comer sirvieron pollo al horno: cincuenta aves decapitadas, con la carne chamuscada y bañadas en salsa esperaban a que diez camareras clavaran sus cuchillos y les amputaran de cuajo las patas y las alas. Aquella despiadada escena provocó en la santa un ataque de ira parecido al que tuvo Jesús con los mercaderes en el Templo, aunque es importante recalcar que los métodos empleados por la santa en el comedor fueron algo más ortodoxos que los del Hijo de Dios: ella no tenía en su posesión un látigo. La princesa se vio obligada a emprenderla a bofetones y patadas con todos los que aguardaban turno en la larga cola del bufet. Mucha de la comida se cayó al suelo y si no llega a ser por sor Guillermina, los demás enfermos la hubiesen matado ahí mismo. «Bueno, esas cosas son del pasado y esta vez procuraré no fijarme en la comida», pensaba la princesa mientras intentaba atravesar la puerta del comedor. Por suerte o por desgracia para ella, uno de los enfermos le cerró el paso, mientras que los de la cola aplaudían tan inteligente decisión. Nadie deseaba perderse las codornices estofadas y los huevos benedictinos que hoy les ofrecían.

Se habría echado a llorar allí mismo si Alejandro no llega a apiadarse de ella. Abandonó la cola advirtiéndole al que está detrás de él:

—Como te cueles te encierro con la santa en un cuarto lleno de pollos fritos.

Sin decir más, se acercó a María, que le esperaba al otro lado de la puerta del comedor.

—Este sitio no es digno para su alteza. Espera fuera,

que soy el segundo de la fila y tengo mucha hambre —le dijo asomando la cabeza sobre el hombro del enfermero, que se había colocado bajo el arco de la puerta para impedir que la princesa se colara en el bufet.

—Os ruego me escuchéis, Alejandro. Tengo buenas nuevas, por fin ha llegado vuestra oportunidad de salir de este lugar.

—¿No serán estas nuevas el típico rollo de su santidad?

—No, no lo son. Acercaos a la sombra del ciruelo, que tengo un gran secreto que contaros.

Alejandro evaluó la cola de la comida. Estaba de suerte: al parecer hoy el personal de cocina andaba algo retrasado. Se dirigió al enfermero que impedía el paso a María.

—¿Puedo salir un momento?

El otro, con tal de quitarse a la loca de en medio, accedió sin pensárselo dos veces.

En cuanto estuvieron fuera, Alejandro miró a través de la cristalera a su compañero en la cola para recordarle con un dedo amenazante su tremenda advertencia. El enfermo había empezado a temblar del miedo y aunque el bufet se había puesto en marcha, no pensaba permitir que nadie pasase el turno de Alejandro. El pobre hombre aguantó todo lo que pudo, hasta que los demás enfermos lo apartaron a empujones.

—Que den por saco a la santa y a su discípulo —gritaban varias voces desde la cola. El discípulo no fue capaz de evitar una gran carcajada al ver los apuros en que había metido a su leal compañero de fila, que continuaba aguantando los empujones con tal de no verse encerrado con María en un cuarto lleno de pollos fritos.

—No prestáis atención a lo que he de deciros... Alejandro, desde que os vi en el programa de televisión sé muy bien lo que queréis hacer.

—¿Y qué es lo que quiero hacer desde que me viste en el programa de televisión? —preguntó él sin demasiado entusiasmo.

—Escaparos para recuperar vuestra ansiada libertad y ese tesoro que os robaron, esas lágrimas de Buda de las que tanto me habéis hablado.

—Ya. ¿Y cómo vamos a escaparnos?

—El cómo aún no lo sé, pero la oportunidad nos la sirven en bandeja. El lunes quieren llevarnos a la universidad.

Una mueca de circunstancia cubrió la cara de Alejandro.

—¿Estás segura de que vamos a la universidad?

María sacó de la manga de su traje una carta escrita por la doctora Del Valle.

—Me pidió que os entregase esto. Deseaba dároslo ella misma, pero una llamada urgente de su madre la obligó a partir sin demora.

Estimado Alejandro:

Hubiera preferido pedirte en persona lo que a continuación te propongo, pero ha sido imposible. Como sabes, estoy impartiendo un curso de psiquiatría en la facultad y me gustaría que participases junto a María en la clase del lunes. Si aceptas, te ruego que no se lo comuniques a nadie y mantengas mi propuesta con la mayor discreción posible, ya que no quiero que los demás enfermos se peleen por ser los siguientes.

Espero que aceptes mi invitación y te comportes como lo llevas haciendo desde tu llegada al centro.

Muchas gracias.

Dra. Teresa del Valle

Alejandro dobló la carta y la metió en el bolsillo trasero de su pantalón.

—Pues no es uno de tus rollos. Me imagino que quedará que contemos nuestra vida a los estudiantes. Tenemos que pensar cómo escaparnos.

—Entonces, ¿aceptáis?

—No me has nombrado tu discípulo para que me quede cruzado de brazos. Yo te sigo hasta el infierno si es necesario.

—Alejandro, Alejandro, sé que en algún momento me abandonaréis al igual que hizo san Pedro con Jesús. Recordad lo que os digo. Un día, cuando cante el gallo, os habréis esfumado.

Al oír estas palabras, el hombre bajó poco a poco la mirada hacia su pecho. Allí, colgando de un cordón de zapatos a modo de collar, se encontraba el extraño disco que le entregó su amigo y compañero Kalatagan Arsenio.



Al llegar a su casa la doctora encontró a su madre con una mascarilla de color verde en la cara y una rodaja de pepino pegada a la mejilla. Generalmente, el pepino se lo colocaba en los ojos y estaba claro que en aquella ocasión se había ido deslizando por la grasienta mascarilla hasta detenerse en el moflete. Doña Margarita seguía con los rulos calientes en el pelo, en bata y en un estado de ánimo que rozaba la histeria.

—¿Qué te pasa, mamá?

La pobre señora intentó hablar, pero los nervios se lo impedían. Por suerte mantenía la capacidad de señalar con el dedo, que ahora apuntaba hacia la puerta de su dormitorio.

—¿Qué pasa? —insistió de nuevo su hija; aunque como única respuesta recibió unos pequeños gemidos—. ¿Han robado? ¿Alguien te ha hecho daño? —preguntó asustada.

Su madre movía negativamente la cabeza y se abrazó con tanta firmeza a su hija que le acabó pringando la cara de mascarilla. Ante la tensión creada por el nerviosismo de su madre, que continuaba señalando la habitación con



el dedo índice, se armó de valor y entró en el dormitorio demostrando cierta valentía, a pesar de tener un trozo de pepino pegado en la mejilla.

Tirado en el suelo se encontraba el fontanero: un señor gordito con pelo blanco, de unos sesenta años, tiene la boca abierta y la lengua fuera. La doctora comprueba su estado; saca de su bolso el móvil y llama al Samur.

—Manden una ambulancia a la calle Núñez de Balboa 14, tercer piso. Hay un hombre con un ataque al corazón.

Luego colgó y se dedicó a socorrer al fontanero, desabrochándole la camisa y acercando un ventilador a su cara.

—¿Cuánto tiempo lleva así? —preguntó a su madre.

Doña Margarita, al enterarse de que seguía vivo, se tranquilizó.

—Le dio el soponcio justo antes de llamarte —contestó con voz temblorosa.

—¿Y por qué no llamaste a los del Samur?

—No sé, no encontraba el número de teléfono, no podía reaccionar, marqué el tuyo, que lo tengo en automático. Y es que sólo me salían las palabras «ven, ven».

—Ya —respondió la doctora resignándose una vez más a la torpeza de su madre.

—Fue horrible, se había roto el grifo del lavabo y el baño comenzó a inundarse. La criada del segundo me avisó de que de su techo goteaba agua y como es domingo dijo que conocía un servicio de fontaneros de veinticuatro horas.

—Al grano, mamá, al grano —la interrumpió su hija a punto de perder la paciencia.

—Estaba en el baño poniendo cubos bajo la avería del grifo y vaciándolos en la bañera. Como no sé dónde está la caja de herramientas, había cogido un cuchillo de la co-

cina para usarlo de destornillador e intentar arreglar la avería, aunque nada de nada.

A la doctora le costaba horrores contener su impaciencia; su madre la ponía de los nervios, pero logró calmarse y mantener la boca cerrada.

—Había dejado la puerta principal abierta, porque desde mi baño no se oye el timbre. La cosa es que entró en la casa, yo no oí nada hasta que se metió en mi dormitorio. Entonces salí del baño y fue cuando el pobre hombre escuchó algo tras él, se dio la vuelta y me vio con la máscara, esta horrible pinta y el cuchillo en la mano. Se pegó un susto de muerte y se desplomó.

Teresa se fijó en el pelo de su madre.

—Mamá, te sale humo de la cabeza.

—¡Por los clavos de Cristo! ¡Los rulos! ¡Que no me he quitado los rulos! —El pelo de la buena señora comenzaba a chamuscarse por el calor y no se le ocurrió otra cosa más que salir corriendo hacia el baño, para meter la cabeza en el cubo que estaba bajo el grifo roto.

De la cabeza de doña Margarita chorreaba agua sucia, los rulos desprendían humo negro, la mascarilla verde se deslizó por su cuello y ahora unas cuantas babas se balanceaban en la comisura de sus labios.

—Mamá, pareces un marciano. Arréglate antes de que lleguen los del Samur, no les vaya a dar otro infarto.



El aula estaba abarrotada de alumnos. Había tantos estudiantes de todas las ramas de la Facultad de Medicina que no cabía un alfiler. A muchos de ellos les tocó permanecer de pie en los pocos espacios libres que quedaban, incluyendo los pasillos.

—Habéis conocido a los dos pacientes: María y Alejandro. Habéis escuchado sus vidas, inquietudes y problemas. En unos momentos van a regresar para que les hagáis preguntas, pero antes quiero advertiros la importancia que tiene que les respetéis como si fueran personas en su sano juicio. Recordad lo que son: dos enfermos con patologías muy graves. Antes de que entren, vamos a hacer un resumen de los síntomas generales de su enfermedad.

La doctora Del Valle estaba eufórica. La vida de Alejandro y de María había entusiasmado a sus estudiantes, nadie había abierto la boca ni se había movido un milímetro en su silla durante la larga hora y media que llevaban de clase. Ya no quedaba mucho tiempo, el momento de dar el brochazo final a esta inolvidable experiencia se acercaba. Bebió dos o tres sorbos de agua, depositó el vaso sobre su mesa y cogió el micrófono inalámbrico.

—Los paranoicos como María son enfermos que presentan como único trastorno importante el delirio, ideas que brotan espontáneamente sin haberlas vivido; el resto de las funciones psíquicas las conservan en buen estado. Son los don Quijote de nuestro mundo. Los delirios paranoicos abarcan todas las posibilidades de la actitud humana, pero se basan en los deseos o temores del enfermo.

»Los seres humanos no somos demasiado originales en cuanto a lo que deseamos y los paranoicos no son una excepción. Sus delirios los podemos agrupar en cuatro categorías: de persecución, de grandeza, eróticos y de injusticia. Los delirios que padece María son de grandeza, y se caracterizan por la convicción de la enorme importancia que tiene su persona. María cree que desciende nada más y nada menos que de la Virgen y Buda, y que conoce el secreto para la absoluta libertad del hombre del que ya hemos hablado antes.

La doctora se tomó una pausa para beber el resto de agua que quedaba en el vaso.

—Los paranoicos son locos razonadores. Lo que dicen parece lógico y comprensivo, si no fuera porque las premisas de sus razonamientos son falsas. Sin embargo, las características psicológicas del paranoide no son siempre negativas. Su propio orgullo le lleva a una rectitud de conciencia, a un sentido del honor y de la dignidad personal, a un amor a la verdad difíciles de ver en otras personalidades, ya sean normales o patológicas, aunque estas virtudes se convierten en defectos precisamente a causa de su exageración.

Algunos de los alumnos levantaron la mano deseosos de hacer alguna pregunta, pero ella no las aceptó en ese momento.

—Mañana dedicaremos la primera parte de la clase a

responder vuestras dudas. Podréis preguntarme lo que queráis. Desgraciadamente hoy no nos queda mucho tiempo y me gustaría resumir de la forma más breve posible la patología de Alejandro, es decir, la psicopatía.

Durante unos segundos, la doctora revisó los folios que tenía preparados para la clase. No deseaba dejarse en el tintero nada que fuese importante.

—Los psicópatas son individuos que tienen trastornos graves de conducta, sin que puedan percibirse en ellos alteraciones clínicas importantes. La exploración clínica del psicópata no da ningún signo psicopatológico claro. Tienen una inteligencia normal, no poseen trastornos de la percepción de la memoria, presentan buena capacidad de juicio y raciocinio, afectividad normal, etcétera. Sin embargo, la historia personal de este sujeto tan normal no va por el mismo cauce vital de las demás personas. ¿Por qué? Porque presenta trastornos importantes de conducta que le convierten en un inadaptado social. El psicópata tiene un desequilibrio entre los extractos intelectivos y afectivos, favoreciendo la parte afectiva y desfavoreciendo la intelectual o racional.

La doctora Del Valle se acercó a la pizarra y señaló con un rotulador lo que con anterioridad había escrito. Hizo una pequeña marca con la tiza y subrayó el primer punto.

—Una desproporción entre estímulos y reacciones —leyó en voz alta—. Los psicópatas se desalientan y abandonan sus tareas o intenciones al afrontar las dificultades que éstas puedan tener. Por ejemplo, a Alejandro le han ofrecido en múltiples ocasiones escribir un libro sobre su vida, pero él las ha rechazado porque dice ser un contador de historias y piensa que si escribe el libro alguien le va a contestar: «Corta el rollo que me lo he leído.»

Aún junto a la pizarra, la doctora subraya el punto B y

continúa la explicación a un ritmo de voz más acelerado. El tiempo apremia.

—Segundo punto: intolerancia a los estímulos desagradables. Según su habitual frase, el psicópata no puede soportar ningún trabajo o molestia. «No voy a clase porque no puedo aguantar estos tostones»; se despreocupa de su madre gravemente enferma porque no puede soportar escenas tan tristes, abandona la oficina llevándose todo lo que había en ella porque no puede aguantar al idiota del jefe.

La doctora tose un poco y regresa a la pizarra señalando el punto C.

—Viven el momento presente. ¿Qué quiere decir esto? Que no reflexionan las consecuencias de sus actos. Sólo piensan en cómo solucionar el conflicto momentáneo, aunque el procedimiento que emplean les ocasione muchas y más graves complicaciones. Ésta es una de las grandes diferencias entre el delincuente y el psicópata. Mientras que el primero planea con cuidado sus acciones, por ejemplo, cómo robar algo eludiendo las consecuencias, el psicópata obra por impulsos momentáneos y aunque es inteligente, no prepara una coartada o lo hace de manera tan burda que se descubre con toda facilidad su delito.

Después de mirar su reloj, pasa al cuarto punto, señalándolo con tiza sobre la pizarra:

—Racionalización de sus actos. Ésta es una característica muy común en los psicópatas, que justifican siempre su falta de compromiso o disciplina con excusas. En el caso de Alejandro, hace muchos años tuvo una relación con la hija de un hombre rico y pensaron en casarse. El padre de la chica le invitó a comer mano a mano y en un momento de la comida le preguntó cómo iba a mantener

a su hija si no trabajaba. Él le contestó: «Para qué voy a trabajar, con lo que usted nos pase tenemos suficiente.»

La doctora hizo una pequeña pausa y sonrió ante la carcajada generalizada que había despertado la anécdota entre sus alumnos. Luego volvió a señalar la pizarra y leyó el último punto:

—Inestabilidad. —Esta vez no se limitó a subrayarlo, sino que hizo especial hincapié en la palabra, dibujando un círculo a su alrededor—. Es muy típico que en la juventud del psicópata haya sido notoria su falta de concentración. Por ejemplo, muchos de ellos intentan estudiar una carrera, suspenden, inician otra y luego otra sin ser capaces de terminar el primer curso. —Se alejó de la pizarra y se acercó a la primera fila de alumnos—. Como resultado de todos estos factores, aparece en el psicópata su inadaptación y conducta antisocial. Poco a poco la familia y la sociedad lo van rechazando y suele terminar cometiendo actos delictivos. Un ejemplo claro es nuestro invitado de hoy. Como él mismo nos comentó al principio de la clase, ha estado en ocho cárceles y ahora visita su tercer psiquiátrico. El psicópata casi siempre se implica en alcoholismo o toxicomanía y tiene que cargar en su vida con las graves consecuencias que esto conlleva.

La doctora Del Valle revisó sus papeles durante unos segundos para verificar que no se había olvidado nada.

—Bueno, creo que ha llegado el momento más esperado de la clase. —Durante la explicación de sus enfermedades, María y Alejandro habían permanecido en una pequeña sala situada junto al aula, siempre acompañados por sor Guillermina y unos refrescos. Había llegado el momento de hacerlos regresar—. Adelante, por favor —dijo la doctora al abrir la puerta, y entre grandes aplausos los invitados se acercaron a la mesa donde estaba el micrófono.



María no resistió la tentación de hacer exageradas reverencias ante la calurosa acogida de los estudiantes. Aquel día había peinado su cabello en una sencilla pero larga coleta que colgaba detrás de la corona de las patatas fritas. Vestía una bata lisa azul eléctrico de poliéster, a la que había añadido unas mangas hechas con trozos de una vieja sábana teñida de color naranja con acuarelas. En la cintura, bien ceñida a modo de faja, llevaba una cinta de terciopelo que le regaló sor Guillermina.

Cada uno de los locos se colocó a un lado de la doctora para responder a las numerosas preguntas que los alumnos deseaban hacerles. Ésta concedió la palabra a un chico.

—Alejandro, ¿el haber estado en ocho cárceles y tres manicomios no te ha hecho reflexionar sobre tu comportamiento?, ¿no te ha animado a intentar modificar tu vida hacia otro rumbo, en otra dirección? Y otra cosa más: ¿nunca has tenido remordimientos por vender todo tipo de drogas, sabiendo el daño que causan a los que te las compran?

Alejandro agarró el micrófono.

—*To be or not to be, that is the question.* Estoy contento con mi vida, y aquí, desde esta aula, me gustaría pedirlos que en un futuro, si es que caigo en vuestras manos como paciente, no sigáis el ejemplo de vuestra profesora. No quiero que me curéis mi locura, estoy contento con ella. Me parece mucho más loco que yo el que tiene que coger el metro todos los días en hora punta para ir a la oficina. Dicho esto y contestando a tu primera pregunta, mis estancias en las cárceles... las interpreto como una invitación de diferentes gobiernos a pasar una temporada con todos los gastos pagados.

El aula se llenó de risas y comentarios.

—La respuesta a tu segunda pregunta es no, no tengo remordimientos por haber vendido drogas. Nunca he vendido una droga que yo no me metiese, nunca he cortado una droga, ni siquiera en mi época de yonqui, que lo fui durante dieciséis años. Yo las amo, adoro las drogas. Eso no quiere decir que no haya esnifado un par de rayas de caballo del gramo que fuese a vender, pero prefiero hacer esto a pasar un gramo cortado.

»El problema que tenemos en Europa no es que nos metamos muchas drogas, sino la mierda que nos venden para que nos metamos al cuerpo. A pesar de todo lo que me he metido, sigo vivo gracias a que en Goa las drogas son... eran puras hasta que se convirtió en un mercado turco con la llegada de los burguesitos americanos y europeos.

La doctora concedió el turno a una alumna.

—Alejandro, de todas las experiencias que has tenido gracias a las invitaciones de ocho países, ¿hay alguna que te gustaría compartir con todos nosotros?

—De todas las cárceles en las que he estado, la que recuerdo con mayor cariño y agrado es la de Kabul, antes de la invasión rusa. Me habían pillado con ochenta kilos de hachís en la frontera con Irán. Hablo de la época del sha. El juez afgano decidió que sería una buena idea que me hospedase una larga temporada en la capital. Al entrar en la cárcel, un policía me puso la mano en los huevos, le di un puñetazo y le rompí la mandíbula, así que me metieron en una habitación sin ventanas, totalmente a oscuras.

»Allí me tuvieron esperando casi tres horas hasta que por fin alguien abrió la puerta de la celda y me sacaron afuera. En aquella época, la cárcel estaba construida alrededor de un patio rectangular. El edificio tenía cuatro pisos, en cada uno había unos corredores parecidos a las

terrazas de cualquier edificio que dan a un patio. Ahí esperaban tres mil presos apiñados en los balcones para ver cómo corría el pasillo. Cuando digo pasillo, me refiero a dos filas de quince policías. Cada uno llevaba en la mano un palo grueso y largo de madera. Se suponía que tenía que pasar corriendo entre ellos y si conseguía llegar hasta el final me permitirían vivir, probablemente lisiado para el resto de mi vida. Mi instinto fue ponerme a bailar y a cantar.

Alejandro comenzó a moverse como si fuera una serpiente con brazos y piernas.

—Amor de cabaret, yo a ti te quiero; amor de cabaret, que fue sincero...

Los alumnos se partían de risa mientras animaban con aplausos el baile del preso de Kabul. Cuando terminó la canción, el discípulo se acercó al micrófono.

—Poco a poco, los presos empezaron a reírse. Al principio fueron risitas, pero luego aquello se convirtió en un auténtico descojone y contagiaron a los policías, que también comenzaron a reírse. Me perdonaron el pasillo y aquí delante de vosotros os digo que, aunque sin estar del todo cuerdo, sigo contento y enterito. —Alejandro dio un paso hacia atrás, alejándose del micrófono a la espera de nuevas preguntas.

De nuevo fueron muchas las manos que se alzaron. La doctora señaló con un dedo a otra chica, rogando por que alguien preguntase a María, que ya estaba empezando a impacientarse.

—Majestad —dijo una alumna, que parecía estar ya en los últimos cursos.

La princesa sujetó el micrófono con tanta fuerza que lo hizo rechinar por todos los altavoces del aula. La alumna sonreía mientras aguardaba a que el desagradable rui-

do desapareciese y en cuanto el silencio se adueñó del aula, retomó la palabra.

—Cuando la doctora Del Valle nos habló de usted, nos dijo que usted conoce un gran secreto, el secreto para la absoluta libertad del hombre. ¿Por qué no puede develarlo ahora mismo? Tiene ante usted más de ciento cincuenta estudiantes de Medicina dispuestos a escucharla. Imagino que pocas veces habrá tenido una oportunidad semejante, ¿por qué esperar a que sean los pájaros los que le indiquen cuándo?

María recapacitó durante unos segundos y después de dar un gran suspiro se dispuso a contestar.

—Pocos fueron los que comprendieron las enseñanzas de mis antepasados Buda y Jesucristo. Al principio tan sólo unos pocos; luego, con el pasar de los años, muchos más abrieron sus oídos a las palabras de los maestros. Aunque por desgracia para todos nosotros, sus enseñanzas han sufrido y sufren una constante metamorfosis, dictada por las ideas de los tiempos en los que nos haya tocado vivir. Únicamente los animales conservan dichas enseñanzas tal y como eran desde el principio. Ellos disponen de una ventaja de la que por desgracia el ser humano carece: la libertad de no tener conciencia ni deseo de modificar sus instintos primarios. Son tan inteligentes que hace muchos siglos rechazaron la inteligencia por considerarla su mayor enemiga.

»Cristo y Buda no hablaron sólo a los hombres, hablaron a todos los seres vivos, y son las aves las que se comunican con los dioses mejor que ningún otro animal. El Espíritu Santo se transformó en paloma; Zeus, en cisne; en el lejano Oriente la misteriosa ave Fénix es quien vigila y protege a los hombres. Podría daros otros mil ejemplos de por qué son las aves y no otros animales los que

representan a Dios. ¿A alguien se le ha ocurrido pensar por qué los ángeles tienen alas? ¿Acaso creéis que Dios se las puso para decorarles las espaldas? Pues bien, las tienen para parecerse más a los pájaros.

»Nosotros, los humanos, estamos hechos a semejanza de los seres superiores, de la divinidad, y por eso tenemos inteligencia. Ésta nos proporciona demasiadas ideas, demasiados filtros ante nuestros ojos que nos impiden ver con claridad la sencillez de sus enseñanzas y mandatos. Nos creemos superiores a todos los seres y dueños de la tierra en la que vivimos. Gran equivocación, ya que la tierra no pertenece a los hombres, sino que somos nosotros quienes pertenecemos a ella.

La princesa estaba entusiasmada. Por primera vez en su larga vida de más de setecientos años tenía ante ella una gran audiencia dispuesta a escucharla; un público que le daba muestras de veneración y respeto. Podía observar cómo muchos de los estudiantes escribían sus enseñanzas a toda velocidad y tenía en su interior la misma sensación que tuvo Cristo al dar el sermón de la montaña: la sensación de estar haciendo lo correcto. Sabía que se trataba de un paso pequeño pero decisivo para iniciar la búsqueda de la gran señal.

—Hace más de setecientos años, un palomo lleno de sabiduría me transmitió el secreto para la absoluta libertad del hombre. Mas eso sí, advirtiome el susodicho, con calma y seriedad, de lo grave que sería el comunicarlo sin antes haber visto la señal. Deseo y os ruego que tengáis paciencia, ya que el tiempo de ver el círculo está presto y yo estaré con vosotros al igual que mis antepasados estuvieron con sus contemporáneos.

»Voy a contaros cómo un ángel vino a buscar a Buda para llevarlo a lo más alto de los cielos: le agarró por la

coleta elevándolo por los aires para reunirlo con los dioses, pero él sacó su espada y se cortó la coleta para caer en la tierra, ya que su deseo era permanecer junto a los seres humanos. De esta forma y para sosegaros, de igual modo actuaré con la mía.

María extrajo de la faja sus tijeras de coser y con mucha solemnidad sujetó la coleta con la mano izquierda, mientras que con la derecha daba trabajo a las tijeras. Una vez terminada la faena, dejó caer al suelo majestuosamente su recién cortado cabello.

—Aquí está la prueba de mi entrega. Tranquilizaos todos, jóvenes estudiantes, ya que mi corazón y mi alma están y estarán siempre con vosotros.

Todos sin excepción se levantaron de sus sillas y aplaudieron emocionados el gesto que para con ellos había tenido la santa.



Hacía ya media hora que Teresa debería haberse marchado al sanatorio, pero sus alumnos insistieron en acompañar a María y a Alejandro por los largos pasillos del edificio para seguir conversando con ellos, y a mitad de camino convencieron a la doctora para que les permitiera ir a la cafetería a tomar todos juntos un chocolate con churros. Tanto insistieron que no tuvo más remedio que acceder y si no llega a ser porque Alejandro en vez de chocolate con churros pidió cervezas, se hubiesen quedado incluso más tiempo. El problema fue que en tan sólo quince minutos se había bebido tres y ella temió que la situación se le escapase de las manos: no estaba dispuesta a permitir que aquella magnífica experiencia se fuera al traste. No dudó en prohibir a sus alumnos que los acompañasen hasta la furgoneta del sanatorio. A pesar de las muchas protestas de los estudiantes, se mantuvo firme en su decisión y los alumnos tuvieron que despedirse de ellos en la cafetería.

La furgoneta estaba aparcada cerca de la puerta principal del edificio, en una de las plazas reservadas del parking. En los dos laterales del vehículo estaba escrito en



rótulo azul PSQUIÁTRICO SAN ÁNGEL, y en su interior sor Guillermina los esperaba mirando el reloj muy impaciente. Se estaba haciendo tarde y no iban a llegar al almuerzo, lo que suponía que la esperaba una pequeña discusión con los de la cocina, que se verían obligados a quedarse más tiempo para dar de comer a los protagonistas indiscutibles del día.

María y Alejandro se disponían a entrar en la furgoneta, cuando la santa se detuvo al detectar una paloma que la observaba desde la rama de un árbol. El conductor de la furgoneta, un tipo gordo vestido de enfermero, con gafas de espejo verde oscuro y montura dorada, gruñía por lo bajo mientras aguardaba en vano a que la mujer entrase en el vehículo. Sor Guillermina se apresuró a sentarse en el asiento delantero, mientras Alejandro se dirigía a la doctora.

—¿Cuándo voy a tener un permiso de salida? Ya ve que sus alumnos se han sentido muy cómodos en mi compañía.

—No depende únicamente de mí. Tendrás que esperar como mínimo tres meses y luego el comité del hospital estudiará tu caso. Si tu comportamiento sigue como hasta ahora, imagino que no tendrán ningún problema en dejarte salir, siempre y cuando alguien se responsabilice de ti durante el fin de semana. ¿Tienes algún familiar o amigo que esté dispuesto a hacerse cargo?

—Bueno, hace muchos años que me marché de España, pero yo le prometo que si usted tuviese la amabilidad de...

La doctora Del Valle no le dejó terminar la frase.

—Olvídate, Alejandro. No estoy dispuesta a invitarte a mi casa —rio ella a la vez que con la mano le indicaba que subiese a la furgoneta.

Mientras tanto, María había adoptado una postura que imitaba a la estatua de la libertad. Su mirada permanecía clavada en la paloma que la observaba desde el árbol.

—Venga, santidad, que es muy tarde. —Sor Guillermina asomó la cabeza por la ventana pero María no se inmutó: contemplaba fijamente a la paloma y de vez en cuando le guiñaba un ojo.

La doctora le dio un par de palmaditas en la espalda.

—Santidad, a la camioneta.

La princesa dio un fuerte abrazo a su psiquiatra, seguido de un dulce beso en la mejilla.

—Apacible mujer de bien, ha llegado el momento de nuestra despedida. Muchas gracias por el respeto que habéis mostrado para con mi persona. Vuestra merced siempre tendrá un lugar muy especial en mi corazón.

—Igualmente, excelencia. Nos vemos mañana en la terapia de grupo.

María volvió a mirar a la paloma y se metió en la furgoneta.

El conductor cerró la puerta, se sentó al volante, arrancó, metió primera y salió del parking. La paloma los observó durante unos segundos e inició el vuelo para seguirlos por la carretera.

Sor Guillermina miró su reloj.

—Vaya más rápido que nos cierran la cocina —ordenó al conductor.

—Hermana, que con eso de ir más rápido la semana pasada me quitaron cuatro puntos del carné, así que le pido que no me estrese.

—Por nosotros no hay problema. Si los de la cocina se van a mosquear porque llegamos tarde, ¿no es mejor parar a tomar unos buenos huevos fritos con patatas en algún bar de la carretera? Además, con las cervezas que he

bebido tengo ganas de hacer pipí. —Alejandro terminó su frase cruzando las piernas y colocando las manos sobre sus partes privadas.

—Te aguantas hasta que lleguemos, y si no haberlo dicho antes o haber bebido menos cerveza. —Sor Guillermina bajó el quitasol de su asiento y miró por el espejo a los dos internos.

—Hermana, lo que dice es cierto: necesita cambiar de aguas, ha bebido demasiadas cervezas y debe de tener lleno el vientre.

—No seáis ingenua, majestad, que éste lo que quiere es escaparse para hacer de las suyas.

—Erráis en vuestro criterio. Es mi discípulo y sé que siempre permanecerá a mi lado.

—Siempre y cuando su santidad sea mi enchufada.

—¿Son ciertas esas palabras, Alejandro? —preguntó María algo alterada.

Alejandro la miró directamente a los ojos.

—¿A quién crees?, ¿a mí o a esa lengua envenenada?

La furgoneta va por una carretera secundaria en medio del campo. No hay coches, aunque sí muchas y pronunciadas curvas, lo que obliga al conductor a reducir la velocidad. Alejandro intenta abrir la puerta para saltar del vehículo pero está bloqueada, prueba a bajar la ventana y ésta, al igual que la puerta, no se mueve.

De repente una paloma choca contra el parabrisas de la furgoneta, el cristal se resquebraja en mil añicos y el pájaro queda incrustado con las alas abiertas obstruyendo la visibilidad del conductor, que pierde el control del vehículo en una curva y se sale del asfalto para terminar chocando contra un poste de la luz. El hombre está inconsciente, tiene la

cabeza metida en el airbag del volante y, un hilo de sangre gotea de su frente. Sor Guillermina consigue salir de la furgoneta tambaleándose mientras sangra por la cabeza; saca su móvil y comienza a marcar un número, pero antes de terminar cierra los ojos y cae al suelo semiinconsciente.

De los cuatro ocupantes de la furgoneta, María es la única que se encuentra en perfecto estado: no tiene un solo rasguño ni siente dolor alguno, se puede decir que se encuentra igual de bien que esta mañana después del desayuno. Alejandro no ha tenido tanta suerte y permanece enroscado entre el asiento delantero y el trasero sin espacio para mover el pie o una mano, aunque no se puede quejar de la situación: milagrosamente está consciente y no parece haberse roto nada.

—¿Estás bien? —pregunta con voz temblorosa. María no contesta, acaba de descubrir a la paloma del parking incrustada en el parabrisas.

—Un pájaro, ¿lo veis? Es la paloma de la facultad.

Alejandro se desespera. Con mucho esfuerzo consigue mover un poco la cara, aplastada contra el asiento delantero.

—Desde esta posición no puedo ver a la maldita paloma. Sal del coche, da la vuelta, abre mi puerta y ayúdame a salir.

La santa no tiene tiempo de entretenerse con su discípulo. La paloma es la mensajera de Dios y gracias a ella, por primera vez en setecientos años, ha encontrado su ansiada y necesitada libertad. Se aproxima con sumo respeto al parabrisas y desincrusta el pájaro de los cristales rotos. No puede resistir la tentación de mecer a la paloma como a un bebé recién nacido, incluso comienza a cantar una nana medieval. Por desgracia, la voz de Alejandro interrumpe este gran momento.

—¡Quieres ayudarme de una vez!

—Aguardad, primero va Dios y luego los hombres.

La santa eleva la paloma al cielo invocando con voz poderosa al mismísimo Creador.

—El secreto será dicho según vuestra voluntad. Decidme cuándo y vuestra voz será anunciada por los vientos y las tormentas. Ahora soy libre, ahora no hay nada que me detenga.

—¡Majestad! —grita Alejandro, pero María, impasible, continúa con el rezo.

—En cuanto vea el círculo de pájaros en el cielo, el secreto para la absoluta libertad será dicho en más de mil lenguas. ¡Padre todopoderoso, hágase tu voluntad y no la mía!

Alejandro permanece atrapado en su agujero. Por mucho que empuja el asiento delantero, éste no se mueve. Una cosa tiene muy clara: si consigue salir de ésta, deja a la loca en el primer bar que encuentre y se larga a buscar sus ácidos y al hijo de Kalatagan Arsenio. De las palabras del filipino se acuerda todos los días, y aunque ha perdido mucha memoria por la quema de neuronas, la poca que le queda le asegura que con el programa de Kalatagan el dinero dejará de ser un problema en su vida. Lo tiene grabado, archivado y asumido en su cabeza. Aunque antes, por si las moscas, prefiere recuperar su cargamento de ácidos, no vaya a ser que lo del disco del filipino sea un fiasco. Conserva el número de teléfono de Junkie y las señas del hijo de Kalatagan escondidos en una pequeña bolsita en la parte interior de la correa de su cinturón, que se abre y se cierra con una cremallera. Desde que salió de Goa las ha guardado como el mayor de sus tesoros. Ya la fastidió al perder la fórmula de los santos espíritus y ahora no puede permitirse otra pifia del mismo estilo. Son esos pensamientos los que le dan fuerzas para volver a intentarlo.

—¡María, quieres ayudarme de una maldita vez!

La santa deposita con suma delicadeza el pájaro sobre la hierba seca, luego se incorpora y con la mirada busca a su discípulo.

—Alejandro, ¿dónde os escondéis que no os veo?

Él golpea la puerta trasera.

—Aquí, en el asiento de atrás.

María consigue abrir la puerta y sacar con mucho esfuerzo una pierna del discípulo.

—Bien, muy bien; ahora intenta ser menos bruta y sácame la otra. ¡Cuidado, que la tengo aquí doblada! Tira con fuerza pero sin brusquedad.

La santa mete el brazo entre los hierros retorcidos y consigue llegar hasta el tobillo de Alejandro. Antes de tirar, se da cuenta de que en la lejanía suena un móvil. Detiene entonces la operación rescate para escuchar el teléfono de sor Guillermina.

—¡Qué coño pasa ahora! —gruñe Alejandro.

María se asoma por el costado del vehículo y ve a la monja arrastrándose hacia el teléfono: mientras lanza gemidos de dolor, va despacito pero sin perder el ritmo. Durante unos segundos, la santa duda sobre qué hacer, luego recoge a la paloma del suelo y corre hacia la monja, que está a punto de alcanzar el teléfono. Antes de que pueda contestar y sin pensárselo mucho, la golpea varias veces con el pájaro en la cabeza hasta hacerle perder el conocimiento. En cuando la amenaza del móvil está superada, le da una patada para alejarlo y regresa junto a su discípulo.

Después de varios tirones y algunos golpes, Alejandro logra sacar la otra pierna.

—Ahora tira de las dos a la vez.

Poco a poco, con demasiadas quejas, muchos gritos y bastante dolor, el cuerpo del discípulo sale del vehículo.

Cuando está a punto de librarse de los hierros y del asiento delantero, suena de nuevo el móvil de la monja. María suelta las piernas de Alejandro y corre una vez más hacia ella con el pájaro en la mano. Sor Guillermina se aproxima peligrosamente al teléfono y en esta ocasión la princesa se ve obligada a golpearla con más contundencia: la monja queda inconsciente al primer pajarazo. La santa, un tanto enojada por las molestias causadas, agarra el teléfono y lo tira alejándolo unos metros. Luego regresa con su discípulo, al que consigue sacar de su agujero no sin darse antes un golpe en la barbilla al caer al suelo. El teléfono vuelve a sonar.

—¡Qué coñazo el telefonito de la monja! —dice Alejandro mientras comprueba que todos sus huesos y músculos están intactos. Milagrosamente lo están; tan sólo unas magulladuras, algo de dolor en la espalda y en el cuello; nada que no sea soportable.

Ahora es él quien se dirige hacia el móvil, cojeando pero manteniendo un buen paso, ya que sor Guillermina se ha vuelto a despertar y se arrastra bastante deprisa hacia el teléfono. Se detiene junto al cuerpo de la monja impidiéndole el paso. La hermana levanta la mirada hasta cruzarse con sus ojos, que en este momento andan algo desorbitados.

—Llama a la docto... —intenta decir sor Guillermina mientras se arrastra, pero un capón contundente en la cabeza ataja sus palabras y ella queda fuera de combate por tercera vez consecutiva.

—Hermana, no podéis ser tan pesada —le susurra al oído para después besarla en el cuello. Mientras Alejandro recupera el móvil de la monja, se lo guarda en el bolsillo y se acerca a la furgoneta, María busca nerviosa el símbolo de su poder.

—¿Habéis visto mi corona? —le pregunta palpándose la cabeza y comprobando por décima vez que no la tiene encima.

—No, no la he visto. Busca dentro, que yo tengo que encontrar dinero. ¿Has visto el bolso de sor Guillermina?

—La última vez, en el asiento delantero.

Alejandro mete la cabeza por la puerta delantera derecha y encuentra el bolso tirado en el suelo, lo abre, saca la cartera y se guarda todo el dinero. Algo es algo, dos billetes de veinte euros y uno de diez. Luego registra al conductor; de su bolsillo trasero extrae la billetera con ciento cincuenta euros. En tan sólo quince minutos de libertad ha conseguido doscientos euros y un móvil para él solito. Reconoce que la santa le trae suerte, pero es un problema lidiar con ella, entre otras cosas porque llama mucho la atención y es absolutamente imposible pasar desapercibido a su lado.

—¡Mirad, aquí está la corona! —grita llena de emoción. Sin perder el tiempo se acerca al retrovisor izquierdo, que aunque está roto le sirve de espejo. Mientras se coloca la corona de las patatas fritas, Alejandro se aleja sin hacer ruido y desaparece por un barranquillo que hay junto a la carretera.

La santa está inmersa en la tarea de ponerse guapa: pasa tres largos minutos mirándose en el retrovisor hasta que de repente se da cuenta de que Alejandro no está. Lo busca alrededor de la furgoneta pero no hay rastro de él; su discípulo la ha abandonado. Mucha tristeza le produce el comportamiento de su amigo, pero esto no va a impedir que continúe con su misión. Ésta no es más que otra de las deslealtades que deberá soportar para llevar a buen fin el mandato que Dios le ha encomendado.

Si fue capaz de abandonar a su familia, huir de palacio,



dejar su principesca vida y soportar las penurias de mendiga, será capaz de asumir este duro golpe y seguir adelante sin Alejandro.

Mientras analiza estas conclusiones, percibe que en el suelo hay algo que resplandece. Un reflejo del sol destella sobre algo extraño.

Se agacha y recoge el colgante que Alejandro llevaba siempre al cuello: el inseparable amuleto que nunca se quita y que, según él, le va a proporcionar mucho dinero. La santa duda un poco si cogerlo o dejarlo, aunque al final toma la sabia decisión de guardárselo. «Al fin y al cabo es un círculo. Quizá la misión de mi discípulo fuese precisamente ésta, entregarme su preciado amuleto. Con setecientos años a mis espaldas, es muy difícil seguir creyendo en las casualidades.» Hace un nudo en el cordón de disco y se lo cuelga en el cuello.

El ruido de un motor avisa que un coche se acerca. Reacciona la santa y se esconde en el barranquillo por el que desapareció Alejandro. No se atreve a mover ni un solo músculo, procura no hacer el más mínimo movimiento para no ser detectada. Al poco escucha cómo el motor del coche se detiene junto a la furgoneta y oye cómo el conductor se apresura a llamar con su móvil a la Guardia Civil.

Al sentirse libre y sin responsabilidades, Alejandro no pudo evitar un saltito de alegría de vez en cuando. La sensación de ser un fuera de la ley le producía un cierto bienestar, sobre todo porque sabía que si le pescaran no iría a la cárcel sino que le enviarían de vuelta al manicomio sin contemplaciones. De todos modos, estaba seguro de que no le pillarían antes de dar una paliza a Junkie Eddy y recuperar el cargamento de ácidos.

Se detuvo y se quitó el cinturón. Movi6 la pequeña cremallera y extrajo el papel con la direcci6n que le entreg6 Joe Banana en Goa: «Barrio las Barranquillas, sin calle ni n6mero (preguntar por el Tuerto)», pone entre par6ntesis. Si es cierta la informaci6n que le dieron sus amigos, el cargamento de los ácidos camuflados en los budas debió de llegar hace unos días.

Bajo las señas había escrito un n6mero de tel6fono que supuso que sería el del Tuerto. Marc6 con el m6vil de sor Guillermina y esper6 una voz al otro lado del aparato pero éste sonaba y sonaba y ni siquiera saltaba el contestador. Estaba a punto de colgar cuando por fin alguien pregunt6 «¿Qui6n es?» y Alejandro reconoci6 la voz de Junkie.

—Ya tengo al cabrón ese —gritó dando un pequeño salto de alegría después de colgar sin más contemplaciones.

A unos cuantos metros había una señal que indicaba «gasolinera a cinco kilómetros». Se peinó un poco, guardó las señas en el cinturón, y con un animado y alegre paso se dirigió hacia la estación de servicio.

Era un buen día, tenía dinero y la posibilidad de recuperar los ácidos, aparte de pegar una paliza a Junkie Eddy. «¿Qué más se puede pedir?» Mientras pensaba en esas cosas, se acordó de Goa, de sus amigos, de la suerte que tenía de estar libre en España con algo de dinero y de...

—Joder, casi se me olvida Kalatagan Arsenio —exclamó a la vez que daba otro saltito de alegría. Si era verdad la historia del programa y su hijo sabía usarlo, estaba convencido de que algo de dinero le caería. Además, una de sus reglas era que no se deja colgado a un amigo como el filipino. Su hijo debía saber que Kalatagan Arsenio seguía vivo y que además le mandaba el AK47.

Rápidamente se quitó de nuevo el cinturón, abrió la cremallera y buscó el papel con las señas del hijo de Kalatagan, que si mal no recordaba se llamaba Orlando. Primero consiguió sacar las de Junkie Eddy; luego, metiendo su dedazo entre la cremallera y el cuero, a base de retorcerlo y apretar, logró sacar las señas de Orlando. Estaban escritos la calle, el portal y el piso, pero no había ningún número de teléfono al que llamar. Alejandro se pasó la mano por el pelo, y luego por el cuello en busca del cordón del que cuelga el disco y se dio cuenta de que no lo tenía.

—¡Me cago en todo! —bramó a la señal de la gasolinera mientras se palpaba el pecho y el estómago por si el disco se hubiese quedado metido dentro de la camiseta. No

hubo suerte, dio media vuelta y se dirigió a trote lento hacia el lugar del accidente.

Sudoroso y algo jadeante, llegó por el barranquillo y vio a María escondida tras unas matas. Se acercó a ella por la espalda y le tapó la boca para que no gritase.

La santa se llenó de alegría al ver que su discípulo había regresado, pero la euforia desapareció al percibir que sus ojos estaban más interesados en su collar que en ella.

—¿Habéis vuelto por mí o por esto? —dijo señalando el disco. Un gallo cantó en la lejanía—. ¿Escuchasteis al gallo?

Alejandro se acurrucó tirando de ella contra el suelo y le indicó que no se moviera. En ese momento, un guardia civil se asomó por el barranco y miró hacia ambos lados sin darse cuenta de dónde estaban los dos escondidos. Acto seguido sacó su radio de la cartuchera, miró de nuevo para cerciorarse de que no ocurría nada extraño y llamó a su jefe.

—Unidad tres, unidad tres...

—¿Que quiere, Jacobo? Aquí el sargento Peña.

—El vehículo pertenece a un hospital psiquiátrico y por lo que parece se han fugado dos locos. Una testigo, la monja que los acompañaba, los ha descrito como inofensivos, pero teme que les pueda pasar algo. También hay un herido leve, el chófer de la furgoneta. Ahora mismo están con él los del Samur. ¿Cuáles son sus ordenes, mi sargento? Corto y cambio.

—Llama a las patrullas que anden por la zona, describe a los prófugos para que estén atentos, y tráete a la monja a mi oficina, quiero hacerle unas preguntas.

—Estamos esperando a que llegue la doctora encargada de los locos. Corto y cambio.

—Cuando llegue la doctora, se vienen derechitos al

cuartelillo. Corto y fuera. —Con esta tajante orden, el sargento dio por finalizada la conversación. El agente Jacobo echó una última ojeada al barranquillo y desapareció por donde vino.

Los prófugos aguardaron escondidos más de veinte minutos. De vez en cuando distinguían las voces de la monja y de la recién llegada doctora Del Valle —«Tienen que encontrar a mis pacientes»—, interrumpidas por la del guardia civil —«Se lo cuenta al sargento en el cuartelillo»—. Al fin, el agente Jacobo arrancó su coche y la doctora el suyo para seguirle hasta el cuartel, y una grúa se llevó el vehículo accidentado. Cuando el ruido de los motores desapareció en la lejanía, Alejandro y María salieron de su escondite y echaron a caminar por la vereda del barranquillo.

Media hora después llegaron a una carretera muy estrecha con algunas curvas y a lo lejos vieron el polvo de una camioneta que se acercaba hacia ellos. Tenían dos opciones: esconderse o hacer autostop, y Alejandro optó por la última.

—Quédate bien quieta y no salgas hasta que yo te lo diga —le ordenó mientras se aseguraba de que desde esa posición, escondida detrás de un árbol, la princesa quedaba fuera de la vista.

Por unos segundos no fue capaz de retirar la mirada del AK47.

—Ni lo penséis, sé que regresasteis a por el círculo y no a por mí. Tan sólo se lo entregaré a su verdadero dueño cuando me llevéis ante él. —Sin decir nada más, María se resguardó tras el tronco y Alejandro se dispuso a sonreír al conductor de la camioneta mientras estiraba el

dedo pulgar hacia el infinito. Con un poco de suerte, si la camioneta se detenía, les sería mucho más fácil burlar a los coches patrulla que andaban buscándolos. Estaba seguro de que la descripción que sor Guillermina había dado a la policía era muy clara y precisa: no hacía falta ser Poirot para detectar a María a cuatro leguas de distancia en menos de un segundo.

La camioneta se hallaba muy cerca, pero en vez de reducir la velocidad, el conductor aceleró.

—¡Hijo de puta! —le gritó Alejandro además de dedicarle un sonoro corte de manga.

Durante un par de horas la santa y su discípulo anduvieron campo a través intentando evadir la carretera —María, enojada, caminaba delante de Alejandro, agarrando con fuerza en su mano el AK47— hasta que distinguieron en la distancia una pequeña carretera con una gasolinera. Ambos necesitaban agua con urgencia: tenían la boca reseca y la cara empapada en sudor; hacía muchísimo calor y Alejandro empezaba a deshidratarse. En ese estado no sería capaz de recuperar los ácidos que tenía Junkie Eddy, y aquella idea le estresaba. Como no podía hacer nada al respecto, prefirió cambiar de dirección sus pensamientos y se centró en imaginar la botella de agua fresca que iba a comprar en la gasolinera... o quizá mejor, una de esas bebidas de color naranja con un montón de minerales. Entre gota y gota de sudor, fantaseaba con el refrescante líquido que en unos minutos recorrería su garganta, enfriaría su cuerpo y le daría fuerzas para poder seguir el rápido paso que marcaba María. Aunque sudaba y sudaba, parecía que el calor no iba con ella: era increíble que aún tuviese fuerzas para colocarse la maldita corona cada cien metros, sin esperar un segundo a que su discípulo repusiera fuerzas.

En la gasolinera sólo había un trasto destartado, aparcado frente a la puerta de la tienda. Tres chicas negras se bajaron del vehículo y se metieron en ella mientras un hombre de color con pinta de chulo las esperaba en el coche con el motor encendido, acompañado por una canción de Miriam Makeba.

Al ver a las mujeres, la santa exclamó sin ningún pudor.

—¿Las veis, Alejandro? Me recuerdan a mis esclavas.

—Ya, igualitas... Mira, majestad, la policía nos busca porque somos prófugos y hemos agredido a una monja. Es mejor que te quedes aquí y no aparezcas por la tienda con tu corona y tu vestimenta —se animó a decir de forma rápida para no herir sus sentimientos.

—Pero quiero entrar —protestó ella cruzándose de brazos.

—Hazme caso si no quieres que nos detengan y tu secreto tenga que esperar otros setecientos años.

María accedió de mala gana. Su discípulo tenía razón: sólo con pensar que si les pillaban debería hacer de estatua otros setecientos años... No le quedaba otra que hacer caso al consejo y esperar a que llegase con una botella de agua clara y fresca.

Alejandro se aproximó a la tienda de la gasolinera no sin antes echar un vistazo al chulo africano. Tenía una cadena de oro llena de amuletos, fumaba un Camel y al dar una calada abría la boca enseñando un reluciente paleta de oro. El discípulo entró en la tienda cantando en voz baja: «Por la esquina del viejo barrio lo vi pasar...» Una vez que estuvo dentro nadie le prestó atención: el dependiente, un cincuentón con barriga cervecera, estaba enfrascado en una discusión con las negras.

—Todos los días la misma historia, una botella de agua y el aseo me lo dejáis hecho una mierda.

Las chicas se limitaron a sonreír y a meterse apresuradamente en el cuarto de baño. El dependiente, enfurecido, abrió un pequeño armario, sacó una fregona y un cubo y se dirigió hacia el aseo de mujeres. Entró sin llamar dando una patada a la puerta mientras dejaba en el suelo los utensilios de limpieza. Luego señaló con su dedo la fregona y a las chicas alternativamente.

—O me lo dejáis como los paños del oro o no volvéis a entrar al baño. Mañana mismo pongo una cerradura y echo la llave. —Antes de salir se detuvo delante de la puerta—. A ver si decís a vuestro chulo que os lleve a otra gasolinera.

—Por qué tú no decir a él. Está fuera sentado en auto —contestó una de ellas con un fuerte acento nigeriano. Las demás se rieron.

El dependiente salió furioso, acababa de recordar que se había dejado abierta la caja registradora y había un cliente en la tienda.

En ese momento Alejandro daba un par de sorbos a una lata de cerveza que había cogido del refrigerador, en la otra mano sujetaba una botella grande de agua. Se disponía a pagar cuando se topó con la estantería de prensa y su plano de visión quedó limitado a una sola revista que mostraba en la portada a una chica desnuda con pechos enormes y un sombrero blanco de *cowboy*. El titular decía: «Más puta que las gallinas.» Dio un buen sorbo a la cerveza, dejó la botella de agua en el suelo y agarró la revista.

Fuera, María comenzaba a impacientarse. Tenía que cumplir una misión y no podía perder tanto tiempo en abastecerse de agua. Se acordó de los duros días en el desierto: ese sol era veinte veces más cruel que éste y no se quejaba tanto como su discípulo, que cada cinco pasos



maldecía a la sed y el calor. Sin dar más vueltas al asunto, decidió no hacer caso de su sabio consejo y puso rumbo a la gasolinera.

Antes de entrar en la tienda, se detuvo junto a la ventana del coche, se asomó y habló al chulo de una forma educada y solemne.

—Gentil hombre, ¿de qué país procedéis?

El chulo andaba buscando en la radio alguna cadena con buena música y le respondió sin levantar la vista.

—¿Eres nueva?

—Tengo más de setecientos años.

El hombre enseñó su diente de oro al tiempo que subía la música de la radio. Luego giró lentamente la cara hasta descubrir a una mujer con una ridícula corona.

—Las blancas trabajáis a partir del kilómetro once. Termina lo que tengas que hacer y no vuelvas más por aquí si no quieres tener problemas. —Iba a decirle algo más, pero recibió una llamada en su teléfono. El tipo miró el número, lo dejó sonar un par de veces mientras ponía a máxima potencia el aire acondicionado y subió la ventana.

A la santa le hubiese gustado mantener una larga conversación con el hombre del coche, pero había percibido que éste no tenía ninguna gana de hablar con ella. Para no tener problemas, decidió que lo mejor era marcharse sin despedirse y meterse en la tienda.

Cuando el dependiente vio entrar a María, salió disparado del mostrador, eso sí, cerrando esta vez la caja y dispuesto a no dejar que otra fulana pasara al baño.

—Alejandro —gritó la princesa a su discípulo.

—¡Joder, qué susto me has dado! —El grito le había pillado por sorpresa y parte de la cerveza había saltado de la lata directa a las páginas centrales de la revista. Con di-

simulo, la devolvió a su sitio—. ¿No te he dicho que esperes fuera?

—¿No compra la revista? —interrumpió el dependiente—. Lleva un rato mirándola.

—¡Palomitas! —gritó María exaltada. Frente a ella, en una estantería repleta de golosinas, destacaban unas bolsas de diferentes colores y sabores: rosas, verdes, blancas, azucaradas o saladas—. ¿En esto convertirás a tan nobles animales? —La santa sujetaba contra su pecho varias bolsas de palomitas mientras se acercaba desafiante al empleado de la gasolinera.

—O las compras o te vas a la calle.

Mientras el gordo la miraba con gesto amenazante, la princesa notaba crecer la ira en su interior y supo que sólo tenía un camino si no quería patearle como venganza ante una crueldad tal, ante el sanguinario e inhumano trato dado a las palomas: debía canalizar todo su odio en energía para que ésta saliera despedida hacia el espacio. Pero no sería fácil. Tendría que ejecutar uno de los números malabares más difíciles que conocía, uno tan complejo que requería máxima concentración; la clave estaba en la rapidez y el ángulo de lanzamiento.

A una velocidad vertiginosa, arrojó diez bolsas de palomitas al aire y luego, usando los pies y las manos simultáneamente, consiguió que formaran un perfecto triángulo alrededor de su cuerpo. Frente a ella, discípulo y dependiente contemplaban boquiabiertos cómo unas bolsas de palomitas que parecían de plomo y no de maíz giraban a mil por hora sin abandonar la órbita impuesta por la princesa.

Cuanto más pensaba en la atrocidad cometida con las palomas, más subía el termostato de su cuerpo y más velocidad daba a las bolsas de palomitas, que iban a estallar de un momento a otro.

—¡Majestad, detente, que no eran pájaros sino maíz!  
—consiguió gritar Alejandro ante la atónita mirada del empleado. Y para su sorpresa, aquello fue suficiente: María se detuvo, sujetó la bolsa que estaba a punto de relanzar y leyó lo que ponía en la etiqueta.

—Palomitas de maíz —suspiró la santa ante tan grato consuelo—. Perdonad mis modales, gentil caballero, pero hay cosas que una señalada de Dios no puede ni debe permitir.

Mientras tanto, el resto de las bolsas que con tanta habilidad manejaba la santa escaparon de su órbita para estamparse contra el techo, el suelo y las estanterías, y una de ellas —*king size*— se estrelló contra la cabeza del dependiente.

«Seguro que mañana tiene jaqueca», pensó Alejandro mientras la raya de su barbilla se quedaba algo torcida. El hombre tenía la bolsa pegada en la cabeza y los ojos idos y había iniciado un lento tambaleo de atrás adelante sin mover los pies de su sitio, como si fuese un péndulo. Aprovechando la coyuntura, las prostitutas salían en ese instante de la gasolinera sin limpiar el baño ni pagar la botella de agua.

—Mil perdones por mi gran despiste —susurró la santa al oído del dependiente, que seguía en estado catatónico.

Alejandro se dirigió al refrigerador donde se encontraban las cervezas, cogió seis y se encaminó con ellas hacia la puerta.

—Venga, santidad, salgamos antes de que llegue alguien. —El discípulo titubeó un segundo y centró la mirada en el hombre péndulo—. Ejem —carraspeó—, ¿qué le debo?

Al oír aquellas palabras, el gasolinero dejó de moverse y se desplomó sobre una alfombra de palomitas.

A la media hora de andar por la carretera, los locos escucharon las sirenas de varios coches patrulla que se dirigían hacia la estación de servicio y apenas les dio tiempo a esconderse detrás de unos matorrales. Esperaron acurrucados a que la policía pasase de largo, mientras Alejandro se asomaba por una pequeña oquedad que había entre las ramas de un arbusto. No vio a nadie.

—¡Ahora! —gritó con firmeza y salieron corriendo apartándose de la carretera.

Cuando las sirenas de los coches patrulla se apagaron en la lejanía y los prófugos se detuvieron, el discípulo miró a la santa muy serio.

—O dejas de dar tanto el cante o que cada cual siga su camino. No llevamos ni tres horas en libertad y ya tenemos el asalto a una gasolinera en nuestro historial delictivo.

—Perdonad mi error. Pensé que las palomitas estaban hechas de trozos de palomas, que da la casualidad que es el pájaro que nos ha concedido la libertad. ¿Recordáis quién se sacrificó por nosotros estampándose contra el parabrisas? ¿Lo recordáis, Alejandro?

—Bueno, vamos a dejarlo, que hay que recuperar las lágrimas de los dioses.

—¿Seguís creyendo que dichas lágrimas son necesarias para encontrar el círculo de pájaros?

—Totalmente necesarias, santidad.

—Pues a qué esperáis, presto hemos de partir a por ellas.

—Primero tienes que hacer una llamada a un hombre, el que me las robó. ¿Sabes lo que quiere hacer con las lágrimas?

—¿Qué? —respondió María intrigada.

—Para que te conteste, tienes que darme el disco.

María agarró el AK47 y se lo metió en el escote.

—Si vais a guardar secretos sobre nuestra misión, es mejor que cada cual parta por su lado. —Extendió su mano—. Que tengáis suerte.

Alejandro lo pensó un segundo y terminó por aceptar la mano de la santa.

—Adiós.

Se dieron la mano y cada cual partió en una dirección, aunque él sabía bien que no podía marcharse: necesitaba el AK47 y alguien que le ayudase a cargar con los ácidos. Además, conocía la fortaleza y la agilidad de María, no tenía la más mínima posibilidad de arrebatarse el disco. Dio media vuelta y gritó.

—¡Venderlas!

—¿Qué decís? —respondió María.

Alejandro hizo una seña y los dos se juntaron de nuevo.

—Quiere vender las lágrimas de los dioses.

—Tenemos que impedirlo.

Alejandro le pasó el móvil.

—Cuando te conteste preguntas por Junkie Eddy y le dices que...

El interior de la chabola tan sólo estaba iluminado por un par de bombillas desnudas. En su día, el espacio debió de tener alguna ventana, pero Junkie Eddy se encargó de taparlo con bloques de hormigón burdamente puestos; a buen seguro preferiría que nadie viese lo que se cocía allí dentro.

Una chica pelirroja a la que todos llaman Red Hair se balanceaba en una especie de hamaca hecha con sacos de pienso. Era flaca y alta, de piel muy blanca, ojos azules y dentadura marrón. Iba descalza y decoraban sus tobillos repletos de polvo unos aros de plata tallados con elefantes haciendo el amor. Cerca de la hamaca, sobre unas cajas de plástico de cerveza que cumplían la función de mesilla, se encontraba un viejo ventilador que milagrosamente funcionaba, una lata de cerveza, un iPod y un teléfono móvil. En una de las esquinas había una mesa llena de pequeños recipientes de cristal, tubos de ensayo, probetas y utensilios dignos de cualquier laboratorio casero.

Red Hair estaba a punto de encender un pitillo cuando sonó el móvil. Le echó un vistazo, le dedicó un gesto de «¡qué pesadilla el telefonito ahora!», y lo dejó sonar mientras encendía el pitillo con exagerada parsimonia. Cerca de una de las esquinas, en el suelo, se levantó una trampilla de madera: la entrada a un pequeño zulo repleto de budas del tamaño de un mechero Zippo. De allí apareció la cabeza de Junkie Eddy, que miró a su novia unos segundos y se agachó para aparecer al instante con un puñado de budas que dejó junto a la trampilla.

—Contesta el teléfono —refunfuñó molesto por la apatía de su chica.

Red Hair estiró el brazo con cierta pereza y cogió el móvil.

—Sí.

—¿Está Eddy?

—¿Quién eres?

—Soy María, íntima amiga de la noble Body Rose.

La pelirroja tapó el teléfono con la mano.

—Una amiga de Body Rose.

—Pásamela.

Red Hair se levantó de la hamaca y sin ninguna prisa le entregó el teléfono. Luego regresó junto al ventilador para volver a tumbarse y continuar fumando.

—Aquí Eddy, ¿quién eres?

—Me llamo María. He llegado de viaje y tengo una fiesta esta noche. Body Rose me indicó la manera de ponerme en contacto con usted, ya que compartimos algunos de los mismos intereses.

—Ya entiendo. ¿Qué es lo que quieres?

—Varias son las cosas que preciso. La primera, quisiera comprarle unos cincuenta santos espíritus. La segunda, entregarle algo que me ha encomendado.

Junkie Eddy se rascó la nariz apartando momentáneamente el teléfono de su oreja. Salió del zulo y se incorporó haciendo cálculos para sí: veinticinco dosis por buda, si quería cincuenta eso hacía... dos budas justitos. En total...

—Serán dos mil quinientos euros. Un buen precio por ser amiga de Body.

—¿Dónde podemos vernos?

—¿Qué me traes?

—Lo que sea viene bien envuelto. Body Rose me advirtió que en uno de los paquetes hay un sobre con las instrucciones para localizar al contacto.

—¿Qué contacto?

—El que va a venderle la fórmula de los santos espíritus previo pago de cien mil euros.

—¿Tienes la fórmula? —preguntó Junkie con todas las esperanzas del mundo puestas en esta llamada.

—No sé nada más que lo que le he dicho. Mejor llame a Body Rose. ¿Dónde podemos reunirnos? —María colocó el auricular en el oído de su discípulo.

—En un bar que se llama Los Diablos Rojos, en la esquina de Pentecostés y Saucedilla. ¿Cuánto tardas en llegar?

Alejandro miró la hora en el móvil, e indicó con la mano a la santa que a las cinco.

—Podría llegar a las cinco de la tarde si os es oportuno.

Junkie Eddy hizo un gesto a Red Hair para que se incorporase de la hamaca.

—A las cinco no podré ir, tengo que hacer unas cosas urgentes, pero irá mi novia. Es pelirroja y lleva unas tobilleras de plata. Te esperará en una de las mesas que hay en el fondo del bar e irá sola.

—De acuerdo. A las cinco nos vemos, noble s...

Alejandro quitó el móvil a María y colgó dejándola con la palabra en la boca.

Lejos de allí, Junkie Eddy observaba a su novia, que continuaba sin moverse de la hamaca.

—Tienes que ir a Los Diablos Rojos con dos budas para recoger un paquete, unas señas y dos mil quinientos euros.

—¿Por qué tengo que ir yo? ¿No sabes andar o qué?

Junkie dio por zanjada la discusión. En lugar de replicar a Red Hair, buscó en la agenda de su móvil un teléfono y lo marcó con gesto serio.





El Escopeta estaba sentado tras una especie de pupitre destartado, con los pies sobre la mesa y un palillo de dientes con el que se afanaba en buscar entre sus cavidades trozos del bocadillo que se acababa de comer. Cuando terminó la tarea, agarró una botella de tequila que había sobre la mesa. Antes de poder dar un buen trago sonó su móvil, pero su prioridad en ese momento era el buche que dio a la botella; no ingirió directamente el líquido: primero se enjuagó la boca como si de un antiséptico bucal se tratase, lo movió de un lado al otro varias veces y luego se lo tragó. El móvil insistía en su llamada hasta que al fin el mexicano estiró el brazo y contestó.

—Sí, ¿quién es?

—Soy Eddy.

—Te he llamado dos veces. ¿Dónde diablos estás?  
—preguntó el Escopeta en un tono amenazante.

—En el laboratorio. ¿Qué quieres?

—Yo no quiero nada, es don Habanero el que tiene gran interés por los santos espíritus. Dice que ya está listo el mercado en Ibiza, Bilbao y Marbella.

—¿Cuántos budas quiere? —pregunta Junkie.  
—Por ahora... ya que el verano se nos echó encima, treinta, pero hay planes de pasar la chingadera a Tijuana y Chicago. En septiembre debes tener otra carga lista. ¿Podrás hacerlo?  
—Si consigo la fórmula.  
—¿Aún no la tienes?  
—Creo que estoy muy cerca de hacerme con ella.  
—Apúrate pues, que hay mucha lana en juego y a don Habanero no le gusta perder las oportunidades del mercado.  
—Hago lo que puedo.  
—Consigue la pinche fórmula.  
—En eso estoy. ¿Dónde nos vemos para darte los treinta budas?  
—¿Son tan buenos como los últimos?  
—Son iguales.  
—En tres horas donde siempre. —El Escopeta colgó el teléfono.

Red Hair hizo el esfuerzo de reclinarsse un poco para poder ver a su novio, que seguía con el móvil en la mano y la mirada perdida.

—Es la tercera vez que les vendes a estos tipos, a los que no conocemos de nada, y para rematar les dices que puedes conseguir la fórmula. ¿Vives en el planeta Tierra o vienes de Marte? —Dio una calada a su pitillo, expulsó el humo y volvió al ataque—. No puedes estar en este negocio siendo tan estúpido. Además, nos pagan menos que la otra clientela.

—Pero nos compran mucha cantidad. Doscientos budas en total y los otros clientes sólo ocho, incluyendo los

que vas a ir a vender hoy. ¡No te jode aquí la experta en marketing! —Sin decir otra palabra se metió en el zulo y cerró la trampilla.

El Escopeta cruzó las manos para sujetarse la cabeza por detrás del cuello y se puso a pensar durante unos largos cinco minutos. Después se levantó y salió de la habitación, que no era más que un sótano con poca ventilación. Tan sólo había una pequeña ventana por la que apenas entraba luz, y cuando estaba abierta, algo de aire fresco.

Subió unas escaleras hasta llegar a una puerta de madera y de cristal: se trataba de la planta de don Habanero, donde el lujo y la ostentación eran los protagonistas del espacio. Dos años atrás había contratado al decorador de un gran casino de Las Vegas, Nevada. Se gastó una fortuna en imitar palmo a palmo la que fuera por cinco noches su *suite* en la ciudad del juego, y desde que cambió la decoración y colocó en medio de su despacho un *jacuzzi* imitando a una copa de champán, don Habanero se había relajado mucho. Al jefe le apasionaba meterse en su copa con dos o tres de sus fulanas y sentir las burbujitas revolotear por su cuerpo, mientras que alguna de las chicas le masturbaba. Solía hacerlo al caer la tarde, una vez terminado el trabajo, cuando sus obligaciones diarias han sido atendidas.

Antes de entrar en el despacho, el Escopeta arrimó la oreja a la puerta para asegurarse de que su jefe no estaba en la copa de champán. Al no escuchar gemidos, se animó a dar un par de golpecitos con los nudillos.

—Adelante.

Don Habanero estaba sentado tras un gran escritorio revisando papeles y acariciando a *Teotihuacán*, un perro

chihuahua que le salvó la vida hacía dos años en México D.F. El perro se enfrentó a un sicario que consiguió entrar en la habitación del hotel en el que se hospedaban y gracias a eso don Habanero seguía vivo, como recordaba insistentemente a todos los que trabajaban para él. El mismo Escopeta tuvo que pegar un tiro en la frente a uno de sus hombres por darle una patada al chucho mientras se orinaba en su zapato.

El jefe era un mestizo de sesenta años bien llevados, con kilos de gomina encima y un bigote como el de Cantinflas que acostumbraba peinarse una y otra vez con la punta de los dedos. Coqueto, intentaba disimular su tripotía con grandes camisas: la de aquel día era azul marino y cuello amplio, y la llevaba desabrochada hasta el cuarto botón para que pudieran verse las dos cadenas que lucía en el pecho. En los dedos de la mano derecha, tres anillos de oro rosado acompañaban a un buen Cohíba. Don Habanero soltó una bocanada de humo mientras el Escopeta cerraba la puerta a su espalda.

—Con su permiso.

El jefe le hizo una seña para que se acercara.

—Me llamó el gringo, ya le llegó la carga. Hice un pedido de treinta budas.

—La fórmula, quiero la fórmula, no los chingados budas.

—Todavía no la tiene pero confía en que muy pronto...

—Chinga su madre. Estos pendejos de químicos que tengo en Sinaloa no saben cómo darle a la pinche fórmula y el gringo no es capaz de conseguirla.

—Estese tranquilo, tenemos al gringo agarrado por los huevos —le aseguró el Escopeta.

—Ese hijo de la chingada sin la fórmula vale menos que los pinches cerebros de mis químicos.

—Jefe, es la Coca-Cola de los ácidos, lleva su tiempcito dar con ella.

—Por ahora no nos queda otra que aguantar al gringo, ya tengo listo el mercado en Ibiza.

El Escopeta vio cómo la cara de su jefe se ponía de color rojo. En aquellas ocasiones, lo mejor era callarse y decir a todo que sí.

Don Habanero agarró a su perro con una mano y se lo entregó.

—Que alguien lo saque a mear. Lleva todo el día aquí metido.



Tuvieron que acercarse a un motel de la carretera que contaba con mucha clientela. «Una buena manera de moverse sin levantar sospechas», pensó Alejandro al ver que dos o tres taxis esperaban siempre en la puerta del local a que saliera algún putero satisfecho. Los prófugos aprovecharon la situación y se subieron al primero de ellos.

El taxista no puso pegas al creer que eran cliente y mercancía del local; lo que le chocó fue la dirección a la que querían ir: un maldito barrio de chabolas perdido a las afueras de Madrid. La única vez que dio un servicio por ahí, le asaltaron y le rompieron los faros del coche.

—El trayecto sólo llega hasta las afueras de la barriada —les dijo antes de poner en funcionamiento el taxímetro.

Por este motivo, María y Alejandro se encontraban ahora entre chabolas y caminos polvorientos, buscando el bar Los Diablos Rojos. Eran las cinco menos cuarto de la tarde, hacía un calor insoportable y llevaban dando vueltas más de una hora.

—Creo que es por aquí —dijo Alejandro señalando una polvorienta callejuela repleta de chabolas con parabólicas en los tejados. Sin embargo, María no le hacía ni caso:



sus instintos de bondad y respeto hacia los desfavorecidos requerían su intervención inmediata. Unos niños jugaban al fútbol con un balón roto, y las harapientas camisetas y pantalones que llevaban puestos estremecieron su corazón. Uno de los chicos, el más pequeño del grupo, iba prácticamente desnudo y calzaba unas zapatillas roídas.

—Decidme, zagales, ¿de qué carecéis?, ¿de qué andáis necesitados?

Los niños dejaron de jugar y la observaron extrañados, aunque no demasiado: estaban acostumbrados a ver personajes singulares por la barriada. El mayor de ellos respondió señalando una callejuela.

—El jaco lo venden por ahí.

Alejandro interrumpió la conversación.

—No es jaco lo que queremos. Buscamos un bar que se llama Los Diablos Rojos.

—Sigue por esa calle y al final a la derecha, justo en la esquina.

Alejandro les dio las gracias, agarró a María de la mano antes de que volviese a abrir la boca y se marcharon por donde les habían indicado. Por suerte las instrucciones eran buenas y encontraron el bar sin dificultad. Se trataba de un chiringuito de mala muerte con unos cuantos coches aparcados en la acera, la puerta del local pintada de blanco, y un cartel hecho a mano sobre ella. En él, dos diablos rojos sacaban la lengua a cualquiera que osara mirarlos.

—Aquí está el puto bar. Quítate la corona y no hables más de lo que te he dicho. ¿Está claro?

La princesa dudó un poco. No le hacían ninguna gracia las órdenes de su discípulo, sobre todo lo de quitarse la corona; pero al verla dudar, Alejandro no le dio opción con este gran argumento:

—Deja que por una maldita vez sea yo quien dé las ordenes y quítate la corona.

La santa obedeció de mala gana y entraron en el bar.

Como les había indicado Junkie Eddy, una chica pelirroja bebía cerveza en una de las mesas del fondo. Era la única clienta en el local. A su lado, sobre una silla, descansaba una bolsa de la que sobresalía la cabeza de un buda. Los dos se acercaron hasta Red Hair.

—¿Sois la emisaria del caballero Junkie Eddy? —preguntó María.

—Eddy ya no toma caballo —respondió la pelirroja en un tono de voz monótono y plano.

—Me hubiese gustado conocerle personalmente.

—No te pierdes gran cosa.

A Alejandro no le interesaba nada la conversación que mantenían las chicas y se dedicaba a inspeccionar la bolsa con los budas. Un tanto malhumorada, Red Hair la retiró de la silla.

—¿Tenéis el dinero?

—¿Están los santos espíritus en la tripa del buda? —preguntó Alejandro.

—¿Tú qué crees?... Eddy me dijo que tienes que darme un paquete y unas señas. Repitió dos veces lo de las señas.

Con un movimiento muy rápido, Alejandro agarró a la pelirroja por la muñeca y se la retorció causándole un intenso dolor.

—Si se te ocurre gritar, la princesa te va a machacar los sesos. Llévanos hasta los budas.

Con la mano que tenía libre, Red Hair cogió el vaso de cerveza e intentó incrustárselo en la cara, pero María fue más rápida y logró detenerla antes de que golpease a su discípulo. Alejandro le retorció aún más la muñeca.

—Andando si no quieres que te rompa el brazo.



La oficina del sargento Peña estaba abarrotada de papeles, los tenía amontonados en los rincones, en las estanterías y sobre todo encima de su mesa. A pesar del desorden y el caos, parecía organizarse muy bien: sabía dónde buscar para encontrar lo que necesitaba en cada momento. En la pantalla de su monitor había un mensaje del comisario y del jefe de la policía comunicando la fuga de dos etarras muy peligrosos. La Guardia Civil se hallaba en máxima alerta; casi todo el personal del cuartelillo trabajaba en aquel cometido, exceptuándolos a él y a su hombre de confianza, el agente Jacobo, que tenían asignado el caso de los locos.

Como su despacho era pequeño para cuatro personas, la doctora, sor Guillermina y el chófer de la furgoneta tuvieron que apretujarse alrededor de la mesa. El chófer estaba muy incómodo y dolorido; llevaba un collarín ortopédico en el cuello e iba en silla de ruedas.

El sargento tenía unos cuarenta años, mediana estatura y típico bigote de guardia civil. Un par de años atrás, cuando le ascendieron, decidió diferenciar su *look* del resto de sus compañeros y se dejó crecer una perilla de mos-

quetero, que ahora acariciaba con gesto ausente. Después de finalizar el interrogatorio al conductor y a sor Guillermina, el sargento Peña apagó la grabadora que tenía en la mano. Un picor en la nariz le impidió despedir con educación a los dos testigos.

—Estamos en verano y sigue martirizándome la maldita alergia. Perdón. —Sacó un pañuelo del bolsillo, se sonó, luego se rascó un ojo con el dedo y continuó con su protocolaria despedida—: Muchas gracias por su colaboración, ya pueden retirarse. —Con un leve movimiento de cejas, el chófer se dio por despedido. Sor Guillermina ni siquiera se despidió: se levantó y ayudó a su compañero empujando la silla de ruedas—. Hermana, espere un momento. —Un nuevo estornudo impidió al sargento continuar, se rascó la nariz y preguntó—: ¿Seguro que fue un accidente?

—Se lo vuelvo a repetir: ninguno de los dos nos atacó antes ni durante el accidente. Fue después, me golpearon para que me desmayase y así poder huir.

—Gracias. Es todo.

La doctora Del Valle continuaba sentada frente a él, muy nerviosa. Le preocupaba lo que pudiera ocurrirles a sus dos pacientes, el daño que pudiesen cometer a otros y también a su carrera. Sabía que las buenas oportunidades rara vez llegan dos veces y, al parecer, la suya se le había escapado entre las manos. Con toda seguridad, su ídolo el doctor Dueñas la culparía por el fracaso de su gran proyecto. Adiós a Enfermos Psíquicos Sin Fronteras.

Después de estornudar dos veces, el sargento encendió de nuevo su grabadora y miró a Teresa del Valle.

—¿Alguno de sus superiores le indicó o dio permiso para trasladar a los pacientes a la universidad?

La doctora bajó la cabeza y echó el aire por la boca.

—No.

—Entonces, ¿fue usted la que ordenó dicho traslado?

—Sí, fui yo. Sor Guillermina obedecía mis órdenes.

—¿Es usted la única responsable de los dos prófugos?

—Eso es.

—Conteste con un sí o no por favor.

—Sí.

El sargento Peña introdujo un dvd en el reproductor, apretó el botón de Play y en el monitor irrumpió la imagen de María haciendo malabarismos con las bolsas de palomitas; tras ella se distinguía perfectamente a Alejandro y al gasolinero. El sargento detuvo la grabación en el momento en que las palomitas se incrustaron en el cráneo del empleado.

—¡No puede ser! —exclamó la doctora.

El sargento oprimió el botón de Play y el dvd echó a andar de nuevo.

—¿Qué pasos cree que pueden dar? ¿Van a separarse?, ¿continuarán juntos? Si es así, ¿qué pueden hacer?

La doctora se levantó y bebió un sorbo de agua.

—Estoy convencida de que, después del incidente de la gasolinera, Alejandro habrá abandonado a María.

—¿Quién de los dos le preocupa más? —preguntó el sargento dando vueltas a un lápiz entre sus dedos.

—Sin lugar a dudas, María. Ya lo ha visto: es la única que puede hacer daño a alguien sin querer y no va a parar hasta encontrar un círculo de pájaros en el cielo. En cuanto a Alejandro...

El sargento le interrumpió con un gesto de la mano.

—No tan rápido. ¿Qué pasos cree que va a seguir para ver el círculo de los pájaros?

—No sé qué decir. Ni yo ni nadie puede contestar esa pregunta. Ni siquiera ella misma.

—Por favor, doctora, deme algo.

—María es una paranoica. Su propio orgullo le conduce a tener un comportamiento de rectitud y nobleza extremos. Intentará hacer el bien de la manera más absurda.

—¿Qué cree que intentará?

—Es posible que comience a buscar la forma de comunicarse con los pájaros. Querrá ayudarlos de algún modo.

—¿Cómo?

—Sargento, tiene ante usted a una don Quijote y a un Sancho Panza. No lo sé.

—No sabía que Sancho Panza estuviese loco.

—Cierto. No estoy segura de si realmente Alejandro está loco. Quizá sólo lo finge: la psiquiatra de la India era partidaria de esta teoría.

El sargento Peña abrió un pasaporte con la foto de Alejandro.

—Aquí pone «Profesión: masculina», «Sexo: industrial». Este pasaporte es falso. —Se lo entregó a Teresa, que lo miró descompuesta.

—Pregunte a la policía del aeropuerto, no fui yo quien le dejó entrar. No estoy cualificada para saber si un pasaporte es falso.

—En eso tiene toda la razón. ¿Qué tipo de enfermo es?

—Un psicópata —contestó la doctora bajando la mirada para evitar la del sargento. Luego, incapaz de contener más la tensión, se derrumbó dejando que las lágrimas recorriesen sus mejillas. Sabía bien que su carrera, su profesión y su modo de vida pendían de un hilo.

Red Hair abrió los cinco cerrojos que tenía la puerta mientras Alejandro la vigilaba desde muy cerca y María observaba con cierto detenimiento el vecindario.

—¡Extraño lugar para guardar las lágrimas de los dioses!

—Los caminos del Señor son misteriosos —contestó el discípulo.

—Daos prisa en terminar vuestros menesteres, que ya es mucho el tiempo perdido con el asunto de las lágrimas.

Red Hair movió la puerta y entraron en la chabola.

Junkie Eddy se hallaba sobre la hamaca, completamente inconsciente, con los ojos cerrados y el cerebro en otra parte. Su brazo izquierdo esperaba a que alguien le sacase la aguja clavada en la vena. Alejandro, con cierta precaución, se acercó a su antiguo socio y una vez que estuvo junto a él, le separó los párpados y comprobó el estado de sus pupilas.

—No te llaman Junkie Eddy por nada —le susurró al oído antes de centrarse en buscar los ácidos. Mientras lo hacía, iba rompiendo cuanto encontraba a su paso, incluido un estéreo, el iPod y todos los utensilios que había so-



bre la mesa que hacía de laboratorio. Una vez que hubo terminado, se dirigió a Red Hair.

—¿Dónde están los budas? —La novia de *Junkie* Eddy no contestó y Alejandro se aproximó hacia ella con el puño cerrado, pero María se situó frente a su discípulo impidiéndole el paso.

—Os guste o no, esta dama es una representante del género femenino y es grande la cobardía del hombre que pone la mano encima a una señora, sea cual sea la situación en la que se halle. Gran decepción sería la mía, si mi discípulo se convirtiera en un miserable, al cometer un acto tan vil.

—Pues pregúntale de dama a dama dónde están los ácidos.

María se dio la vuelta para dirigirse a la pelirroja.

—Aunque mucho me duela esta situación, he de preguntaros dónde están las lágrimas de los dioses.

Red Hair dio un paso hacia atrás mientras Alejandro agarraba a Junkie por los pelos y le regalaba un tremendo puñetazo en la nariz. El golpe hizo que se cayera de la hamaca y permaneciese aún más inconsciente de lo que estaba. Sangraba mucho y la única señal de que seguía vivo eran unos pequeños gruñidos que lanzaba de forma repetitiva. El discípulo levantó un pie dispuesto a aplastarle la cara.

—Los budas están metidos ahí abajo —gritó Red Hair señalando el zulo. Alejandro abrió la trampilla, se agachó y metió la cabeza por el hueco de la entrada.

—Faltan muchos.

Aprovechando que María estaba distraída con su compañero, Red Hair la empujó y salió corriendo hacia Alejandro, que permanecía de rodillas con la cabeza dentro del agujero del zulo. La pelirroja logró darle una

patada en el costado, y tirarle dentro del agujero, luego cerró con rapidez la trampilla y se dirigió hacia los cristales que había esparcidos por el suelo. A modo de puñal agarró una botella rota y se lanzó hacia la santa dispuesta a rajarla.

María, que ya se había incorporado, esquivó una vez tras otra las embestidas de la botella igual que un torero antes de cortar las dos orejas y el rabo. Cansada de esta estúpida faena, la pelirroja cogió carrerilla y se abalanzó hacia la santa para incrustarle la botella, pero falló en su investida cuando una zancadilla en el pie derecho la hizo tropezar y darse en la cabeza con la esquina de la mesa. El golpe la noqueó y quedó en el suelo más inconsciente que su novio.

Unos golpes provenientes del suelo reclamaron la atención de la santa.

—Alejandro, ¿sois vos? —gritó.

—Sí, abre la trampilla

María obedeció sin demora.

—¿Os encontráis en buen estado? —preguntó cuando su cabeza apareció por el agujero del zulo.

—Sí, ¿y tú? —contestó el discípulo.

—Con ganas de salir a buscar pájaros —respondió ella abriendo los brazos.

—Primero las lágrimas de los dioses.

Poco a poco fueron sacando los budas que quedaban dentro del zulo y los colocaron en una vieja carretilla oxidada. María observó detenidamente uno de ellos y acto seguido le besó en la frente.

—Ya sabía yo que tú serías quien me entregase las lágrimas de los dioses. —Dicho esto y después de darle otro beso, lo colocó en la carretilla junto a sus compañeros de viaje.

Alejandro apareció por el agujero con los últimos tres budas. Antes de que pudiera evitarlo, uno se le resbaló y cayó al piso: el tapón salió disparado y el líquido se desparrramó impregnando el polvoriento suelo. María no era capaz de disimular su impaciencia.

—Vayámonos antes de que nuestros anfitriones despierten. No sea que tengamos que quedarnos a ofrecerles más infortunios.

Al registrar los bolsillos de Eddy, Alejandro encontró su cartera y setenta euros que se guardó mientras salía de la chabola con la carretilla repleta de budas. Un paso por detrás de él, María cerró la puerta... y justo en ese momento sonó un móvil en el interior. Alejandro intentó entrar pero era demasiado tarde: la puerta se había quedado cerrada y hacían falta las llaves para abrirla. Buscó el teléfono de sor Guillermina palpándose los bolsillos del pantalón.

—Me cago en la puta, el móvil.

—Dejad de hablar del móvil. Ahora que las lágrimas de los dioses se hallan en nuestra posesión, ¿qué camino hemos de seguir?

—Tenemos que encontrar un sitio donde escondernos. Seguro que la doctora Del Valle está haciendo lo posible para que nos encuentren rapidito, vivos o muertos.

—No es mi deber esconderme. Tengo que encontrar la señal.

—No vas a encontrar ninguna señal si mientras predicas te agarran los del manicomio y te encierran otra vez.

—Si sois tan listo, decid pues adónde he de seguiros.

Alejandro se quitó el cinturón y sacó el papel con las señas del hijo de Kalatagan Arsenio.

—A la calle Sierra Morena número 32, piso 5° D.

Habían pasado veinte minutos desde que se fueron del laboratorio y continuaban caminando entre las polvorientas calles del vecindario; estaba claro que se habían perdido y no eran capaces de encontrar la salida del barrio. La desesperación empezaba a impacientar a María: en el barrio no había un solo pájaro. Afortunadamente Dios aprieta pero no ahoga y la oportunidad de salir de este lugar les llegó por una estrecha callejuela, cuando tuvieron la suerte de toparse con un chatarrero dispuesto a salir a trabajar con su camioneta.

—¿Qué le parece si nos hace de taxi? Necesitamos ir a la calle Sierra Morena 32 —propuso Alejandro al chatarrero.

—¿Qué llevan en la carretilla? —contestó el hombre un tanto mosqueado.

—Budas de plástico made in Bombay.

—¿Venís de la India?

—De Madrid.

—No sé, tu amiga no parece de por aquí. Yo diría que es mora.

—No es mora, es «budistacristiana». Le ofrezco cincuenta euros por el servicio —tentó al chatarrero para zanjar el tema.

—¿Por dónde está esa calle que me has dicho?

Alejandro no tenía ni idea y como respuesta sólo se le ocurrió subir los hombros y levantar las cejas. El hombre entró en la cabina de la camioneta y buscó en un raído callejero.

—Está muy lejos... Tendrán que ser ciento cincuenta euros o no hay negocio.

—Cien euros y cerramos el trato.

—Ciento veinte y por adelantado. —Sin estar muy convencido de lo que se traían entre manos, el chatarrero

dejó caer la propuesta y Alejandro aceptó. El tipo contó los billetes que acababan de entregarle para asegurarse de que la cantidad era la correcta, y a los pocos minutos la camioneta arrancó con tres viajeros en la cabina para desaparecer entre las chabolas de aquella peculiar barriada.

A pesar de no tener listo el dinero que debía a don Habanero, Jade compró una estatua de la Virgen de la Almudena, a la que había construido un precioso altar forrado de terciopelo granate. Aquel pequeño altar era la única esperanza que tenía para salvar a su hija. Por ese motivo, todos los días, colocaba a los pies de la Virgen tres claveles: uno de color rojo, representando la sangre y el pecado; otro amarillo, el dinero que debía conseguir para salvar a su hija; el tercer clavel era de color blanco y significaba la pureza, algo de lo que ella carecía pero que pretendía recuperar con la ayuda de la Santísima.

Terminó de poner sábanas limpias en la cama para el siguiente cliente y miró su despertador: aún disponía de cinco minutos antes de que llegase el ruso de turno, tiempo suficiente para arrodillarse ante la Almudena. Encendió dos velas y una varilla de incienso, cerró los ojos, juntó las manos y con suma tristeza lloró frente a la madre de nuestro Señor.

Cuando sonó el timbre, Jade se incorporó, apagó las velas del altar, abrió la puerta y dejó pasar al cliente. Al entrar en su dormitorio cayó en que no había bajado la

persiana y se dispuso a hacerlo pero se detuvo un momento a observar lo que estaba pasando en la calle. En su portal, en el número 32 de la calle Sierra Morena, había mucha actividad. Por sus puertas no paraban de salir familias con niños y maletas. En la calle, los coches estaban cargados con todo lo necesario para las largas vacaciones veraniegas: los vecinos intentaban marcharse lo antes posible para no encontrarse con los impresionantes atascos que iban a producirse en la operación salida de verano. Aquella intensa actividad trajo de nuevo a Lorena a su mente. «Lo que daría por ser uno más de mis vecinos y poder marcharme de vacaciones con ella.» Una lágrima recorrió su mejilla y se la secó con la mano mientras bajaba la persiana. Luego se desnudó, se metió en la cama y aguardó a que el ruso diese rienda suelta a sus espermas.

En el interior del edificio, el único ascensor de la escalera E estaba ocupado por un padre que sacaba maleta a maleta todo el equipaje de la familia. Conforme lo hacía, los suyos las llevaban al coche ante la impaciencia de un joven filipino, alto, delgado, con gafas y cara de genio. La ropa del chico estaba sucia y su corte de pelo era muy básico; daba la impresión de que él mismo había cogido las tijeras y ejercido de peluquero. En las manos llevaba un paquete y una pizza, y mientras esperaba, miraba al suelo para no ver a nadie.

Por la escalera bajaba otra familia de siete miembros: cinco iban cargados de maletas, los otros dos eran perros salchicha. Al pasar junto al ascensor, la madre, el hijo pequeño y los perros se detuvieron. Estos últimos intentaron seguir al resto del grupo, pero el niño se lo impidió dando un buen tirón a sus collares.

—El ascensor es de todos. Hay que intentar colaborar un poquito y ser más rápidos —protestó la madre sin soltar el equipaje.

Antes de que la familia del ascensor pudiera responder, los perros empezaron a ladrar al filipino. El niño los sujetó como si fueran dos dóberman, mientras buscaba la cara de aprobación de su madre, pero como ésta no reaccionaba el niño miró al filipino.

—Mamá, ¿es Orlando?, ¿el vecino raro con el que no quieres que hable?

—¡Callaos ya! —gritó la señora a los perros—. Vamos, que papá nos espera en el coche.

Por fin el de las maletas terminó y Orlando se metió en el ascensor, pulsó el botón de su piso y esperó a que las puertas se cerraran.

—¡Ascensooor! —gritó alguien por el hueco de la escalera.

Como tenía las manos ocupadas con la pizza y el paquete, el muchacho tuvo que superar algunas dificultades para sacar un chicle de su bolsillo, metérselo en la boca y masticarlo rápidamente. El ascensor se detuvo en el piso sexto, se abrieron las puertas y Orlando asomó la cabeza; milagrosamente, no había nadie en el pasillo. Se sacó el chicle de la boca y lo pegó en la célula que abre y cierra las puertas del ascensor. Luego, con tranquilidad, bajó por la escalera al quinto piso hasta llegar a la puerta D. Utilizó como llave una tarjeta codificada y entró en el apartamento mientras varias voces gritaban:

—¡Ascensooor...!

Sobre las sillas y las mesas había cajas de pizza abiertas, algunas de ellas aún con trozos petrificados, ropa esparcida por el sofá, libros y revistas por todas partes, además de mucho polvo acumulado en las esquinas. En un cuartito



apartado, una mesa repleta de ordenadores, procesadores, monitores y cables se alzaba como el único espacio limpio y ordenado del apartamento.

Las puertas acristaladas que daban al balcón estaban forradas de antiguos artículos de periódico, la mayoría escritos en inglés y japonés, sobre un famoso *hacker*. Los pocos titulares que había en castellano afirmaban cosas como ésta: «Kalatagan Arsenio, el famoso *hacker* filipino, revienta el sistema de noventa y ocho bancos en un día.» En un artículo de un diario argentino podía leerse: «Kalatagan Arsenio consigue huir con su mujer y su hijo de Sidney, Australia.» Otra cabecera de un periódico español aseguraba: «El famoso *hacker* Kalatagan Arsenio es el responsable de una serie de ataques a redes informáticas de ocho multinacionales.» En el lado derecho del artículo, el retrato robot de un hombre con un ligero parecido al inquilino de la celda en Goa.

Orlando se sentó frente a sus ordenadores y esperó a que se encendiera el sistema informático diseñado por su Kalatagan Arsenio, mientras su mirada se detenía en la foto de una playa que le mostraba a él junto a sus padres cuando era un niño.

Alguien, sin duda un vecino furioso, aporreó la puerta.

—¡La próxima vez te metes el chicle por el culo, cabrón hijo de puta, chino de mierda!

Orlando miró hacia la entrada y no pudo evitar una pequeña sonrisa. Con cierta parsimonia, empezó a comer la pizza.

María y Alejandro se despidieron del chatarrero frente al portal de la calle Sierra Morena 32. Como los vecinos estaban muy ocupados cargando los coches, nadie prestó atención a los nuevos visitantes.

El ascensor de la escalera E estaba a punto de llegar al bajo. Llevaban esperando diez eternos minutos junto a una señora de unos cincuenta años, que les observaba con cierta desconfianza y de tanto en tanto miraba de reojo a los budas.

—Son para una feria tibetana —informó Alejandro cuando se dio cuenta, en un intento de arreglar la situación.

La señora respondió con un pequeño movimiento de cejas y cambió la mirada hacia las puertas del ascensor, que se abrieron en ese momento para dejar salir a tres muchachos cargados con mochilas.

—Feliz verano —les dijo uno.

—Que la paz sea con vosotros —contestó María.

Las puertas del ascensor comenzaban a cerrarse y la princesa las bloqueó con su cuerpo. Alejandro introdujo los budas, luego puso la carretilla en vertical contra una de las paredes, tratando de no hacer ningún rasguño para que la señora no se enfadase. María se metió en el ascensor dejando un hueco para que la vecina pudiera pasar. Ésta dudó un momento entre si prefería entrar o esperar al siguiente turno, pero entonces aparecieron por el portal un padre y su hijo dispuestos a bajar más bultos y aquello hizo que las dudas de la mujer se esfumasen: se metió entre los budas, la carretilla y los dos locos. Desde la posición en la que se encontraban, la única que podía apretar el botón del ascensor era la vecina.

—¿A qué piso van? —preguntó.

—Al quinto, si no es demasiada molestia —respondió María.

Sin decir una sola palabra, la señora apretó el tercero y luego el quinto.

—Este habitáculo es más pequeño que el del hospital. ¿No os parece, Alejandro?

—Que no me llamo Alejandro, me llamo Luis. Y no era un hospital, era un hotel.

—¿Se os ha secado el cerebro?

—¡Ah sí! El hospital de Pamplona, perdona —respondió el loco cerrando los ojos.

La señora sintió un gran alivio al llegar a su destino y después de algunos pequeños empujones consiguió salir del ascensor. La puerta se cerró y nuevamente arrancaron hacia el quinto piso.

—A mí no me llares por mi nombre delante de extraños y mucho menos digas nada de un hospital. ¿No te parece que con los budas, la carretilla y tu vestido de las mil y una noches damos bastante el cante?

—Perdonad, se me olvida que somos prófugos.

—Pues acuérdate.

Las puertas del ascensor se abrieron de nuevo. Primero salió María, que las bloqueó desde el pasillo con el brazo. Alejandro sacó la carretilla colocándola en su posición natural, acomodó poco a poco los Budas sobre ella y una vez que terminó, buscó el apartamento D.

El volumen de la música que provenía del apartamento se oía desde el descansillo, pero por muchos golpes que dieron a la puerta no hubo contestación.

Los vecinos del apartamento E eran una pareja de ancianos que salía cargada con cañas de pescar y bolsas, y miraron un tanto extrañados a la singular visita mientras cerraban los tres candados de su puerta.

—Menos mal que nos vamos —comentó la anciana a su marido.

En cuanto se marcharon, Alejandro dejó de golpear la puerta; estaban llamando demasiado la atención. Si no llega a ser porque aquel día era la operación salida, alguien habría avisado ya a la policía.

—Alteza, sube por la escalera al sexto. A ver si hay algún vecino distraído sacando maletas. Te cuelas y saltas por el balcón hasta la terraza de este piso. ¿Podrás hacerlo?

—Tened a buen seguro que no he de fallar.

Alejandro inspeccionó el quinto piso por si había algún apartamento abierto. Parecía que todos los vecinos de la planta habían salido.

—Los viejos son los últimos en largarse. Date prisa, que no podemos estar demasiado tiempo al descubierto.

María había revisado una por una las puertas del sexto piso; con especial esmero la D, que estaba herméticamente cerrada y nada pudo hacer para meterse en el apartamento. La santa se disponía a bajar por la escalera cuando la puerta H se abrió y una mujer gordita y en bata dio un beso en la boca a un extranjero antes de despedirse. El hombre intentó cerrar la puerta, pero la mujer se lo impidió.

—Déjala abierta, voy a abrir el balcón para que se ventile la casa.

—No cerrar puerta, en suelo... —El extranjero señaló algo con su dedo, se agachó y recogió un sobre que entregó a Jade.

—Gracias —respondió la prostituta sonriendo.

Con una leve inclinación de la cabeza, el hombre se despidió y, al ver el ascensor ocupado, se perdió escalera abajo. La princesa se acercó a la puerta H sin hacer ningún ruido; se pegó a la pared y asomó la cabeza para ver cómo Jade abría el sobre y descubría en su interior la foto de su hija Lorena en la plaza de su pueblo. Junto ella estaba el Escopeta, y la cara de la niña aparecía rodeada por un círculo. A su lado estaban escritas estas palabras: «TE QUEDAN 24 HORAS.»

Jade corrió desesperada hacia su altar, se arrodilló frente a la Virgen, juntó las manos, cerró los ojos y se puso a rezar.

—Tú, Madre de las madres, Tú que eres todopoderosa, intervén para que sea yo y no Lorena quien pague por mis faltas y pecados. Te lo ruego, Virgen de la misericordia, haz un milagro de cuarenta y cuatro mil euros para salvar a mi hija del burdel africano.

Los ojos de la santa se humedecieron ante el gran drama que atormentaba a aquella pobre mujer, pero por ahora habría de contener su pena para seguir escuchando a la protagonista de tan triste historia.

—Sabes muy bien que no he vuelto a pisar un casino, ni a jugar a las cartas ni siquiera a las máquinas tragaperras. Virgencita de mi vida, salva a mi hija y seré la más feraciente de tus esclavas.

Jade se desplomó de bruces a los pies del altar. Su llanto desesperado conmovió a María en lo más profundo de su corazón y decidió acercarse de puntillas a aquella mujer que continuaba llorando con la cara pegada a la moqueta. La santa inclinó la cabeza, miró a la Virgen de la Almudena y le guiñó un ojo. Luego, tan silenciosa como había entrado, salió al balcón, se colgó y saltó con extrema agilidad y destreza al quinto piso.

Las persianas del apartamento 5º H se hallaban cerradas a cal y canto, lo que quería decir que sus inquilinos ya estaban de vacaciones. Aquello permitió a María tomárselo con tranquilidad y paciencia. Se colocó de un pequeño salto sobre la barandilla del balcón en un equilibrio perfecto; luego, ayudada por brazos y piernas, se impulsó para caer sobre la barandilla del siguiente balcón, que también tenía las persianas echadas. Una y otra vez realizó la misma acción hasta llegar sin ningún tipo de proble-

ma al balcón del 5° D. A diferencia de los demás apartamentos, tenía las ventanas empapeladas con artículos de periódico y desde el interior una canción a todo volumen traspasaba las ventanas y puertas.

La santa golpeó con contundencia y perseverancia uno de los cristales y no cesó en su empeño hasta que las puertas del balcón se abrieron y Orlando se asomó con cara de no entender qué quería esa mujer vestida de modo tan extraño. Aunque una cosa tenía muy clara: no era una de sus vecinas.

—¿Quién eres? —le preguntó.

—Soy María y vengo a entregaros esto de parte de vuestro padre, el gran Kalatagan Arsenio. —La santa sonrió mientras hacía una reverencia para presentarse. Luego, con calma y solemnidad, retiró de su cuello el AK47.

—Mi padre murió —respondió Orlando muy extrañado.

—No, vuestro padre vive y aquí tenéis la prueba de ello. Este círculo demostrará que lo que digo es cierto. Tomad, es para vos.

Unos golpes retumbaron en la puerta principal.

—¿Dónde está mi padre?

—El de los golpes es mi discípulo, y es él quien puede explicaros con exactitud el paradero de vuestro amado padre.

Con un gesto de mano, Orlando invitó a María a entrar en el piso. Despacio y observando el disco se encaminó a la puerta, colocó su ojo en la mirilla y vio a Alejandro, que esperaba inquieto a que alguien le dejase entrar.

—¿Es éste tu discípulo?

María puso el ojo en la mirilla y lo confirmó con un gesto de cabeza. Acto seguido el chico metió una tarjeta en el extraño pomo de la puerta y cedió el paso al desco-

nocido y su carretilla. Nada más entrar, Alejandro comprobó que María había entregado el AK47 a Orlando y, sin darle a éste tiempo para reaccionar, se presentó y le dio un fuerte abrazo.

—Qué ganas tenía de conocerte. Tengo muchas cosas que contarte de tu padre. Está vivo y nos ha dado ese disco para ti.

Orlando no pudo evitar emocionarse: unas lágrimas rodaron por sus mejillas mientras cerraba la puerta y miraba a esos dos extraños personajes, se las enjugó y pidió entre sollozos:

—Esperad un momento. —Una vez más observó el disco detenidamente. Se disponía a ir al cuarto de ordenadores cuando Alejandro intervino.

—Lo que llevas es el AK47, la razón por la que mataron a tu madre en Filipinas. Pero... —El discípulo se dio cuenta de que acababa de meter la pata y tragó saliva al tiempo que María le miraba furiosa.

—¿Cómo murió? —preguntó el chico.

Como Alejandro no se atrevía a responder, la santa abrazó a Orlando y éste rompió a llorar en sus brazos.

—Calmaos, mi pequeño. Vuestra madre está en un sitio mejor que éste y, con toda seguridad, es ella la que ha hecho posible que os encontremos sano y salvo.

Orlando continuó un buen rato abrazado a la princesa. No había sentido esa sensación de cariño en muchos años; no desde que sus padres fueron a ese maldito viaje a Filipinas. Con la cabeza apoyada contra el pecho izquierdo de María, podía escuchar con claridad los latidos de su corazón, que le acompañaban manteniendo el ritmo de su llanto. De una forma que no lograba explicarse a sí mismo, las caricias de esta mujer y el *bum bum* de su corazón le transmitían una paz que llevaba demasiado tiempo sin

encontrar y pudo sentir cómo la rabia y el dolor acumulados durante todos esos años se evaporaban y se perdían en el aire. Las barreras emocionales que había construido desde la desaparición de sus padres se derrumbaron y dieron paso al verdadero amor que aquella señora emanaba.

De vez en cuando, el muchacho suspiraba y contemplaba a la santa, y así estuvieron largo rato. Después, cuando ya no le quedaban más lágrimas que derramar, cuando al fin se vio capaz de hablar, se apartó un poco de la princesa para agradecerle con estas palabras el consuelo recibido:

—No sé quién eres, ni de dónde has salido, pero quiero que sepas que aquí tienes a un amigo.

—Y vos a una santa encantada de haberos conocido. Dejad ya las tristezas a un lado, andad presto y colmad el deseo de vuestro padre, que no es otro que el que escuchéis al círculo que os manda.

Orlando sujetaba el disco entre sus manos mientras repetía una y otra vez.

—Papá, ¿por qué has tardado tanto?

La ternura que revelaban las palabras del muchacho hicieron que María no pudiese evitar darle un beso maternal en la frente. Orlando la contempló con la dulzura de un niño, y sin quererlo, de su boca salieron tres palabras:

—Gracias, muchas gracias.

Con lágrimas en los ojos se dirigió al cuarto de los ordenadores, pero antes de entrar se dio la vuelta hacia Alejandro.

—¿Cómo y dónde conociste a mi padre?

—Dónde, en un manicomio; el cómo es largo de contar.

Orlando los invitó a pasar al cuarto de los ordenadores, sin embargo María no hizo amago alguno por acompañarlos. «Lo primero es lo primero.» Con gran esmero y rapidez limpió el salón, entró y salió de la cocina con bol-



sas de basura que llenaba a gran velocidad. Encontró una cochambrosa fregona, que a juzgar por su aspecto debió de ser la última que compró la madre de Orlando antes de que la mataran. Con la ayuda de un cubo de agua y un poco de jabón, fregó el suelo con la misma habilidad que las limpiadoras del psiquiátrico, aunque cinco veces más rápido que ellas. Al finalizar la dura tarea, dejó reposar su real cuerpo sobre un sofá de tela azul y se puso a pensar.

Acababa de conseguir su deseada libertad y ya tenía dos misiones que cumplir antes de encontrar el círculo: cuidar de Orlando y de la pobre vecina, esa triste mujer que necesitaba un milagro de cuarenta y cuatro mil euros.

Dentro del cuarto de ordenadores, Alejandro se centró en terminar su particular relato sobre su compañero del área de seguridad: cómo le conoció y las virtudes del disco que había enviado a su hijo. Por su parte, el muchacho no perdió el tiempo: introdujo el AK47 en uno de los procesadores conectados a un ordenador diseñado por su padre y al instante la pantalla se llenó de símbolos y letras que a primera vista carecían de sentido. Luego metió otro disco en un codificador y las letras y símbolos se transformaron en frases precisas, en instrucciones para utilizar el programa.

—¿Te enteras de algo? —preguntó Alejandro al mirar la pantalla y no comprender nada.

—Sí.

—Quiero que sepas que María y yo nos hemos escapado de un manicomio y probablemente tengamos a la policía buscándonos. Necesitamos un lugar donde quedarnos. —Orlando no contestó, tan sólo tecleaba y miraba la pantalla—. Tengo que vender los budas que hay en la carretilla para conseguir dinero y me temo que no va a ser fácil. ¿Conoces a alguien que esté interesado? Pueden ser un bombazo en Internet.

Orlando seguía tecleando sin registrar en su cerebro el rollo que le estaba soltando Alejandro. En la pantalla aparecieron cuentas bancarias de clientes en diferentes sucursales. El *hacker* se echó las manos a la cabeza.

—¡Viva mi padre! ¡Puedo vaciar las cuentas bancarias que me dé la gana!

—Cojonudo, pero ¿nos podemos quedar hasta que la cosa se calme?

—Si mi padre confió en ti al entregarte el AK47, ¿por qué no iba a hacerlo yo?

Orlando giró la vista hacia la pantalla y tecleó durante unos minutos. En el monitor irrumpieron datos de la policía, con los nombres de prófugos en busca y captura.

—¿Cuándo te fugaste?

—Esta mañana.

—Veamos si esto sirve para algo más que asaltar bancos.

Orlando volvió a pulsar algunas teclas y aparecieron los nombres de cinco prófugos. Tres etarras, María y él.

—Tenéis suerte, se han fugado unos etarras y seguro que tienen absoluta prioridad. Aunque en vuestra ficha pone que agredisteis a un empleado de una gasolinera... ¿con una bolsa de palomitas? —Al leer esto, el chico no pudo evitar una carcajada.

—María es un poco terca... Ya sabes, está loca. Nunca pretendió agredir a nadie, la irás conociendo.

Alejandro estaba más interesado en el programa que en contarle la vida de la santa, así que decidió cambiar de tema hacia algo mucho más lucrativo: ¡los encantos del AK47!

—Orlando, si no es mucha indiscreción, ¿tú de qué vives?

—No soy muy diferente a vosotros exceptuando que la policía no tiene mi ficha. —El chico rio de nuevo—.

Desde la desaparición de mis padres he robado cajeros con un programa mucho más rudimentario que éste. Nunca saco grandes cantidades para no llamar demasiado la atención.

Alejandro se pasó la mano por la barbilla antes de decir:

—Quiero ser muy sincero contigo. Una vez que venda los budas, me largo solo a Marruecos. No voy a llevarme a María, entre otras cosas por la que pueda montar en el reino alahuita...

—¿De verdad estáis locos? —le interrumpió Orlando.

—Muy normales no somos. En cuanto venda los ácidos me largo y te dejo en paz, te lo juro.

—¿Y qué pasa con ella?

—Cree que descende de Buda y de la Virgen, además de llevar setecientos años viva. —Ante esta información, Orlando tan sólo levantó los hombros y lanzó un silbido—. Sí, nada más y nada menos que siete siglos —puntualizó Alejandro—. Desde que nos escapamos, no hemos tenido un solo momento de descanso. Como ves, llevamos unas cuantas horas en libertad y ya se nos acusa de haber asaltado una gasolinera. Lo mejor que puedes hacer es devolverla al manicomio cuando yo esté listo para marcharme a Marruecos; mientras tanto, me ocuparé de ella.

Orlando se levantó, caminó hasta la puerta y la abrió. El salón estaba resplandeciente, como si un batallón de limpiadoras hubiese entrado en la casa y la hubieran pulido palmo a palmo.

—Es mucho mejor que mis vecinas —apuntó el chico mirando con ternura a la santa—. No puede estar tan loca, al fin y al cabo es ella quien me ha entregado el AK47 y quien me ha dicho que mi padre vive, y eso jamás lo olvidaré.

Al verle, María se incorporó del sillón.

—Vuestra hospitalidad es grande y generosa, pero mis deberes de santa me obligan a rescatar de la tragedia a una de vuestras vecinas. Rauda he de partir, ya que tiene necesidad de cuarenta y cuatro mil euros.

Alejandro golpeó su frente con la palma de la mano.

—Qué cachonda la vecina, ¿quién no necesita cuarenta y cuatro mil euros?

—Sobre esa pregunta no tengo respuesta, lo que si sé es que está pidiendo a la Virgen un milagro que por casualidad he escuchado. No puedo ignorar tal petición, Alejandro, ya que en las casualidades no creo.

—Vale, de acuerdo, ¿de dónde vas a sacar cuarenta y cuatro mil euros?

—Saldré a la calle en su busca. Dios allanará el camino.

—¿Qué vecina? Creía que todas se habían marchado —preguntó Orlando un tanto desilusionado.

—Una señora algo entrada en carnes que habita en el 6° H.

—Ah, la puta. Es la única de todo el edificio que me cae bien.

—Lo ves, una María Magdalena en versión moderna. Segura estoy de haber encontrado a la discípula que me faltaba.

—¿Para qué necesitas otra discípula?

—Alejandro, al igual que Jesús salvó a la Magdalena de ser lapidada, yo salvaré a la vecina de sus muchos dueños y quebrantos. El tiempo apremia y he de salir en busca del dinero.

—A lo mejor no hace falta que salgas a buscarlo. Si te esperas diez minutos y el AK47 es tan bueno como parece, no habrá problemas para que puedas ayudar a la mujer.

Los tres se metieron en el cuarto de los ordenadores, Orlando se colocó frente al teclado y comenzó a trabajar.

—Empecemos por los vecinos que me caen mal, sobre todo por el del 2º C, que es un hijo de su puta madre.

Con las señas y el nombre del vecino, a Orlando le llevó cinco segundos localizar su cuenta.

—¡Mierda, sólo tiene seis mil euros! Bueno, ahora... —El filipino volvió al trabajo y al poco tiempo informó—: Ahora ya no tiene nada.

El *hacker* repitió la misma operación en distintas cuentas hasta que logró los cuarenta y cuatro mil euros.

—Ya está. Ahora tenemos que ir a recolectar lo que hemos ganado sin el sudor de nuestra frente.

—¿A recolectar dónde? —preguntó Alejandro.

—Acabo de abrir una cuenta ficticia bajo un nombre falso. En ella está el dinero que hemos robado. Vamos, lo sacamos, luego venimos aquí, borramos la cuenta con los rastros que hemos dejado y «operación vecinos» terminada. ¿Qué te parece?

—¿Que tu padre es un genio? —Alejandro no podía dejar de pensar en Junkie Eddy—. Busca la cuenta de Eddy Tollman.

Orlando se puso a ello y enseguida apareció una cuenta del Banco Santander con ese nombre y un capital de ocho mil trescientos euros.

—¿Quieres que se la vacíe?

—Ve a por él sin piedad.

A los dos minutos, la cuenta de Junkie Eddy se quedó en números rojos.

—¿Sabes cómo puedes joder del todo a tus vecinos?

—¿Cómo?

—Dejando tiesos a sus jefes. Así cuando vuelvan de

vacaciones y vean que no hay de *la moné*, se pondrán de muy mala leche y los putearán todo lo que puedan.

—No parece mala idea —dijo el chico frotándose las manos.

A Orlando no le resultó complicado averiguar dónde trabajaban sus vecinos, lo único que tuvo que hacer fue buscar la cuenta de donde provenían sus ingresos mensuales y, una vez localizada, meterse en ella para comprobar las cantidades que se enviaban al mes a cada persona. Cuanto más alta era la transferencia, más alto el sueldo y por consiguiente el cargo del empleado. Aplicando esa filosofía, en unos minutos localizó las cuentas de los jefes de sus vecinos y las limpió garantizando el cabreo monumental que iba a aguardarles cuando regresaran a Madrid.

—¿Dónde están los dineros? He de partir presto a rescatar a la vecina.

—Tranquila, en media hora estamos de vuelta con tus euros —le respondió el *hacker*.

—Si hay algo para la discípula, ¿qué pasa con el discípulo? —preguntó Alejandro echando un poco de cara al asunto.

—Tienes tus budas —replicó Orlando.

—Hombre, primero hay que venderlos... algo de ayuda no me vendría mal —contestó el otro sin cortarse un pelo.

La cara de María cambió de expresión. Un aire de tristeza alcanzó hasta el último rincón de sus sentimientos, provocando que sus ojos se velasen y que su voz vibrara al emitir estas palabras:

—¿Vais a vender las lágrimas de los dioses?

Alejandro titubeó durante unos segundos.

—Al ser un prófugo en busca y captura necesito el di-

nero. En España no me puedo quedar, ¿qué es lo que no entiendes, princesa mía?

—Alejandro, no podéis marcharos ni vender las lágrimas. ¿Qué hay del círculo que han de formar los pájaros? ¿Qué pasará con la humanidad si deja de conocer el secreto para la absoluta libertad del hombre?

—A la humanidad no va a pasarle nada si los pájaros no forman el círculo. Además, yo no quiero ser tu discípulo, lo que quiero es largarme a Marruecos a fumar hashís y vivir tranquilo.

La desesperación y tristeza de María no dejaron indiferente a Orlando. A él le importaba muy poco que estuviera loca: «Si todos los cuerdos tuviesen el corazón de María, en este mundo no haría falta que los pájaros formasen un círculo», se dijo sin tener del todo claro de qué iba todo aquello.

Después de este razonamiento el *hacker* se animó a decir:

—Quiero ser tu discípulo. Quiero ver cómo alucinan todos los pájaros de Madrid. Quiero sentir el sublime deseo de ser el cuerdo que sigue al loco, porque le sabe a grandeza su locura. —Luego cambió la mirada hacia Alejandro—. ¿Qué valen los budas?

—¡Olé tus huevos! Por tratarse de ti... mil euros por estatuilla, vamos a contar cuántos hay.

—Aún no ha cantado el gallo tres veces y ya me habéis traicionado dos —le recordó María llena de dolor y de pena.

—Qué traicionado ni traicionado. Yo quiero el dinero, tú las lágrimas de los dioses y, gracias a mí estás en contacto con tu verdadero discípulo. ¿Qué más se puede pedir?

—Que permanezcáis a mi lado.



Alejandro soltó un pequeño suspiro; la verdad es que sentía ciertos remordimientos por su comportamiento, pero era consciente de que asaltando bancos y repartiéndolos santos espíritus a los pájaros iban a tardar muy poco en detenerles. A él le mandarían derechito a la cárcel, y a la santa, al manicomio.

—No valgo para ser discípulo de nadie. Me ofreciste la posibilidad de escaparme y la aproveché. Te dejo en buenas manos. Misión cumplida —dijo bien alto para autoconvencerse de que se comportaba con la clase de un caballero, aunque aquello entristeció aún más a María.

—¿Podrán vuestras máquinas ayudarme en este menester? —le preguntó a Orlando.

—Pues claro.

—Entonces contemos los budas. Alejandro, cuanto antes te marches, más fácil será superar este amargo y doloroso trago.

Sin que nadie dijese una palabra más, se pusieron manos a la obra: mientras los discípulos bajaban los budas de la carretilla, la santa los colocaba formando un gran círculo.

—Son trescientos sesenta. ¿Qué significado tiene este número? —preguntó María al completar el círculo.

—Está claro: trescientos sesenta mil euros y me largo a Marruecos —contestó Alejandro.

—Si profundizamos un poco más en la pregunta de la santa, tengo que decir que un círculo está formado por trescientos sesenta grados, el mismo número que budas tenemos. Empiezo a pensar como su santidad... aquí hay algo más que una pura coincidencia —dijo Orlando.

—Gracias, Dios mío, por haberme guiado hasta aquí —rezó la santa abriendo los brazos en cruz.

—El AK47 va a conseguirte los trescientos sesenta mil

euros que necesitas para hacer tu milagro, o yo no merezco el honor de ser el hijo de Kalatagan Arsenio.

—¡Y todo esto gracias al círculo de vuestro padre!  
—exclamó María.

—Exacto. Una vez más, otro círculo es el protagonista de esta historia; qué coincidencia, demasiadas casualidades. ¿No te parece, Alejandro? —preguntó el chico con un tono algo ofensivo.

El ex discípulo permanecía callado con la vista clavada en el suelo y por primera vez no contestó. María se acercó a él para darle un beso en la frente.

—Gracias por haberme traído hasta aquí. Partid raudo a por vuestro dinero. Cuanto antes os marchéis, antes llegaréis a vuestro añorado destino.

Una extraña tarjeta del tamaño y forma de una de crédito se introduce en la ranura del cajero. De su parte trasera sale un largo y fino cable que se conecta a una especie de libreta digital, en cuya pantalla aparecen unos símbolos extraños y muchos números. Lo que busca esta operación es poner en pausa las cámaras de seguridad de la sucursal bancaria.

Alejandro bloquea con su cuerpo la entrada al cajero, mientras que Orlando teclea. Las grabaciones se rebobinan hasta el momento previo a que entrasen en la pequeña sala donde se halla el cajero. De esta forma la última imagen captada es la salita vacía.

Orlando vuelve a teclear y comienzan a salir billetes.

—Ves, hago todo el trabajo en casa y ahora sólo me queda recoger el sueldo.

—Ni se te ocurra ir a la universidad —suelta Alejandro sin venir a cuento.

—¿De qué me estás hablando?

—De nada en particular, un simple consejo que se me acaba de ocurrir para que no tengas que desaprender dolorosamente todo lo que puedas aprender en la Complutense.

—Gracias por el consejo, pero no tenía pensado ir a la universidad sino a otra sucursal, el cajero se ha quedado sin fondos. Vigila que no venga nadie.

Alejandro sale a la calle. Orlando saca la tarjeta del cajero y los videograbadores se ponen en modo Play unos segundos más tarde, el tiempo suficiente para que les dé tiempo a salir sin que les capten las cámaras. Andan un par de manzanas y se meten en otro cajero.

Doña Margarita preguntó por el señor Fuentes a la enfermera del mostrador de información. Lo hizo sin tener que esperar las largas colas que se solían formar durante el resto del año; el hospital estaba tranquilo: casi todos los familiares de los pacientes habían salido de vacaciones, y en este momento ella era la única persona interesada en obtener información.

—El señor Fuentes ha salido de la Unidad de Cuidados Intensivos, se encuentra en la habitación 96, planta segunda. El ascensor está por el pasillo a mano derecha.

El señor Fuentes era el fontanero que sufrió el paro cardíaco en su apartamento, y a ella le ha parecido oportuno interesarse por su estado. Doña Margarita golpeó con los nudillos la puerta 96. En ese momento una enfermera salía de la habitación retirando la bandeja de la merienda.

—Pase, pase... Don Jacinto, tiene usted una visita. Llame al timbre si me necesita. —La auxiliar se marchó con una sonrisa de cortesía y doña Margarita se acercó a la cama del fontanero, que se encontraba recostado entre almohadas viendo la televisión.

—Espero no ser inoportuna. Sólo vengo a pedir perdón por todo lo ocurrido en mi casa. No sabe cómo...

Don Jacinto levantó la mano.

—No se sienta culpable. Este de aquí... —lo dice señalando su corazón— ya me había dado varios avisos; demasiados... Usted no tiene que pedir perdón por nada.

—Me siento tan mal... no sé qué decir.

—Pues no diga nada, su visita es más que suficiente.

—Por favor, es lo menos que podía hacer. Me alegro mucho de verle en plena forma.

—Gracias, yo también me alegro.

—La verdad es que esperaba encontrarle en peor estado... ¿Qué han dicho los médicos?

—Que si todo va bien, en un par de días estoy en casa.

—Qué buena noticia. —Doña Margarita finalizó la frase con un tono de alivio.

—¿No se va usted de vacaciones? —se interesó el fontanero intentando cambiar el tema de conversación.

—Ya me hubiese gustado, lo tenía todo arreglado y en el último momento el plan se vino abajo. Me quedo en Madrid —dijo terminando la frase con un aire de pena.

—Cómo lo siento. ¿Tiene usted familia?

—Mi marido murió hace cuatro años y... tengo una hija con la que vivo, así que sola, lo que se dice sola, no estoy. Aunque apenas la veo. Se pasa todo el día trabajando y, bueno, ya sabe usted cómo son los hijos. Casi le da un patatús cuando se enteró de que no me iba de vacaciones.

Don Jacinto se rio.

—A mí me ha pasado lo contrario: mi hijo trabaja en un hotel en Canarias, le amenacé con ir a visitarle para conocer a mi segundo nieto, que tiene tres años y sólo le he visto en foto, y me puso toda clase de excusas. Que si es temporada alta y no voy a poder atenderle; que si Fátima,

su mujer, no podía con los dos niños y conmigo; que si la criada estaba embarazada; que por qué no iba mejor en septiembre... Bueno, para hacer la historia corta le dije que sólo podía en verano. Al final y de mala gana accedió, pero cuando se enteró de que no podría ir por lo del infarto, vino con mi nieto en avión, estuvieron media hora y de vuelta a Canarias. Eso sí, diciendo que me esperaban en septiembre.

—¿Nadie le preguntó cómo iba a arreglárselas solo durante todo el verano?

Don Jacinto negó con un gesto de cabeza.

—Pues ya somos dos en el club de los olvidados.

—Bueno, así están las cosas para los viejos —sonrió él—, somos un estorbo y no queda otra más que aceptarlo.

Doña Margarita meditó las palabras del fontanero.

—Vamos a ver, don Jacinto, de verano triste nada de nada. ¿Qué le parece si le preparo una cena en su casa el día que le den el alta?

—Me encantaría —respondió el hombre conmovido por el gesto de su visita.

—Pues hecho está. —Doña Margarita abrió su bolso y buscó una libreta. Luego arrancó una página y anotó su número de teléfono—. El día que salga, me llama y vengo a buscarle.

Los nuevos amigos estuvieron un largo rato compartiendo penas y alegrías, recordando cómo eran los viejos tiempos. Hablaron de las películas que veían en el cine Chueca, de las compras y las gangas que hace muchos años se conseguían en el Rastro, del tiempo que se necesitaba para llegar a Talavera, a Sevilla o a Barcelona en un Seat 1500. Hablaron de lo que entonces se podía hacer con mil pesetas, recordaron la televisión en blanco y negro, el programa «Un, dos, tres», con Kiko, don Cicuta y

las secretarias. Canturrearon el «La, La, La» de Massiel y la canción «Que viva España». De esta forma pasaron la tarde, poco a poco sus manos se rozaron y luego se acariciaron. Si no llega a ser por la inoportuna entrada de la enfermera con la cena de don Jacinto, sospecho que hasta se hubieran besado.

Eran las diez de la noche y la doctora Del Valle acababa de llegar a su casa con los ánimos a la altura de sus zapatos de Prada. Se asomó a la puerta del salón y vio a su madre marcando un número de teléfono.

—Hola, mamá.

Doña Margarita le contestó con un gesto de mano y esperó unos segundos a que alguien respondiera a su llamada.

—¿Me puede poner con la habitación 96, por favor?

—¿A quién llamas a estas horas? —preguntó su hija un tanto intrigada.

—A un amigo.

Lo del amigo había despertado una gran curiosidad en Teresa, que decidió esperar a escuchar los acontecimientos venideros.

—No te quedes ahí parada como una boba. Tienes gazpacho y tortilla de patata en la nevera.

A la doctora, después del corte que le ha dado su madre, no le quedó otra opción que meterse en la cocina; aunque se aseguró de dejar la puerta medio abierta.

—Don Jacinto, soy Margarita. ¿Tiene un momento?

...

—¿Qué le parece sin nos quitamos el don y la doña y nos tuteamos como si fuésemos amigos de toda la vida?

Tras la respuesta del hombre, doña Margarita soltó

una pequeña risa de picardía y miró a la puerta de la cocina para comprobar que su hija no estaba escuchando.

—¿Qué quieres de cena? ¿Te apetece una merlucita a la plancha con un puré de patatas y unas verduritas?

...

—No me extraña nada. A mí me operaron el año pasado y acabé hasta las narices de la gelatina y del pescado congelado. No te preocupes por nada y pídemelo que te apetezca. Te garantizo que soy una buena cocinera.

...

—Ay, Jacinto, ya no quedan caballeros como tú.

Teresa cerró la nevera a toda velocidad y de puntillas, sin hacer ningún ruido, se acercó a la puerta, agudizó el oído y esperó con suma curiosidad la conversación de su madre.

—Jacinto, podríamos celebrar que tu infarto ha tenido un final feliz.

...

—¿Cómo?

...

—¿Un retrato? ¿A mí? Pero ¿es que también pintas?

...

—No serás tan mal pintor como dices si eligieron tu cuadro para la portada de esa exposición. ¿Pintores naïf?, ¡qué interesante!

...

—No seas tan modesto, será un honor hacer de modelo. Ahora, eso sí, no me vayas a pintar todas las arrugas que tengo.

Teresa oyó reír a su madre y luego cómo replicaba coqueta a la respuesta desconocida de su interlocutor.

—Jacinto, como sigas diciéndome esas cosas, acabaré enamorándome de ti.



La joven permaneció en estado catatónico en la silla de la cocina hasta que su cerebro recibió un chorro de sangre fresca e hizo que sus neuronas volvieran a funcionar.

—Bueno, pues a cuidarte, que te quedan dos días para salir del hospital y, a partir de entonces, el verano es nuestro. Quiero que vengas a cenar algún día a mi casa para que conozcas a mi hija... Bueno, pensándolo mejor esperemos un poco, no vaya a ser que nos agüe la fiesta.

«¿Y por qué iba yo a...?», se preguntó ella indignada.

—Es tan esnob que si se entera de que entre el fontanero y yo ha nacido algo más que una amistad, va a sufrir un infarto más fuerte que el tuyo.

Como a Orlando se le olvidó llevar una bolsa vacía para meter los billetes extraídos en los cajeros, tanto él como Alejandro tuvieron que quitarse las camisetas, hacer con ellas un burdo saco e introducir el dinero dentro. No todos los billetes eran de cincuenta euros; los había de veinte, de diez y de cinco, lo que hizo que ocupasen más espacio de lo esperado y que su manejo fuera más complicado de lo que en un principio pensaron.

María colocó mil euros en los pies de cada buda; alejado de las trescientas sesenta estatuillas, en un montón apartado, estaba el dinero de Jade.

Alejandro permanecía con los brazos cruzados a la espera de que la princesa terminase de una maldita vez con el ritual de los budas. Cuando acabó, la santa levantó de forma muy exagerada su pie derecho y luego el izquierdo, para salvar el círculo que formaban las estatuillas en el suelo. Una vez superado el obstáculo, se plantó en el centro y por separado dio las gracias a cada buda. Trescientas sesenta veces repitió la misma frase —«La paz sea contigo y con tu gran generosidad»— y finalizado el ritual, giró su cuerpo unos grados para dar la espalda a Alejandro.

—Podéis recoger vuestro dinero, ya que ni siquiera sois capaz de disimular la ansiedad que os acapara.

—Las monedas hoy en día fluctúan con mucha rapidez y tardabas tanto que temía que en este tiempo el euro bajara y el dirham subiera.

A Orlando se le escapó una pequeña risita, y a la santa no se le escapó nada, porque no entendió la gracia del chiste.

Mientras Alejandro recogía su dinero, María se aproximó al montón de los cuarenta y cuatro mil euros y los metió en una bolsa de plástico que luego ató a la cintura de su falda. Giró su cuerpo hacia la terraza y dijo:

—El primero de los milagros está a punto de consumarse.

Le bastaron tres saltos para subirse a la barandilla de la terraza. La princesa adquirió la posición de una trapecista china en perfecto equilibrio y, ayudada de un gran impulso, se colgó del balcón del 5° D. Orlando creyó que la santa se iba a matar, pero se tranquilizó al ver que trepaba sin dificultad hasta llegar al piso de arriba. Luego saltó de balcón en balcón y se detuvo en la terraza de Jade.

Alejandro y Orlando salieron corriendo del apartamento y subieron por la escalera hasta llegar a la puerta H, que estaba abierta. La imagen con la que se encontraron recordaba a la típica estampilla que venden en los tenderetes de Lourdes, Fátima o Menjgujori: Jade, arrodillada en el suelo, besaba los pies de María al tiempo que una leve brisa ondeaba el traje de la santa, que, aun algo sucio por los avatares del día, consiguió mantener la misma dignidad que tuvo ante los estudiantes. En el altar, junto a la Virgen de la Almudena, reposaba un fajo de billetes con cuarenta y cuatro mil euros.

La santa permanecía rígida con las manos en forma de rezo y la cabeza inclinada hacia un lado para mirar con compasión y amor a esta mujer desesperada.

—Aquí tenéis el dinero que salvará a vuestra hija del tormento —decía con solemnidad a Jade, que permanecía arrodillada—. A la Virgen deberéis alabar cumpliendo con vuestra promesa. Desterrar para siempre los naipes y la ruleta.

Al escuchar estas sabias palabras, Jade dejó de besarle los pies para mirarla con devoción y humildad.

—Gracias... Todavía no sé cómo se llama usted, pero nunca olvidaré su doble milagro. Salvar a mi hija y darme la oportunidad de limpiar mi alma.

—¿Estáis convencida de vuestras palabras?

—Lo estoy. ¿Cómo he de llamarla?

—Llamadme Santa Locura.

—Santa Locura, aquí tiene a su más leal esclava.

Con delicadeza, María extendió la mano hacia Jade, ésta la besó y se levantó sin soltársela mientras Orlando y Alejandro permanecían en silencio, respetando ese bello momento entre la prostituta y la santa.

Desde la terraza de Jade, envueltas en una capa sucia y gris de monóxido de carbono, podían verse las siluetas de los nuevos rascacielos de Madrid. Al lado de estos gigantes de hormigón y cristal, las torres Kio parecían dos enanos inclinados.

No corría una gota de aire, el sol mostraba su poderío calentando con intensidad y sin descanso el asfalto de la ciudad. A pesar del calor, María observaba el vuelo de los pájaros entre los árboles cercanos al edificio. Por mucho que se fijaba en ellos, no conseguía ver la más mínima se-

ñal que indicara un cambio en su comportamiento; y aquello le preocupaba.

La noche anterior, Jade había cedido su habitación a la princesa y ella se había ido a dormir al cuarto de su hija: la cama de Lorena resultaba un poco pequeña para el frondoso volumen de su cuerpo, pero aceptó de buen grado los pequeños inconvenientes que ocasiona tener una santa en casa. También se había esmerado muchísimo en la preparación del desayuno: huevos hervidos, zumo de zanahoria y apio, una manzana cortada en trocitos pequeños, rociada con el jugo de media naranja y un poco de canela. Todo servido en la vajilla de porcelana china que heredó de su madre y llevaba en su familia tres generaciones; había sido lo único que se negó a vender. La santa agradeció el succulento desayuno a excepción de los huevos, que rechazó de forma educada con esta frase: «Estimada amiga, sé que vuestras intenciones son nobles al ofrecerme estos huevos, pero no puedo aceptarlos ya que las aves y yo compartimos una misión. No sería, pues, justo de nuestra parte el deleitarnos comiéndonos a sus fetos.»

Jade no estaba cansada, aunque había pasado casi toda la noche arreglando uno de sus mejores vestidos. Tenía la obligación de vestir a la santa como se merecía y el cansancio no entraba en sus planes: una santa requería ropa apropiada a su linaje, y no era tarea fácil el vestirla, sobre todo si había que adaptarse a la moda de hace setecientos años, incluyendo el peinado. Con esmero y paciencia, Jade terminó de colocar la última orquilla en el pelo de la santa. El estropicio que se hizo al cortarse la coleta en la universidad no había resultado fácil de arreglar y se había visto obligada a emplear extensiones de pelo para elaborar un precioso moño.

—Ya sé que está lista para salir en busca de la señal, pero antes nos hace falta repasar su vestuario y comprar lo necesario para que su santidad... —María la interrumpió alzando su mano.

—Antes de todo, saldemos vuestras cuentas. Es el primero de los pasos necesarios. Una vez que estéis libre de toda carga, podréis dedicaros sin ningún tipo de distracciones al cumplimiento de nuestra misión.

—Como ordene, pero después nos vamos a comprar ropa, que una descendiente de Buda y la mismísima Virgen no puede ir hecha un adefesio.

Sonó el timbre, María se miró en un espejo de mano, se chupó un dedo y se lo pasó por las cejas.

—Abrid presto; será Alejandro que viene a despedirse.

Con un petate de soldado al hombro y su ya muy sucia camiseta de AFGAN AIR FORCE, el primer discípulo entró con algo de tristeza y muchos remordimientos. Se acercó a la santa y ante ella inclinó la cabeza.

—Alteza, siempre serás mi princesa. —No le salieron más palabras, tan sólo un fuerte abrazo y un gran beso en la boca. María y su ex discípulo disfrutaron aquel momento de amor desenfrenado para los rígidos cánones de una santa.

—No continuéis por este camino. Aunque es mucho el placer que siento al rozar mis labios contra los vuestros y poder degustar el sabor de vuestra lengua, tengo la necesidad de poner freno a nuestra pasión. Una santa no peca, ya que si lo hiciera, dejaría de serlo. —Con un pequeño empujoncito apartó el cuerpo de Alejandro—. Partid presto para poder olvidar las tristezas y pesares que nos conmueven. En nuestra memoria tan sólo deben quedar los buenos momentos que hemos pasado juntos.

Alejandro sonrió y se acercó a Jade para plantarle un

beso paternal en la frente. Habían pasado largas horas de la noche juntos mientras la discípula cosía. Orlando estaba demasiado ocupado con el AK47 y no hacía ni caso a sus historias de Goa y Afganistán, así que a los treinta minutos de mirar la pantalla del monitor y no recibir reacción alguna por parte de su interlocutor, decidió cambiar de escenario y subió en busca de alguien dispuesto a escuchar sus aventuras. Jade fue la elegida, y entre puntada y puntada escuchó lo que Alejandro tenía que contarle.

—En tus manos encomiendo su espíritu —le dijo él.

—¿En manos de quién encomiendas el tuyo?

—En el de la santa. Hay que reconocer que sus milagros son de efecto inmediato.

—Por lo que se ve, en ti no tan inmediato. Mucha vida intensa en la India y en el extranjero, mucha historia, pero no eres capaz de reconocer a una santa cuando la tienes delante de tus narices. Anda, dame un abrazo y que tengas mucha suerte en Marruecos.

Los pechos de Jade se aplastaron contra el tórax de Alejandro, le dio un sonoro beso en la mejilla y le apretujó como si fuera un niño.

—Bueno, basta de despedidas —protestó Alejandro con lágrimas en los ojos—. Me marchó. Ah... casi se me olvida. Orlando está dormido, estuvo toda la noche con el AK47. Ya lo maneja como si lo hubiese diseñado él mismo. Me pidió que lo despertéis cuando volváis de las compras. Además, me dijo que te entregara esto. —Extrajo de su bolsillo un montón de billetes arrugados—. Toma, para las compras.

—No es necesario, tengo el dinero de mis dos últimos trabajos.

—Cógelo, así en vez de llevarla al Corte Inglés, la llevas a Armani o a Chanel.

—Adonde usted mande. —Jade aceptó los billetes arrugados y los colocó en el altar junto a la Virgen.

—Bueno, ahora sí que me marchó, el tren sale en dos horas y como lo pierda no llego al ferry de Tánger de esta tarde.

María le acompañó hasta la puerta agarrándole de la mano.

—La próxima vez que escuches el canto de un gallo regresarás a mi lado, aunque tan sólo sea porque me echas de menos.

Alejandro no pudo resistir la necesidad de besarla de nuevo y lo hizo con pasión y amor. La santa se dejó querer y Jade, en aquella ocasión, se vio obligada a intervenir para separarlos.





Sor Guillermina rezaba a Dios nuestro Señor arrodillada junto a la cama de María cuando la doctora entró repentinamente en la habitación interrumpiendo su rezo.

—Doctora, ¿qué vamos a hacer? —preguntó mientras se incorporaba hasta ponerse en pie—. No puede ocultar al doctor Dueñas todo lo que ha pasado; no por más tiempo.

Hacía menos de veinticuatro horas que Teresa del Valle había desarrollado un nuevo tic: se mordía sin cesar las uñas y los pellejos que las bordean. Retiró la mano de sus dientes y rompió a llorar. Al verlo, sor Guillermina la guió hasta los pies de la cama y la invitó a tomar asiento mientras la doctora se cubría la cara con las manos. Después de varios sollozos recuperó las fuerzas necesarias para poder hablar.

—Si no sabemos nada de ellos esta noche, mando un mail al doctor.

—En el sanatorio no hablan de otra cosa, incluidos los pacientes. ¿Cómo sabe que no se le escapará algo a alguien? —añadió la monja con un tono de preocupación.

—Que el doctor Dueñas lo sepa no va a cambiar el hecho de que los encontremos con más o menos facilidad.

—Pero por lo menos no podrán responsabilizarnos de haber ocultado los hechos.

—Si conseguimos localizarlos antes de que causen otro destrozo... y al doctor se le comunica cuando todo haya pasado... Bueno, con un poco de suerte...

—No es usted la única responsable. Cuando se entere la hermana superiora me va a mandar a Afganistán a cuidar talibanes. No puedo seguir callada como si nada hubiera pasado.

—Deme un poco de tiempo, se lo ruego. Hablaré con el sargento Peña y le pediré que, si viene al caso, certifique que nos aconsejó llevar el asunto con la mayor discreción posible durante las primeras cuarenta y ocho horas.

—No va a colar, doctora, no va a colar.

—Deje al sargento de mi cuenta. Hoy por hoy, soy su jefa y le ordeno que no diga nada a nadie hasta que yo se lo comunique.

Sor Guillermina suspiró e hizo un ademán para salir de la habitación, pero se detuvo y con su dedo golpeó el brazo de la doctora.

—Se nos olvida una cosa.

—¿Qué?

—Mi móvil.

Las dos mujeres se miraron, luego la doctora cogió su teléfono y marcó el número de sor Guillermina.

Junkie Eddy estaba furioso. No era sólo por el puñetazo que le había dado Alejandro, ni tampoco porque le rompió la nariz, sino porque al ir al banco para sacar dine-

ro y hacer frente a la factura del médico, se encontró con su cuenta bancaria en números rojos.

—El muy cabrón me ha robado la chequera y me ha dejado tieso. Al hijo de puta cuando le pille lo rajo.

Red Hair hizo un amago de barrer el suelo, pero al oír a su novio se detuvo.

—Yo que tú me preocuparía más de lo que pueda pensar el Escopeta. Como no te crea lo vas a tener muy jodido.

—Calla y no me estreses más.

En este preciso momento sonó un móvil. Los dos comprobaron que no era el suyo y buscaron con la mirada el lugar de donde provenía el sonido. En una esquina, tapado por un trozo de cartón, encontraron medio roto y polvoriento el teléfono de sor Guillermina.

—Sí —contestó Junkie.

—Buenos días, soy la dueña del teléfono por el que está hablando, me lo robaron ayer. Si usted fuera tan amable...

Junkie Eddy interrumpió a sor Guillermina.

—Estoy en la calle, en una parada de autobús. Acabo de encontrar su teléfono, señora. ¿Qué quiere que haga?

—¿Dónde está?

—En la esquina de Villanueva con Velázquez, tengo una reunión en el hotel Wellington. Se lo dejo en recepción en un sobre. Habitación 186.

—Muchas gracias, salgo ahora mismo.

—De nada.

Junkie colgó malhumorado.

—¡Que se joda la mamona!

—Déjame llamar a mi hermana a Brasil —le pidió Red Hair extendiendo su mano.

—Primero voy a arreglar lo del Escopeta, luego llamaré a Body Rose a Goa y luego, si te portas bien, llama a quien te salga de las narices.

—No tardes, que la del teléfono debe de haber salido para recogerlo y cuando vea que no está seguro que lo cancela.

Junkie marcó el número del Escopeta. Sonó un par de veces y alguien contestó.

—Diga.

—Escopeta, soy Junkie.

—¿Cómo te va, güey?

—Fatal, un tío de Goa se ha llevado el cargamento de los santos espíritus.

—¡No me chingues!

—Sé quién es, tienes que ayudarme a encontrar a ese malnacido.

—No mames, cabrón.

—No mamo. Si don Habanero quiere los espíritus, ésta va a ser la única forma de...

—Aguas con el patrón, mano. Al jefe no le gusta recibir malas noticias.

—Es lo que hay.

—Lo que voy a hacer es intentar convencer al jefe de encontrar a ese hijo de su madre, siempre y cuando lo que recuperemos sea para nosotros; la mercancía completita. ¿Entiendes lo que te digo, compadre?

—Lo entiendo, sólo quiero tres mil euros para cubrir gastos.

—Parece que no entiendes, ¿o qué?

—Por lo menos los gastos.

—Todita la mercancía para don Habanero. Y con éstas me despido, compadre, tengo cosas pendientes que arreglar antes de ver al jefe.

Al escuchar cómo el Escopeta colgaba el teléfono, Junkie Eddy estampó el móvil contra la pared. Red Hair se levantó de la hamaca.

—¿Eres idiota? ¿Qué pasa con la llamada que tenía que hacer a Brasil?

Junkie no contestó y salió de su laboratorio dando un fuerte portazo. Red Hair sacó la tarjeta entre los restos del móvil de sor Guillermina, sopló ligeramente sobre ella para apartar el polvo y la colocó en su móvil. Milagrosamente funcionaba, así que no perdió más tiempo y marcó el número de su hermana en Brasil.



El vestido de algodón y seda que arregló Jade había dado sus frutos: María estaba esplendorosa, aunque no se sabía muy bien de qué iba vestida. Podría describirse como una mezcla entre Blancanieves y Betty Boop. Por desgracia, los zapatos eran los mismos que utilizó el día anterior y, machacados después de tanto ajetreo, deslucían el conjunto.

A pesar de haber sido la santa quien insistió en zanjar sin paliativos ni demoras la deuda de su discípula, casi llegaron tarde al restaurante chino de la calle Clavel, lugar elegido por el Escopeta para recaudar los cuarenta y cuatro mil euros. Antes de salir de su casa, Jade intentó convencerla de que no era una buena idea llevar el buda, pero María se empeñó en que las lágrimas de los dioses son curativas para todos, incluidos los malos. Estaba convencida de que si conseguía verter el contenido de media estatua en el vaso del Escopeta, éste vería a Dios y se convertiría en un hombre bueno.

Una vez en la puerta del chino, Jade llenó sus pulmones de aire, para luego expulsarlo poco a poco por la boca.

—Primero pasa usted y pide una Coca-Cola en la ba-



rra. Espera sentada hasta que yo termine de entregar el dinero. Seguro que el Escopeta se va a levantar para ir al baño a contar los billetes. Entonces, y sólo entonces, es el momento de meter las lágrimas en el vaso de este malnacido. ¿Está claro?

—Como los arroyos de la montaña.

—Bueno, pues adelante y suerte.

María, de reojo, buscó dónde podía estar sentado el Escopeta. Tan sólo había dos mesas ocupadas por hombres sin compañía. Uno de ellos, el que se hallaba sentado junto a la cristalera que daba a la calle, tenía pinta de turista: estudiaba un plano en el que venían marcados los museos de Madrid. El otro se encontraba al fondo, bebía cerveza en una esquina junto a la puerta de los aseos: cara llena de cicatrices, traje de chaqueta con las solapas muy anchas, camisa naranja desabrochada hasta el tórax y zapatos de charol blanco. De su cuello colgaban unas cuantas cadenas de oro con algunas monedas. El hombre daba pequeños sorbos a su cerveza y comprobaba la hora cada diez segundos. Tan sólo levantó la vista de su muñeca para mirar a María un momento, aunque ésta no le provocó interés alguno y regresó a concentrarse en su reloj.

La princesa se sentó en uno de los taburetes de la barra, y cuando la camarera se acercó a ella para preguntarle qué quería beber, respondió:

—Una Coca-Cola con muchas burbujas, poco hielo y un limón.

La puerta del local se abrió y Jade entró con tranquilidad y por una vez sin miedo. El Escopeta movió ligeramente la mano indicándole que se aproximase mientras señalaba con un dedo su reloj.

—No se me antoja estar esperando para recaudar, masasita.

—Perdón, te pido mil disculpas. El radio-taxi no encontraba mi casa y llegó unos minutos tarde.

—Tranquila, güera. Dejaremos la enojada para otro día siempre y cuando traigas la lana.

—¿Puedo sentarme?

—No faltaba más, adelante.

Jade movió una de las sillas y se acomodó frente al Escopeta.

—Bueno, ya estás sentada, ¿traes la lana?

—Sí.

—¿Todita?

—Todita.

—Órale pues.

—Con este pago, mi cuenta queda saldada y te olvidas para siempre de mi hija.

—Si lo que me entregas suma cuarenta y cuatro mil euros, vas a tener la buena suerte de no volverme a ver.

—También mi hija va a tener esa suerte, ¿verdad?

—Púchale, dame la lana de una vez y luego te cuento.

Jade sacó de su bolso un sobre con el dinero. Mientras lo hacía, el Escopeta dio un sorbo a su cerveza, luego depositó el vaso sobre la mesa y estiró su mano para recoger el sobre. Lo abrió mirando de reojo el contenido, lo cerró nuevamente y se levantó.

—Disculpa, pero tengo que cerciorarme de que todo está en regla. No te muevas hasta que regrese.

—Está todo el dinero, así que lo cuentas donde yo pueda verlo, no quiero que de repente...

—No te fías, ¿eh?

—No.

El Escopeta dudó durante unos segundos y fue a decir algo, pero en ese momento sonó su móvil.

—Chinga, el jefe.

María representaba su papel a la perfección: no demostró tener ningún interés por lo que ocurría en la mesa de Jade, ocupada como estaba dando la lata a una de las camareras chinas: le contaba cómo los trapeceistas de su país le enseñaron prácticamente a volar hacia más de setecientos años, hasta que la dueña del restaurante llamó a su empleada y ésta, sin esperar a que la princesa terminase su historia, se marchó dejándola con la palabra en la boca.

El Escopeta estaba muy ocupado respondiendo a las preguntas de don Habanero.

—Sí, jefe, parece que cumplió, pero tengo que comprobarlo. Me acaba de entregar la lana.

—Pues apúrate y si todo está en orden que se marche. Llego al restaurante en diez minutos. Hay cambio de planes.

—Aquí le espero.

Don Habanero casi siempre colgaba sin despedirse. Una vez, el Escopeta le llamó de vuelta creyendo que la comunicación se había cortado: «Pendejo —le dijo el patrón—. ¿Todavía no sabes cuándo he terminado de hablar?», y acto seguido colgó el teléfono. En esta ocasión y en vista de que don Habanero iba a llegar en unos minutos, decidió guardar el móvil y ponerse a trabajar.

—Vamos al baño. Si está todo en orden, desapareces, que llega el jefe y para todos es mejor que no te vea.

El Escopeta cedió el paso a la dama, se metieron en el aseo de caballeros y cerraron la puerta. En cuanto desaparecieron, María dejó un billete de cinco euros sobre la barra y abrió un tapón escondido en el pie del buda para dirigirse con los santos espíritus hacia la mesa. Al llegar a ésta, vació la estatuilla en la cerveza del Escopeta. Algunos de los santos espíritus quedaron flotando en la espuma, lo que obligó a la santa a removerla con el dedo para

que el sicario se la bebiese sin ningún tipo de problemas. Después se escondió en el baño de señoras y esperó a que Jade terminara de pagar su deuda.

—Cuando necesites lana, ya sabes dónde buscarnos. Ha sido un placer hacer *bussines* contigo. —El Escopeta guardó el dinero en el bolsillo de su americana y le dio a Jade una palmadita en la cara.

Ésta lo miró con desprecio y sin decir nada se dio la vuelta y salió del restaurante. María aún esperó unos minutos antes de salir del baño y cuando al fin lo hizo, al pasar junto al Escopeta miró de reojo su cerveza.

—Todo en orden, jefe, la puta entregó la lana. Pero hay un problema con el gringo. Le han chingado los santos espíritus.

Aquello fue lo último que escuchó María antes de aligerar el paso y salir del local. En la esquina de la calle Clavel, Jade la esperaba con lágrimas en los ojos.

—Santidad, es hora de ir de compras. —No dijo nada más; las palabras sobraban ante un milagro como el que acababa de ocurrir.

Don Habanero había vuelto a dejar al Escopeta con la palabra en la boca. Le había colgado y no le quedaba más remedio que dar un par de sorbos a su cerveza para matar el aburrimiento mientras esperaba a su jefe.

—No mames —pensó en alto antes de coger el móvil y llamar a Junkie Eddy—. No aparezcas por el restaurante, viene el jefe y como te vea... Bueno, ya sabes, cuando anda enojado puede pasar cualquier cosa.

—¿Se lo has dicho?

—Está a puntito de llegar, chíngale, está en la puerta. Luego platicamos.

Don Habanero llevaba clavel en la solapa y puro en la boca e iba acompañado por su inseparable chihuahua *Teotihuacán*. Al verlo, la camarera que había atendido a María se acercó a él.

—No poder metel pelo.

Don Habanero la empujó y siguió andando mientras la dueña del restaurante se acercaba a la joven, le decía algo al oído y la chica se retiraba con cara de susto hacia la cocina.

El Escopeta esperaba a su jefe en pie junto a la silla. Tan sólo había dado un par de sorbos a la cerveza y, sin saber muy bien por qué, comenzaba a notar un ligero cosquilleo en la cabeza, una sensación agradable pero extraña.

Don Habanero se acomodó frente a él.

—¿Qué hubo? —Era la forma que tenía el capo de saludar cuando estaba de buen humor.

El Escopeta le entregó el sobre con los casi cincuenta mil euros.

—¿Está todito? —preguntó el jefe después de expulsar una bocanada de humo.

—Sí.

Don Habanero guardó el sobre en el bolsillo interior de su americana y dio otra gran calada al puro.

—Quiero que te marches a Ibiza, están esperando la nueva mercancía. Ocúpate de que todo vaya como a mí me gusta.

—Jefe, hay un problema...

—No me lo cuentes ahora. En cuatro días te vas a Ibiza y me dices cómo va el negocio.

—Pero jefe, al pinche gringo...

—Haz lo que sea necesario para estar en Ibiza con la mercancía. Tengo un asunto urgente que resolver en Ceuta.

—Jefe, el gringo... —insiste el Escopeta.

Don Habanero dio un puñetazo sobre la mesa.

—Ocúpate de *Teotihuacán*, en un par de horas lo llevas a la oficina que ahorita no hay nadie. —Don Habanero acercó su nariz a la boca del perro para recibir un lametazo—. Te voy a extrañar, enano. —El jefe se levantó dejando al animal sobre la mesa, que ladró un par de veces mientras movía la cola—. Todo tuyo. —El chihuahua intentó seguir a su dueño—. ¿Estás pendejo o qué? Sujétalo, ¿o acaso crees que se va a quedar contigo?

—Perdón, jefe —dijo el Escopeta reteniendo a *Teotihuacán* por su collar de cuero y perlas.

Puesto en pie, el Escopeta esperó a que el jefe saliese del local y el chihuahua aprovechó el momento para meter el hocico en el vaso y beber cerveza.

—Pinche perro, no metas el morro en mi chelita.

El mexicano maldijo al chucho mientras le daba una sonora toba entre las orejas. Antes de que *Teotihuacán* acabase con su cerveza, decidió terminársela en tres tragos. Luego agarró el móvil e intentó llamar a Junkie Eddy. Por algún motivo extraño, tenía cierta dificultad a la hora de distinguir los números...

—Chinga tu madre —gritó a *Teotihuacán*, que había comenzado a aullar como si fuese un lobo con voz de pito.



La doctora Del Valle esperaba en una sala del cuartelillo junto a otras diez personas, frente a un tablero con fotos de los individuos más buscados por la justicia. La mayoría eran miembros de ETA o de algún grupo mafioso sudamericano, ruso, turco o gallego. El agente Jacobo entró en la habitación y añadió al tablero una lista con los nombres y las fotos de niñas y niños desaparecidos, aunque desde su asiento, la doctora no lograba ver de qué se trataba. Temiéndose lo peor, se incorporó para comprobar si había colocado las fotos de María y Alejandro. No estaban, lo que dio a la doctora cierta tranquilidad. Para su desgracia, esa momentánea calma no duró demasiado.

El agente Jacobo la había reconocido y ahora sus ojos de ratón y sus enormes orejas apuntaban hacia ella como si fuese un sabueso. El guardia civil tenía la cara redonda, una boca pequeña y la barbilla en forma de pera, y con su talla podría tener buen tipo de no ser por los michelines de su cintura. Al verle, la doctora pensó que estaba viendo una especie de espantapájaros con el uniforme de la benemérita.

—Señora, ¿viene para lo de los locos que se le escaparon?



Las miradas de los que aguardaban en la sala se clavaron en ella.

—Vengo a hablar con el sargento Peña —respondió mientras se acercaba al agente. Cuando llegó junto a él, en voz baja, casi susurrando, le increpó —: ¿Necesita un micrófono para que se entere toda la comisaría?

—¿Le está esperando el sargento? —volvió a preguntar en un tono de voz elevado.

—¿Por qué cree que he venido, agente? —respondió ella un tanto irritada.

—¿Para hablar del caso de los locos?

—Es usted un lince, me recuerda a Sherlock Holmes.

Por suerte para la doctora, en ese instante entró el sargento Peña con varias carpetas en la mano.

—Doctora, ¿lleva mucho tiempo esperando? Nadie me ha dicho que estaba aquí.

—Ahora mismo iba a avisarle —intervino el agente Jacobo.

—Acompáñeme, por favor.

Teresa le siguió por un largo pasillo, subieron unas escaleras y entraron en su despacho.

—Póngase cómoda —dijo el sargento mientras archivaba las carpetas que llevaba consigo. La doctora cruzó la pierna y buscó en su bolso el número de teléfono de sor Guillermina.

—Entre los nervios y la tensión se nos olvidó decirle algo importante.

—¿Dígame?

—Antes de golpear a sor Guillermina y huir, los dos pacientes le quitaron su móvil. —Entregó al sargento el número del teléfono escrito en un papel—. Hace unas tres horas llamamos para ver si alguien contestaba.

—¿Y?

—Alguien contestó diciendo que acababa de encontrar el móvil en una parada de autobús. Que nos lo iba a dejar en la recepción de un hotel. Sor Guillermina fue a buscarlo pero nada de nada. Todavía no lo hemos dado de baja por si puede serle útil para detectar llamadas.

—Más despacio, más despacio. ¿Quién contestó? Supongo que no fueron los prófugos.

—No. La voz nos era desconocida.

El sargento pensó durante unos segundos.

—¿Era una voz masculina o femenina?

—Masculina, con acento anglosajón. Me atrevería a decir que americano.

—¿Alguno de sus pacientes recibía visitas en el hospital?

—Estoy segura de que no, pero tendría que comprobarlo.

—Hágalo. ¿Tienen algún tipo de control para las visitas?

—¿A qué se refiere?

—¿Alguien apunta su DNI?, ¿tienen cámaras de seguridad?, ¿pueden recibir visitas de cualquier persona o sólo de familiares?

—Tenemos cámaras de seguridad en la entrada, los patios y algunas zonas específicas, aunque no creo que sean de gran ayuda. De todas formas, voy a ver si encuentro algo que pueda sernos útil.

—Adelante, mientras tanto voy a comprobar si se han realizado llamadas desde el teléfono de sor Guillermina. Le avisaré cuando tengamos algo.

—Gracias, sargento. —La doctora se dispuso a levantarse pero se detuvo—. Tengo que pedirle un favor.

—¿Un favor personal? —preguntó el sargento rascándose una oreja.

—La verdad es que mi carrera está al borde de un precipicio. No me he atrevido a comunicar aún la fuga a mis jefes. Están de vacaciones y he preferido esperar cuarenta y ocho horas... por si...

—Entiendo, los jefes están de vacaciones y no se las quiere estropear.

—Si no sabemos nada de María y Alejandro, esta misma noche se lo digo.

—¿Qué pasa con la monja y el chófer? ¿Los tiene de su parte?

—Sor Guillermina entiende la situación en la que me encuentro, y el chófer está subcontratado. No pertenece al personal del hospital. Por ahora, es él el responsable del accidente al ir a más velocidad de la permitida.

—Y mientras usted no presione, él va a estar muy calladito.

—Por favor, sargento... —La doctora intentó no llorar, pero no pudo contenerse, sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¿Qué quiere pedirme? —preguntó él en un tono más conciliador.

—Lo más probable es que me despidan por haber tardado tanto en comunicarles la fuga de mis dos pacientes. Si usted me diese una coartada en la que...

—Lo siento, doctora, pero va a ser que no.

Teresa inhaló aire por la nariz.

—Se lo ruego, sargento, deme un respiro, una oportunidad para salvar mi carrera.

Aquella misma frase la había utilizado el sargento cuando aún no era más que un guardia civil recién salido de la academia: unos ladrones se escaparon bajo su custodia y el que entonces era su jefe se compadeció y le concedió cuarenta y ocho horas para localizar a los fugados.

Por suerte, consiguió detenerlos y la anécdota quedó sellada entre los dos hombres.

—Me está poniendo en un compromiso.

La doctora continuaba llorando a lágrima viva.

—No se lo pediría si no fuese la última carta que me queda.

El sargento dudó, el llanto de la mujer era más fuerte que él y decidió echarle una mano.

—Voy a ayudarla, pero tiene que decir que el número de teléfono de sor Guillermina me lo entregó ayer, justo después del accidente. De esta forma podría argumentar que creí tener una buena pista y, en fin... ya veremos.

Por primera vez desde la fuga de sus pacientes, Teresa del Valle logró arrancar una sonrisa a sus preciosos labios.



Pasearon por las mejores tiendas del barrio de Salamanca. A la princesa lo que más le interesó fueron unos vestidos de Pronovias y se compró cinco, todos ellos muy diferentes en el corte y en las telas. Su favorito resultó ser uno blanco con el velo rosa y por mucho que Jade insistió en que lo reservase para una ocasión especial, no lo consiguió. Una vez abonado, María se metió en el cambiador y no hubo manera de quitárselo.

Las dependientas de Armani, Loewe, Prada y Carolina Herrera pusieron todo su empeño en venderle algo más casual y menos llamativo, pero fue inútil: se llevó algunos bolsos, pañuelos y dos trajes de noche para consolar y no ofender a Jade, ya que insistía mucho en que la santa cambiara algo de *look*.

Un taxi llevaba con las dos toda la mañana. De ese modo pudieron llevar consigo las pesadas y elegantes bolsas sin tener que cargar con ellas y, para no tener líos con el taxista, bastó que Jade le entregara cien euros a cuenta.

—Esto es como tener un chófer —comentó la discípula al depositar en el maletero las cajas de zapatos recién comprados.

Se habían gastado casi todo el dinero que tenían; no habían comprado baratijas, precisamente. Jade miró su reloj y comprobó que eran casi las dos de la tarde. Muchas de las tiendas se disponían a cerrar y a ellas les pareció una buena idea ir a comer algo a los chiringuitos del Retiro.

—Va a ver qué bien estamos bajo la sombra de un árbol, saboreando un granizado de limón y unas buenas raciones de calamares y jamón —añadió Jade, cansada de tanto trajín.

El taxi las esperaba en la esquina de Núñez de Balboa con Alcalá. María quería cruzar por mitad de la calle: había visto unas palomas sobrevolar el parque y quería saludarlas; además, estaba impaciente por conocer a los patos del estanque. Para poder cruzar sin que las atropellaran, en vez de lanzarse por medio de la calle como pretendía la santa, caminaron unos metros hasta el paso de peatones que había un poco más arriba, justo enfrente de una tienda de animales, y por casualidad, mientras esperaban a que el hombrecillo del semáforo se pusiese en verde, la princesa se dio media vuelta para ver un cartel ante sus ojos: PAJARERÍA INGLESA.

María entró en la tienda sin pensárselo dos veces: loros, periquitos, canarios, jilgueros y un largo etcétera de especies enjauladas se exponían para su venta como si fueran lechugas o tomates. Rebosaban los pájaros tristeza y mucho dolor, todos y cada uno de ellos suplicaban a la santa que abriese las puertas de sus jaulas para alcanzar su añorada libertad, aunque la princesa sólo tenía ojos para uno: en medio de la tienda, un loro se agarraba con las patas a los barrotes de la jaula; el pájaro más triste que jamás contemplaron sus ojos. El animal abrió el pico para decir tan sólo una palabra:

—Hashisha.

—¿Qué demonios ha dicho? —preguntó Jade al com-

probar que el animal había provocado un cambio en el semblante de la santa. Ésta se estremeció de pena y tristeza al ver a su antiguo loro encerrado en aquella cárcel.

—*Hashisha, Hashisha.* —María abrió la puerta de la jaula, metió su mano y el loro trepó por el brazo hasta posarse en su cabeza junto a la corona de las patatas fritas.

—Santidad, es mejor que nos marchemos, recuerde que es una fugitiva y no conviene llamar demasiado la atención.

—Mujer de poca fe, este animal es la reencarnación de un loro que tuve de pequeña.

—Señora, los animales no se pueden tocar —interrumpió la dependienta, una joven a la que se le notaba falta de la experiencia requerida para enfrentarse a situaciones como aquella.

La princesa se dirigió hacia ella con el loro sobre su cabeza.

—No permito que mantengáis a estos animales por más tiempo en este espantoso presidio.

Jade se interpuso entre la chica y María.

—Por favor, santidad, meta al loro en la jaula, mañana volvemos con más dinero, compramos todos los pájaros y los dejamos en libertad.

—O mete ahora mismo el loro en la jaula o llamo a la policía —insistió la dependienta muy nerviosa.

—Llamad a quien os plazca, porque no sólo no voy a meter a *Hashisha* en su jaula, sino que voy a liberar a todos los presos aquí reclusos.

Y dicho esto, María abrió las puertas de todas las jaulas a la velocidad del sonido. Jade se quedó paralizada ante el milagro que estaba viviendo, mientras que la dependienta corría al mostrador para marcar el número de la policía.

Las jaulas que colgaban del techo no supusieron un obs-



táculo para María. Una persona de estatura normal sólo habría podido alcanzarlas subida a una escalera, pero a la santa le bastó con dar un pequeño salto para llegar hasta ellas y era capaz de mantenerse flotando el tiempo necesario para estirar la mano, abrir la puerta y decir estas palabras:

—Pájaros del firmamento, Santa Locura ha venido a liberaros.

Una vez terminado el discurso, se dejó caer al suelo para repetir la misma operación con la siguiente jaula.

La discípula se arrodilló, extendió los brazos y rezó con toda su alma.

—Dios todopoderoso, vuestros caminos son muy misteriosos, demasiado para ser comprendidos por una pobre mujer. Si tus deseos son...

—¡No es éste momento de rezos! Abrid de inmediato la puerta de la tienda —ordenó entre salto y salto la princesa.

Jade salió de su pequeño éxtasis y obedeció sin contemplaciones. Los pájaros recién liberados volaron hacia el Retiro, algunos se posaron en los árboles; otros, totalmente despistados, se dispersaron entre la polución del cielo madrileño. La dependienta no consiguió marcar el número de la policía: tan fuerte fue la impresión causada por lo acontecido, que no aguantó el estrés y se desplomó junto a la caja registradora. Aprovechando que no había más pájaros que liberar y que la jovencita estaba fuera de combate, Jade agarró a María de la mano y ambas salieron apresuradas de la tienda.

El taxi sorteaba sin mucha dificultad las semidesiertas calles de Madrid. Para ir hacia la casa de Jade, el taxista había decidido salir de la ciudad por la Cuesta de San Vicente. Al girar en plaza de España, un hombre con la cara

repleta de cicatrices, camisa naranja empapada de sudor y zapatos de charol blanco llenos de polvo perseguía a un perro chihuahua. Ni uno ni otro respetaron el turno de los peatones para cruzar la calle y el taxista se vio obligado a dar un frenazo para no matarlos. Ni siquiera miraron el coche, continuaron corriendo calle abajo sin importarles nada más que su acalorada persecución. Tanto el hombre como el perro tenían los ojos desorbitados; el animal aullaba como si fuese un lobo afónico, mientras que el hombre gritaba con fuerza y contundencia.

—¡Teotihuacán! ¡Teotihuacán!

—Hay que joderse, casi me cargo al loco ese —dijo el taxista aún con el susto en el cuerpo.

—Jade, ¿no os parece que el hidalgo Escopeta anda algo estresado? —Las dos mujeres se miraron y soltaron una sonora carcajada. Al taxista, el humor negro de sus dos clientas no le hizo la menor gracia: «Casi me cargo a un tío y estas dos descojonadas de la risa», pensó el hombre mientras aceleraba sin importarle el alto coste del gasoil en estos días.

El portal de la calle Sierra Morena 32 estaba vacío de vehículos y de gente, y pudieron aparcar y descargar con tranquilidad las bolsas y paquetes de la compra mañanera. Mientras Jade y el taxista sacaban el último bulto que quedaba en el maletero, María vio cómo una vieja mendiga empujaba su carrito en la acera de enfrente, acompañada por un séquito de palomas y gorriones que revoloteaban a su alrededor. Parecía dirigirse hacia una plaza, a unos trescientos metros del lugar donde se encontraban. Era la única plaza de la zona en la que había árboles de tamaño considerable, setos, algo de césped, una fuente y, cómo no, ¡pájaros!

«Ya son demasiadas las casualidades. Primero, la reen-

carnación de mi loro *Hashisha*, y ahora aparece ante mis ojos nada más y nada menos que la Sin Nombre.» La princesa llevaba más de setecientos años sin verla aunque lo recordaba como si hubiese sido ayer mismo: fue el día que Midi murió bajo la gran puerta de Jasailmer, y la misma mañana en que la Sin Nombre se despidió de ella con estas palabras: «Es tiempo de buscar otra plaza.» Olvidándose de Jade, las compras y el taxista, María salió en busca de su antigua compañera de infortunios.

La siguió en silencio, dando pasos cortos y muy rápidos. Algún que otro paseante se quedaba perplejo al ver cómo aquella extraña señora, con las manos en posición de rezo y vestida de novia, levitaba sobre el suelo.

Mientras, Jade sacaba de su bolso un billete de cincuenta euros y se lo entregaba al taxista.

—Muchas gracias, no hace falta —dijo cuando el hombre se dispuso a darle la vuelta—, es su propina. Vamos, santidad, que la compra pesa —afirmó al recoger una bolsa del suelo—. ¡Santidad, santidad! ¿Ha visto por dónde se ha ido mi compañera?

—No.

Sin decir nada más, el taxista se metió en el coche y arrancó apresurado, no fuera a ser que la gordita le pidiese ayuda para buscar a la del traje de novia.

En la plaza tan sólo había una pareja besándose en uno de los bancos. La Sin Nombre aparcó su carrito cerca de una papelería y sacó de ella dos barras de pan envueltas en una bolsa de plástico. Con delicadeza, colocó las barras encima, luego dobló la bolsa y se la guardó en un bolsillo. Antes de cerrar la cremallera del carrito, extrajo una segunda bolsa que tiró a la papelería.

Al otro lado de la plaza, María la observaba con cautela, encantada con la reencarnación de la mendiga. Esperaba intrigada a que efectuase el siguiente movimiento y, ante su sorpresa, la anciana se dirigió hacia ella.

—Buenas tardes —dijo en tono arisco la Sin Nombre.

—La paz sea con vos —respondió la santa con voz angelical.

—Este banco es mío. Aquí doy siempre de comer a las palomas y gorriones. En el mismo sitio en el que usted está sentada. ¿Me lo cede?

María se incorporó llena de entusiasmo. La Sin Nombre estaba algo más expresiva que hacía setecientos años bajo la puerta de Jasailmer.

—Me recordáis a alguien... ¿Puedo sentarme y observaros mientras dais de comer a las aves? —preguntó la princesa dando saltitos de alegría.

—Siempre y cuando no sea en mi sitio...

La anciana se sentó, y a su lado, muy contenta, María. La mendiga sacó del carrito una bolsa de plástico que abrió meticulosamente. De ella extrajo una bolitas de pan del mismo tamaño, idénticas a las de Jasailmer, y arrojó un puñado al suelo. Al poco tiempo aparecieron varias palomas y empezaron a picotear las bolitas; una de ellas era un precioso palomo que se posó en la mano de María ignorando la comida. La Sin Nombre levantó las cejas muy sorprendida ante la actitud del pájaro.

—Éste es *Fernando*, es la primera vez que saluda a alguien que no sea yo. Nunca lo hace y mucho menos durante la comida. ¿Quién eres?

—Alguien que espera una señal, y al parecer *Fernando* quiere recordármelo.

—Claro, es un palomo mensajero —respondió la anciana manteniendo las cejas levantadas. La sirena de una

ambulancia enmudeció al otro lado de la plaza. María se puso en pie y *Fernando* alzó el vuelo perdiéndose entre los edificios.

—Excusad mi pronta marcha, alguien tiene necesidad de mis auxilios. Gracias por vuestra hospitalidad. Nos vemos mañana a las doce.

María juntó las manos en forma de rezo y a pasitos rápidos y cortos se dirigió hacia la ambulancia. Los paramédicos atendían apresuradamente a un señor tumbado sobre los escalones de una tienda; había sufrido un derrame cerebral y no las tenía todas consigo. Un pequeño corrillo de curiosos comentaba lo acontecido. Entre ellos se hallaba Tío Pepe, el mendigo viejo y borracho del vecindario.

—Don Antonio, aguante usted que el mes que viene se jubila. Todos estos años pagando impuestos, trabajando, ¿pa qué?, ¿pal fisco? Hay que joderse, hay que joderse.

Don Antonio luchaba por su vida y los paramédicos empezaban a tener controlada la situación cuando apareció María repartiendo bendiciones al estilo papal. Don Antonio la miró; nunca habría pensado que los ángeles fuesen tan humanos y mucho menos que se vistiesen de novia pero no había duda: Dios había venido en su busca. El pobrecillo comenzó a tener espasmos, dio un último suspiro y falleció, así que a los paramédicos sólo les quedó meterle en la ambulancia y llevárselo de allí. El corrillo de curiosos se disolvió dejando solos a Tío Pepe y la santa.

—Hay que joderse, hay que joderse. Toda su vida trabajando, pagando sus impuestos y se muere antes de jubilarse. —El anciano levantó una botella de aguardiente—. Por usted, don Antonio.

—Gentil hombre, ¿conocíais al difunto? —preguntó ella, intentando consolar a alguien que había perdido a un amigo.

—Siempre me daba algo pa la botella, era un buen hombre. Ahora no sé, me temo que va a ser un verano muy seco —balbuceó Tío Pepe con resignación y mucha tristeza.

—¿No son todos los veranos secos por estas tierras? —se extrañó la princesa.

—No todos, no todos. Aunque sin don Antonio... o hay un milagro o mucho me temo que éste va a ser un verano muy pero que muy seco.

Tío Pepe dio la media vuelta y se dirigió cantando hacia su casa: una especie de madriguera metida en un seto del jardín de la plaza. Al llegar a su hogar, se arrodilló y desapareció por el agujero que hacía las veces de puerta. Desde el interior de su madriguera seguía canturreando un viejo corrido:

*Con dinero o sin dinero,  
hago siempre lo que quiero  
y mi palabra es la ley.  
No tengo trono ni reina,  
ni a nadie que me comprenda,  
pero sigo siendo el rey.  
Una piedra en el camino  
me enseñó que mi destino  
era rodar y rodar...*

El calor de las tres de la tarde era insoportable y, al cargar con tanta bolsa, Jade apenas tenía aliento para hablar.

—Al oír una sirena pensé que le había pasado algo. ¡Qué susto más grande!

—Calmaos, hay ocasiones en las que preciso estar sola. Mañana a las doce hemos de traer a este mismo lugar unos budas y varios fajos de euros.

—¿Para qué quiere el dinero?

—Para dos personas. La primera una anciana a la que llamaremos la Sin Nombre: ella y sus compañeras, las mendigas de esta ciudad, serán las encargadas de hacer posible el milagro. La segunda es un gentil caballero, deseoso de que este verano no sea demasiado seco.

Las colas en la estación de Atocha eran interminables. Bultos, maletas y personas correteaban de un lado para otro con demasiadas prisas y muchos empujones. Alejandro llevaba más de media hora esperando su turno para comprar un billete y, aunque tenía pocas posibilidades de encontrar plaza en el tren, aún mantenía la esperanza de coger el próximo AVE a Málaga.

La estación se hallaba bajo un alto control policial. Se habían escapado varios etarras, coincidía con la salida del verano y todas las precauciones eran pocas para los encargados de mantener el orden. Por ese motivo el discípulo había decidido mirar al suelo, en un intento de pasar lo más desapercibido posible: de todos modos, ahora que María no estaba junto él dando el cante, le resultaba mucho más fácil hacerse casi invisible. Tampoco pensaba dar conversación a nadie, ni siquiera a la pareja de viejos *hippies* que tenía delante, por mucho que le apeteciese pedirles algo de hierba. Lo que el prófugo desconocía era que la policía de la estación contaba con un nuevo sistema informático adquirido tras los atentados del 11M, era capaz de identificar una cara que estuviese en cualquiera de sus archivos.



Alguien protestó cinco o seis metros delante de él.

—Señora, la cola la hacemos todos. —Una mujer cincuenta intentaba colarse provocando las quejas de la gente y Alejandro no pudo resistirse a levantar la mirada.

En el cuarto de vigilancia, uno de los monitores dio el aviso: sospechoso en la cola de la taquilla número cinco. A los pocos segundos, en la pantalla del ordenador apareció la cara de Alejandro acompañada de una orden de busca y captura, así que el policía de servicio avisó a sus compañeros.

—Sospechoso en la taquilla número cinco. Hombre de unos sesenta años con el pelo largo, lleva un petate de soldado, una camiseta sucia y vaqueros. Puede ser peligroso. Se ha escapado de un manicomio.

—Recibido —se escuchó por el altavoz de la radio.

En los monitores del cuarto de seguridad se vio cómo cuatro personas —dos mujeres y dos hombres vestidos de paisano— se acercaban apresurados hacia la taquilla número cinco. Se hallaban en otra planta de la estación y tuvieron que subir a pie, porque las escaleras mecánicas iban abarrotadas de pasajeros y coger el ascensor era misión imposible. Moverse en estas condiciones no resultaba sencillo: uno de ellos se acababa de chocar con una anciana de noventa años y la había tirado al suelo.

Alejandro tenía muy claro que no debía llamar la atención y decidió bajar de nuevo la mirada. Para entretenerse se fijó en los zapatos y los pies de las transeúntes. «¡Qué prácticos son algunos tacones para pasar hachís!», se dijo. Aquellos gratos pensamientos se vieron interrumpidos por los gritos de dos niños gemelos que correteaban delante de la pareja de *hippies*; sus padres los habían vestido con una camiseta que llevaba impreso el logo de Le Cock Sportive. Los chiquillos jugaban a perseguirse: cuando uno de ellos

conseguía dar al otro en la espalda, éste debía imitar a un animal.

—¡Queréis parar de molestar! —ordenó la madre. Fue entonces cuando Alejandro se fijó en el logo de la camiseta: ¡un gallo! Ignorando las órdenes de su madre, uno de los gemelos logró dar un manotazo a su hermano.

—¡Gallo! —ordenó orgulloso. El hermano cumplió con su deuda e imitó al animal por tres veces. A Alejandro aquella situación le recordó las palabras de María: «La próxima vez que escuches el canto de un gallo regresarás a mi lado, aunque tan sólo sea porque me echas de menos.»

«¿Es esto un aviso de la santa?» Hasta para él resultaba muy difícil seguir creyendo única y exclusivamente en casualidades. Primero la paloma que se estampó contra el cristal de la furgoneta; luego el disco de Orlando; después Jade; y ahora aquel niño con el canto del gallo. «¡Qué carajo, que espere Marruecos a que los pájaros friqueen! Yo me vuelvo con la loca», se dijo a la vez que agarraba su petate y se marchaba hacia la salida de la estación.

Aún no había recorrido ni veinte metros cuando escuchó ruido y gritos a su espalda. Dos policías sujetaban al *hippy* que estaba delante de él en la cola.

—Identifíquese —ordenó una de las mujeres policía.

—¿Qué ocurrir? —preguntó el hombre con acento extranjero.

—Identifíquese —repitió la agente en tono más autoritario y esta vez mostrándole su placa.

Alejandro no perdió el tiempo y se fundió entre los numerosos pasajeros de la estación. Tuvo mucha suerte: había varios taxis en la parada, se montó en el primero y salió de Atocha con tranquilidad y sin prisas gracias a que la policía andaba algo despistada en la cola de la taquilla.

¿Cómo iba a dudar más de María? Aunque pareciera increíble, tenía cualidades sobrenaturales. Desde la ventanilla del taxi vio una hermosa iglesia.

—Pare, que quiero ir a misa.

El interior del templo se encontraba prácticamente vacío, tan sólo un par de ancianas rezaban el rosario, mientras Alejandro buscaba a Cristo en algún lugar recogido. Una de las capillitas laterales custodiaba un cuadro de Jesús crucificado; a sus pies lloraban María Magdalena y la Virgen. Alejandro se arrodilló frente al Salvador y le dedicó esta poesía:

*Gurú sin flores, Amor entre espinas.  
Tres veces caes, las mismas que Pedro no supo aceptarte.  
¿Dónde están los de las bodas de Caná?  
¿Dónde están los que curaste?  
¿Dónde están los de los panes y los peces?  
Estamos esperando el canto del gallo.  
Sabemos lo que hacemos. Perdónanos, Señor.*

El teléfono repicó en casa de las Del Valle. Doña Margarita estaba congelando el pescado que al día siguiente iba a cocinar para su amigo Jacinto.

—Dígame —contestó sujetando el teléfono con las puntas de los dedos para no mancharlo.

—Soy Jacinto.

—¡Qué sorpresa!, ahora mismo estaba pensando en ti. Justo iba a meter la merluza de nuestra cena en el congelador. Sales mañana, ¿no? —preguntó dando a la frase un aire optimista.

—No, no salgo mañana.

—¿Qué ha pasado?

—Pues que ya me han dado el alta. Si quiero, me puedo marchar ahora mismo.

—No se te vaya a ocurrir hacerlo solo. En tres cuartos de hora paso a buscarte.

—Con que vengas mañana tengo más que suficiente.

—No digas tonterías. Alguien tendrá que arreglar tu casa, hacerte la cama, la compra y todas esas cosas que hacemos las mujeres.

—No hace falta. Antes de marcharse de vacaciones, la

portera vino y limpió todo. Me hizo una pequeña compra. No quiero que te molestes.

—Jacinto, escúchame bien. No tengo nada mejor que hacer. Te recojo, vamos a tu casa, te preparo la merluza... Ni siquiera la he metido en el congelador.

—¿Seguro que no es una molestia?

—Es un placer. Además, tengo muchas ganas de ver tus cuadros.

—Bueno, pues aquí te espero —respondió don Jacinto encantado.

—Ahora, eso sí, con una condición. Te vas derecho a la cama y me dejas a mí el trabajo de la casa.

—Eres más dura que las enfermeras del hospital.

—¿Conoces el refrán de perro ladrador poco mordedor?

—Sí.

—Pues ésa soy yo. Nos vemos en un rato.

Doña Margarita nunca se dio tanta prisa en arreglarse: se maquilló, peinó, probó varios vestidos y cinco pares de zapatos en tan sólo quince minutos. También el trayecto desde la clínica a la casa de don Jacinto fue muy rápido y en poco más de media hora entraron en su piso.

El fontanero llevaba más de cuarenta años viviendo en aquel apartamento, comprado un mes antes de su boda. En aquellos tiempos, el barrio de Lavapiés era otra cosa: se podía pasear tranquilo por la noche, en las tiendas te fiaban si el dinero no te llegaba a fin de mes, los vecinos te hacían favores cuando lo necesitabas, los niños jugaban en la calle sin la necesidad de vigilancia paterna... Se trataba de uno de los barrios con más solera de Madrid, uno seguro y tranquilo que a nadie dejaba indiferente. Ahora todo había cambiado: los niños te asaltaban, la droga y la prostitución estaban a la vuelta de cada esquina... La inse-

guridad era enorme y aquello había provocado que muchos de los residentes colgaran en sus casas el cartel de SE VENDE.

Nada más entrar en el piso, doña Margarita observó uno de los cuadros: un paisaje con una noria en medio de un campo.

—¡Cómo me gusta! ¿Cuándo lo pintaste?

—No es mío, es de un amigo marroquí. Tengo colgados por todas partes cuadros de otros pintores del barrio.

Ella se fijó en la habitación. Tenía el techo alto y un gran ventanal que daba a la calle y dejaba entrar mucha luz. El suelo era de un baldosín de los años treinta, azul celeste y blanco. No había alfombras, sólo algunos muebles, los indispensables. En una de las esquinas se acumulaban lienzos, botes de pintura, pinceles, botellas de aguarrás y trapos sucios, todo muy bien organizado en una estantería de madera. Cerca del ventanal estaba el caballete y a su lado una pequeña mesa de plástico repleta de pinceles, lápices, gomas de borrar y varias paletas de pintura.

Era la primera vez que doña Margarita entraba en el estudio de un pintor. Casi había metido la pata con el cuadro de la noria y no tenía ninguna gana de decir algo, para no fastidiarla más. Se creó un silencio y don Jacinto tomó la iniciativa de romper el hielo.

—Esta habitación la decoró mi mujer. Cuando murió, regalé a mi hijo casi todos los muebles y me quedé con lo básico. Se limpia mucho mejor.

—Está precioso. Enséñame cuáles son tus cuadros —respondió doña Margarita observándolo todo.

—Antes voy a meter la merluza en la nevera, que hace calor y no queremos que se estropee. —Se alejó con el pescado y una sonrisa hacia la cocina, mientras doña Margarita abría las ventanas para dejar pasar aire fresco.

La curiosidad de mujer no la dejaba tranquila; se moría de ganas por saber cuáles eran los cuadros de Jacinto, porque algunos de los que había colgados no le gustaron nada. «¡Qué espanto! Anda que como sea uno de éstos... no sé dónde voy a colgar mi retrato», meditaba algo preocupada. Sin embargo, algunos otros le producían una sensación de añoranza, de inocencia, en particular uno de ellos. En un primer plano se veían unas hermosas tartas y algunos dulces desde el interior de una pastelería; el escaparate tenía un gran cristal con el nombre de la tienda dibujado en él y al otro lado dos niños miraban nostálgicos y golosos los pasteles que no podían comprarse.

—Ése es uno de mis mejores cuadros. Fue el de la portada del catálogo. ¿Te gusta? —preguntó don Jacinto algo inseguro. Ella le dedicó una gran sonrisa.

—Me encanta. Es el mejor de todos.

Se acercó la dama al pintor para besarle coquetamente en los labios.

«Las mujeres de hoy en día van derechitas al grano, con o sin infarto», pensó don Jacinto, dispuesto a jugarse su salud por doña Margarita.

Tampoco aquél había sido un buen día para la doctora Del Valle. Su clase en la facultad estaba tocada de muerte y a los diez minutos del comienzo, estudiantes de otros cursos, oyentes deseosos de no perderse lo que podían aprender con ella, se levantaron y se marcharon al no contar con la presencia de lo más importante: los locos. El resto de los alumnos, al poco tiempo de escuchar a su profesora, comenzaron a distraerse, a bostezar, a tomar apuntes con pocas ganas y sin ningún interés.

«¡Qué cerca estuve de lograr mi meta para este verano!» Era un hecho que la clase con María y Alejandro había cautivado a media facultad. Incluso se le habían acercado otros profesores en los pasillos y en la cafetería para felicitarle por su genial idea. Con tan sólo unas clases había conseguido lo que muchos facultativos no lograban en toda su carrera: entusiasmar a los estudiantes, hacer que aprendieran participando de la clase además de divertirse. Pero por desgracia para ella, todo eso no había sido más que un espejismo, algo que pudo ser y no fue. Prefirió no pensar en la negativa repercusión que la fuga de sus pacientes tendría en su futuro profesional. El 2 de sep-



tiembre, cualquiera de sus jefes en la facultad la pondría de patitas en la calle; su relación profesional con el doctor Dueñas estaba sentenciada a muerte; su proyecto de Enfermos Psíquicos Sin Fronteras, enterrado. Sería afortunada si la contrataban de telefonista en el hospital. Tantos años estudiando y trabajando y, de repente, sin más, en un chasquido, todo se iba a la basura...

Al salir del aula, Teresa encendió su móvil para comprobar si tenía alguna llamada perdida o algún mensaje y había tres: dos de su madre, a los que no pensaba contestar, y uno del sargento Peña:

Alejandro visto solo en estación Atocha. Logró huir. Información llamadas de teléfono robado. Venga cuartelillo cuando pueda. Cintas seguridad estación.

El sargento Peña observaba una y otra vez la grabación en Atocha: las imágenes del niño cantando con la mirada de Alejandro clavada en su camiseta. Había impreso un par de fotogramas y los había aumentado de tamaño para ver qué demonios llamaba tanto la atención del loco.

—Le Cock Sportive —leyó en voz alta con pésimo acento francés.

Desde la puerta de la oficina, con acento de antigua alumna del liceo, Teresa del Valle repitió:

—Le Cock Sportive.

—Qué bien pronuncia usted —contestó el sargento sin levantar los ojos del monitor.

Con la mano le indicó que se acercase y pasaron mucho tiempo estudiando las grabaciones de la estación. Vieron una y otra vez cada plano, cada imagen captada por las cámaras. Con gran meticulosidad, buscaron a María entre la

multitud de pasajeros. Ni rastro de ella. Al fin, el sargento detuvo el dvd y giró su silla para mirar a la doctora.

—¿Por qué se marcha Alejandro justo antes de que aparezca la policía? ¿Qué ha pasado aquí? ¿Qué ve en el niño que le llama tanto la atención? ¿Cómo se enteró de que íbamos a por él? ¿Quién y cómo le ha avisado?

—Lo único que se me ocurre es el gallo que tiene el niño pintado en su camiseta —respondió la doctora.

—¿Qué tiene que ver el gallo? —preguntó el sargento.

—Si se fija bien, el niño imita a un animal justo antes de que Alejandro se marche de la fila. —La doctora pulsó el Play, esperó unos segundos y volvió a detenerlo en el momento en que uno de los gemelos imitó a un gallo—. ¿Lo ve?, parece un gallo, mire cómo mueve los codos, cómo estira el cuello y por la posición de la boca parece que dice *kikirikí*.

—¿Y eso qué significa?

—Significar no significa nada, pero... Mire, mire, a Alejandro no le interesa la cara del niño, solamente el gallo. ¿Lo ve, sargento?

—Sí, lo veo, lo veo. La loca está obsesionada con los pájaros. El niño imita a un gallo... el loco piensa en ella justo unos segundos antes de que lo fueran a detener y se escapa. Muy interesante, pero seguimos igual que al principio.

La doctora puso cara de circunstancia y el sargento Peña se rascó la perilla de mosquetero.

—Esto requiere más personal. Aunque con la operación salida, la fuga de los etarras y los problemas diarios, mucho me temo que somos usted, yo y el lumbreras del agente Jacobo.

—El *Dream Team* —apuntó ella riendo por no llorar.

—No está tan mal. Los hay peores, se lo garantizo.

—El sargento buscó un papel en su mesa—. ¿Dónde lo he

puesto, maldita sea? —Levantó una carpeta y encontró lo que buscaba—. Aquí está. Son las llamadas que se han hecho hasta la fecha con el móvil que robaron a la monja. Una es a Brasil, concretamente a Río. Estamos pidiendo datos a la policía brasileña sobre el teléfono en cuestión. La otra es a un número que pertenece a un muerto.

—¿Qué?

—Generalmente, los camellos y las mafias utilizan durante una corta temporada el teléfono de alguien a quien han matado, así controlan las llamadas que recibe por si las moscas. Luego se deshacen de él y punto.

—¿Se sabe algo sobre el antiguo dueño del número?

—Ya le he dicho: que está muerto.

—¿Cómo murió?

—Le pegaron una paliza. Le rompieron los codos y las rodillas a martillazos. Luego le mataron.

—¿Quién lo hizo?

—Hay un famoso prestamista, un narco, un delincuente, lo que usted quiera. El angelito es un tal Habanero Rodríguez, conocido por hacer a sus morosos este tipo de cosas. Un tipo muy peligroso.

—¿Por qué no le detienen? —añadió la doctora sintiéndose partícipe en la investigación.

—No tenemos pruebas, no son más que sospechas y... bueno, tenemos la declaración de una víctima, a la que tiraron la semana pasada a un basurero dándola por muerta. Alguien la encontró con vida, la llevó a un hospital y nos llamaron. El hombre vivió lo suficiente para contarnos quién fue.

—¿Quién? —preguntó la doctora temiéndose lo peor.

—Se le conoce como el Escopeta. Es uno de los sicarios de don Habanero Rodríguez, el intocable mafioso.

—Bueno, por lo menos tenemos una pista.

—Como usted dice, doctora, tenemos una pista.

Al sol le quedaban un par de horas antes de acostarse. Como de costumbre, se escondería tras la sierra de Guadarrama para dar paso a la noche madrileña.

Alejandro se bajó del taxi a las ocho de la tarde y corrió hacia la plaza de su nuevo vecindario. Sólo había tres personas: María, Jade y Orlando. La santa se había cambiado de traje porque el que llevaba quedó muy arrugado al entrar y salir tantas veces del taxi. Ahora lucía un vestido de seda color hueso repleto de bordados y perlas falsas.

Los tres mojaban migas de pan en el líquido de uno de los budas. Luego, María se las ofrecía a los pájaros. Las palomas realizaban subidas y bajadas como si fuesen halcones; los gorriones hacían piruetas, persecuciones y vuellos rasantes a toda velocidad entre coches, árboles y algún que otro peatón desconcertado.

—¡Alejandro! —La santa arrojó las migas rebozadas en ácido al suelo, giró sobre sus talones y corrió hacia él con los brazos abiertos—. Se ha cumplido la parábola del discípulo pródigo.

—No me cuentes más parábolas, que hoy he visto por lo menos catorce. Incluida la del gallo.

—¿Lo veis, Alejandro? —dijo la santa dando una pirueta en el aire.

—Lo que veo es un montón de pájaros en ácido.

Orlando le dio una palmada en el brazo.

—Acompáñame a la ruta de los cajeros, que estas dos en sólo una mañana se han pulido todo el dinero.

—Eso, que su alteza necesita descansar. —Jade le agarró de la mano y tiró de ella—. Ya me ha oído, santidad, a casa que mañana hay mucho trabajo.

Aquellas sabias palabras no convencieron a María. A la princesa, en ese momento, sólo le interesaban el cielo y los pájaros.

—Mirad cómo bailan.

—Santidad, también ellos necesitan descansar por mucha cosa rara que se les dé.

—¿Qué van a hacer mañana los pájaros para que necesiten descanso? —preguntó el recién llegado temiéndose lo peor.

—El Señor ha puesto una vez más ante mí a la Sin Nombre. Con la ayuda de Orlando y sus dineros, no tengo la menor de las dudas de que nos buscará al personal adecuado para llevar a buen término nuestra misión.

—¿Ésa quién es? —preguntó intrigado. «A este paso la loca va a conseguir tener a sus doce discípulos en dos días. ¡Para qué habré vuelto!», pensó Alejandro. María hizo un amago de explicar quién era la Sin Nombre pero no la dejó terminar—. Mejor no me lo cuentes, prefiero no enterarme. —Buscó a Orlando con la mirada, le dio una palmadita en la espalda y apremió—: Vamos a esa ruta de los cajeros, no sea que me arrepienta de haber vuelto. Cuéntame cosas divertidas. ¿A quién hemos dejado tieso?

—Al resto de los vecinos, a sus jefes y al hijo perra de la pizzería.

El agente Jacobo tenía un hermano que era coronel de la Guardia Civil; era el listo de la familia y el mayor de los tres hijos varones. Gracias a él, habían podido hacer un seguimiento de las llamadas efectuadas desde el teléfono de sor Guillermina y los resultados habían sido excelentes: consiguieron localizar el lugar donde se encontraba el móvil de la monja. Las múltiples llamadas realizadas en las últimas horas habían dado tiempo más que suficiente al satélite de la policía para cumplir su misión. Varias de las llamadas habían sido efectuadas a Goa, en la India. Aquella conexión con Alejandro había permitido que a aquellas horas tuviesen en su poder una orden del juez de guardia autorizando el registro de la extraña chabola que ahora vigilaban.

El sargento Peña había tenido que aguantar desde las seis de la mañana las insistentes y estúpidas ideas del agente Jacobo sobre cómo actuar. La ayuda de su hermano el coronel había resultado valiosa para el caso, y aquello le hacía sentirse con un cierto derecho a opinar.

—Mi sargento, ya que gracias a mi hermano hemos conseguido la orden judicial, ¿por qué no actuamos? Espero no haberle molestado para nada.

Al hombre le estaban poniendo de los nervios las muchas veces que su subordinado repetía, viniese o no a cuento: «Gracias a mi hermano hemos podido hacer tal y tal cosa. Espero no haberle molestado para nada...» Si se lo decía una vez más, lo estrangularía. A decir verdad, si don Habanero estaba involucrado, el caso iba a ser mucho más importante de lo que era hacía tan sólo un día.

El sargento había estudiado a fondo el historial delictivo de Alejandro: su paso por cárceles en la India, Estados Unidos, España, Afganistán y México, siempre por tráfico de hachís —exceptuando México, que fue por marihuana—. Aquél era un factor importante para pensar que tal vez hubiera una relación entre él y el capo.

—¿No actuamos, mi sargento? —preguntó el agente Jacobo por vigésima vez.

Aquella mañana había recogido en su domicilio al sargento a las cinco y media. Tuvo la suficiente lucidez de venir a buscarle en su coche particular, un Seat muy viejo aunque bien cuidado; pero lo que no se le ocurrió fue ir sin uniforme. «¿No cree usted que ir vestido de color olivada una ligera pista de quiénes somos? Sólo le falta el tricorno», había dicho el sargento nada más verle. Sin tiempo que perder, tuvo que prestarle ropa de su propio armario, pero como el sargento era más bajo que el agente Jacobo, la ropa le estaba muy ajustada: ahora la camiseta le marcaba todos los michelines y le apretaba debajo de las axilas; y el pantalón era otra historia: castigaba sin piedad los genitales del guardia civil.

—Pues para estar metidos en el coche podía haber dejado que por lo menos me pusiera el pantalón del uniforme —protestó el agente Jacobo mientras estiraba como podía el trozo de tela que estrujaba sus partes privadas.

—Le he dicho que no. No sabemos lo que puede pa-

sar. —El sargento se calló, apagó la radio del coche y cuando el silencio se adueñó del interior del vehículo, retomó la palabra—: Esto es una orden, escúcheme bien porque es la única vez que voy a explicárselo y no me vuelva a preguntar por qué no actuamos. Tenemos suficientes datos para sospechar que Alejandro y los ocupantes de esta chabola tienen relación con don Habanero. Hay que esperar a ver quién entra y quién sale. Si alguien se marcha, le seguimos. ¿Me comprende?

A la media hora, un Audi se detuvo frente a la chabola de Junkie Eddy y dos tipos con pinta de matones se bajaron del coche, mientras un tercero esperaba al volante sin apagar el motor. Los dos matones llamaron a la puerta con educación y esperaron a que alguien contestase. El sargento aprovechó la ocasión para estrenar la nueva cámara digital del cuartelillo: consiguió ver las caras de estos tres individuos sin ningún tipo de problemas gracias al nuevo zoom. Los gorilas volvieron a llamar, esta vez con la palma de la mano abierta y golpeando con más contundencia. Funcionó: la puerta se abrió y salió Junkie Eddy. Al momento los matones le rodearon y le indicaron que entrara en el vehículo. Cuando las puertas del Audi se cerraron, el coche giró ciento ochenta grados y se marchó por donde había venido.

Los guardias civiles lo siguieron hasta un chalet de color rosa oscuro y blanco en la Colonia de El Viso, típico de finales de los años cincuenta. El perímetro del chalet estaba rodeado por un muro alto con una puerta blindada en la entrada y, a derecha e izquierda, dos cámaras de seguridad. Junkie y los matones esperaron unos segundos, la puerta se abrió, entraron y ésta se cerró de nuevo mientras el sargento comprobaba en la pantalla de su nueva cámara digital cómo habían salido las fotos que acababa de sacar.



—Averigüe todo sobre la matrícula del Audi y a nombre de quién está la casa. Rápido.

El agente Jacobo no perdió un instante: se colocó el walkie en la boca y dijo:

—Necesitamos información sobre el número 8 de la calle Fray Juan Gil y...

En el interior, una secretaria con muchas curvas, minifalda y una blusa generosa en escote pasó un teléfono inalámbrico a Junkie Eddy.

—El jefe quiere hablarte; venga, rápido que es conferencia.

Junkie cogió el teléfono y preguntó con voz temblorosa:

—¿Don Habanero?

—No utilices ese nombre por teléfono, ¿estás pendiente o qué?

—Perdone usted —contestó en tono sumiso.

—¿Qué carajo pasa con los santos espíritus y con el Escopeta?

—¿Qué le pasa al Escopeta?

—Que ha desaparecido con mi perro. ¿Sabes dónde están?

—Lo siento, pero no tengo ni idea.

—Está bien, ¿qué hay de lo otro?

—Me lo ha robado mi antiguo socio.

—¿Dónde encuentro a tu antiguo socio?

—No sé.

—Tú no sabes mucho. No sabes nada de nada.

—Lo siento.

—Calla y no interrumpas. Dime algo.

—He llamado a mis contactos de Goa. Sé que a Ale-

jandro, se llama Alejandro, lo internaron en un loquero cerca de Madrid.

—¿Y?

—Ha debido de escaparse.

—¿Cómo pudo encontrarte? —renegó don Habanero a punto de perder la paciencia.

—A través de sus contactos en Goa.

—¿Sabes que eres un imbécil?

—Sí. —Junkie intentó controlar sus ganas de orinar. El miedo le estaba jugando una mala pasada y le faltaba poco para hacerse pis encima.

—¿Estaba solo? —gruñó el capo.

—No, le acompañaba una mujer. Yo no pude verla, pero mi novia sí y dice que tiene unos treinta y cinco años, que es guapa y atlética.

—¿Eso es todo? —Don Habanero dio un puñetazo sobre algo.

—Habla como los antiguos y va vestida de una forma muy rara, con una corona en la cabeza. Debe de ser una loca que se ha escapado con Alejandro.

—No estará tan loca. ¿Tú irías con una loca a robar budas de plástico?

—No.

—En cambio, sí que tienes un socio que ha logrado escaparse de un manicomio y te ha robado los budas. ¿Tú eres idiota?

—Sí. —Junkie se meó. Los dos gorilas rieron y la secretaria sacó una bayeta de un armario y se la tendió para que limpiara lo que había ensuciado.

—Quiero hablar con Benjamín; que se ponga. —De esta forma tan amable, don Habanero finalizó la conversación con el americano.

—Dígame, jefe. Benjamín al habla.

—Encuentra a *Teotihuacán* y a ese tal Alejandro. En un par de horas llego a Madrid. Manda a Luis al aeropuerto. En cuanto tengamos la fórmula, el gringo, su socio y la de la corona se van a la chingadera.

—Entendido, jefe.

Hacía cuatro horas, el sargento recibió una llamada del cuartelillo. Le confirmaban que la casa y el Audi de la Colonia de El Viso pertenecían a una sociedad londinense, una posible tapadera de don Habanero.

Quince minutos más tarde quien llamó fue el hermano del agente Jacobo: el coronel tenía mucho interés en ponerse las medallas del caso y había decidido tomar las riendas de aquella operación.

Otro cuarto de hora después de aquello, una furgoneta con un logotipo de Viveros Sánchez aparcó junto al coche del sargento. Siguiendo las órdenes del coronel, éste entró por la puerta trasera de la furgoneta. El interior del vehículo parecía la cabina de un avión de guerra: estaba repleto de ordenadores, radares y modernos aparatos de espionaje. Cuatro policías de una brigada especializada en inteligencia y narcotráfico, hasta ahora desconocida para el sargento, eran los responsables del caso Habanero.

El sargento Peña descargó en un ordenador las fotos que había sacado durante el día. El capitán de la brigada secreta las abrió y las miró durante unos minutos.

—Ya tenemos la información que necesitamos. Ha hecho un buen trabajo, gracias. —El capitán le dio la mano y le indicó la puerta trasera de la furgoneta: acababan de arrebatarse al sargento la posibilidad de un ascenso. Como siempre, eran otros los que se llevaban los galo-

nes y las estrellas; la historia de su vida: cada vez que tenía un buen caso, llegaba alguien y se lo quitaba.

También el agente Jacobo estaba muy dolido con su hermano. Se sentía traicionado y utilizado por él. De no ser porque era sangre de su sangre, habría empleado unos calificativos más duros que los dichos frente a su superior.

—Hoy en día no puedes fiarte ni de tu propia familia.

El sargento no le hizo ningún caso, en ese momento estaba concentrado en encontrar algo en su carpeta de documentos.

—Como que me llamo Peña, esta vez no nos joden —dijo de repente.

—Pero si el cabrito de mi hermano nos ha apartado del caso...

—Del caso de don Habanero —respondió levantando el dedo índice y las cejas al mismo tiempo—. Han preguntado muy poco por los locos y no saben que tenemos esto. Olvidé decírselo al capitán.

El sargento le mostró lo que estaba buscando: la orden de registro del laboratorio de Junkie Eddy. Sin ningún tipo de contemplaciones, el agente Jacobo se subió la bragueta, metió la barriga hacia dentro, se abrochó no sin esfuerzo el botón de su pantalón y gritó dentro del coche.

—¡Sargento, vamos a por ellos y que den por culo al coronel!



María había permanecido toda la mañana sentada en la mejor silla de la casa mientras Jade decoraba su cabello con flores y peinetas y luego, para que su piel pareciese de porcelana, le aplicaba una pasta compuesta de pepino, leche de almendras y zanahoria. La santa lucía un bello traje de seda azul y blanca, que, con mucho esfuerzo, la discípula consiguió tener listo a tiempo. María se empeñó en añadirle la cola de otro de sus vestidos, y aquello obligó a Jade a descoser y coser durante varias horas.

En el suelo junto a ellas había dos trozos de papel con un nombre escrito. Cada uno reposaba sobre un buen fajo de billetes. Sobre el montón más grande se podía leer «Sin Nombre»; en el más pequeño, «Tío Pepe».

El resto de los discípulos pasó la mañana en la cocina. Necesitaron más de noventa barras para hacer bolitas de pan exactamente iguales: cantidad necesaria para la misión de hoy, según el criterio de la santa. Finalizada esa tarea, Orlando bautizó las migas con más cantidad de santos espíritus de lo previamente estipulado. En total consumió ciento treinta budas.

—Éste es el último. No hace falta friquear a todos los

pájaros de Madrid para completar el circulito —protestó Alejandro.

—Lo que hace falta para completar el circulito es más dinero.

—¿Algún problema con el crédito? —El discípulo temió que Orlando le fuese a pedir parte de los trescientos sesenta mil euros obtenidos gracias a la venta de los santos espíritus. Y en eso no estaba dispuesto a ceder aunque fuera para tan noble causa. Menos mal que el *hacker* le consoló enseguida.

—No hay ningún problema con el crédito; siempre y cuando pueda quedarme a trabajar con el AK47 mientras estáis en la predicación.

Eran las doce en punto de la mañana y ya estaban en la plaza de la Sin Nombre. La princesa, con las manos en posición de rezo y de puntillas, daba pasitos cortos y rápidos. Su discípula caminaba tras ella, obsesionada con arreglarle la cola del vestido para que se manchase lo menos posible. Alejandro era el último de la fila: andaba en la retaguardia refunfuñando por tener que llevar la carretilla repleta de migas al ácido. Tampoco la santa estaba del todo contenta, porque Orlando había preferido quedarse en su estudio para ocuparse de la financiación del proyecto. No había demostrado ningún interés en el primer día de predicación, y aquello no le hacía ninguna gracia.

La Sin Nombre estaba a punto de empezar a alimentar a sus pájaros, cuando *Fernando*, el palomo que siempre la acompañaba, se posó delicadamente en el dedo de la santa. Una vez más, la mendiga se asombró y decidió escuchar lo que aquella extraña mujer tenía que contar.

—A las cuatro de la tarde nos reuniremos en este ban-

co. Quiero que aceptéis estas nuevas migas que os traigo. Buscad a vuestras compañeras, pedidles que aquí vengan, pues he de encomendarles una misión.

La anciana meditó la propuesta durante cinco largos minutos y en completo silencio; después comprobó si las migas de la carretilla eran iguales a las suyas.

—¿Cómo voy a convencer a las demás para que vengan? Si digo que hay una santa buscándolas, no me van a creer.

Jade se adelantó y le enseñó un fajo de billetes.

—Seguro que esto las convence. Diles que hay mil euros para cada una.

La Sin Nombre agarró dos billetes de cincuenta y se los metió en el escote, luego verificó la posición del sol.

—En una hora abren el comedor de las monjitas del Perpetuo Socorro. ¿Cuántas quieres que vengan?

—Por lo menos cincuenta. Hay que repartir estas migas por toda la ciudad.

María cogió una miga de la carretilla y se la dio a *Fernando*, luego repartió un puñado entre los pájaros que los acompañaban.

—¿De verdad que eres una santa? —preguntó con cierta duda la anciana.

—Se me conoce como Santa Locura.

En ese momento, *Fernando* hizo un doble círculo en el aire y salió disparado como un cohete hacia las nubes. Los gorriones que habían probado las migas fueron tras él en formación militar y la Sin Nombre se quedó con la boca abierta.

—Alabada seas, Santa Locura —dijo arrodillándose y extendiendo los brazos hacia el cielo.

—Es de suma importancia vuestra misión. No me falléis.



La santa se despidió de la mendiga y, caminando de puntillas, fue en busca de Tío Pepe. Jade la seguía sujetando la cola del vestido, había demasiadas porquerías en el suelo y todas las precauciones eran pocas.

—Si a san Pedro le tocó la cruz, a mí me ha tocado la carretilla —se quejaba Alejandro, que caminaba algo más despacio que el resto de la comitiva.

La princesa golpeó una rama del arbusto que hacía de tejado a Tío Pepe y éste salió con pinta de tener una buena resaca. Al asomar la cabeza por el agujero que servía de puerta, recibió un fajo de billetes que sumaban más de catorce mil euros.

—Os garantizo que el verano no va a ser nada seco. —Sin mediar más palabra, la santa se retiró hacia la casa de Jade.

El único minimercado de la zona se encontraba a tres manzanas de la plaza. Tenían un buen surtido de bebidas alcohólicas y Tío Pepe pensó en refrescarse con champán. Luego iría en busca de algunos amigos, contrataría a unas cuantas profesionales del sexo y aquella misma tarde organizaría una gran fiesta en su casa.

Doña Margarita llevó una bandeja con medicinas y un magnífico desayuno a don Jacinto. Con la excusa del infarto, el buen hombre se había dejado querer y había permitido que su querida amiga bajase a la tienda de la esquina a comprar leche y una barra de pan, pero cuando subió la notó extraña, algo pasaba: su amada no era la misma de aquella mañana. El optimismo y alegría que tenía habían desaparecido de sus labios y de su mirada.

—¿Te ocurre algo?

—No, bueno sí... Estoy un poco nerviosa.

—¿Te molestó algo que hice? —Don Jacinto le acarició la mano.

—No, no, todo lo contrario. Es... No sé cómo decirlo.

—Pues diciéndolo.

—Verás, me encanta tu estudio. Pero cuando bajé a comprar la leche, vi cómo robaban el bolso a una señora de mi edad. Nadie hizo nada por ayudarla y eso que la calle estaba llena de gente.

—También yo tengo miedo. Por las noches no salgo nunca. Es una lástima lo que pasa en este barrio.

Doña Margarita se inclinó y le plantó un beso en los labios.

—¿Podrías pintarme en mi casa? Trae tu caballete, el lienzo y todo lo que haga falta...

Don Jacinto dudó un momento, luego se acercó y la besó con pasión y entrega.

—Entonces ¿vienes? —preguntó la dama feliz y contenta.

—Acepto, pero con una condición.

—¿Cuál?

—Vente a la cama y te lo cuento.

—¿Estás seguro de que tu corazoncito podrá aguantarlo?

—No tengo ninguna duda.

Doña Margarita se desnudó quitándose lentamente las prendas, de vez en cuando se detenía y lanzaba a su amado un coqueto beso. Cuando tan sólo le quedaba por quitarse el sujetador y las medias, don Jacinto se lo impidió cogiéndola por el cuello para arrimarla junto a él. El fontanero se arrodilló sobre la cama y comenzó a besarle los pies, pero lamentablemente una llamada los interrumpió.

—Es mi hija, debe de estar muy preocupada.

Las circunstancias no impidieron que don Jacinto continuara lamiendo las plantas y los dedos de los pies de su nuevo amor.

—Hola —contestó doña Margarita con mucha naturalidad, intentando disimular el pequeño pero placentero cosquilleo que le producía la lengua de su amante.

—Mamá, ¿estás bien? —preguntó la doctora angustiada.

—Estoy divinamente.

—Podías haber dejado una nota para que no me preocupase.

—Perdona, no pensé que te fueses a enterar.

—La verdad es que me acabo de dar cuenta. He entrado a tu cuarto para contarte algo que me había pasado... y he visto que tu cama estaba hecha.

—¿Qué te ha pasado? —Doña Margarita retiró el pie de la boca de don Jacinto.

—Nada importante. Además, es largo de explicar. Te lo cuento en otro momento. Por cierto, ¿dónde estás?

Doña Margarita volvió a colocar el pie en la boca de don Jacinto.

—En el estudio de un pintor.



Tuvieron que llamar varias veces para que alguien contestase con un «Idos a la puta mierda». En ese momento, el sargento Peña y el agente Jacobo se esforzaron en derribar la puerta del laboratorio. Al ver cómo entraban los dos policías, Red Hair trató de levantarse de la hamaca, pero estaba tan colocada que apenas pudo moverse.

Al sargento le bastó con una ojeada rápida al interior de la chabola para que crecieran las sospechas en su cabeza. Había visto algunos laboratorios de cocaína y de pastillas, pero ninguno como aquél. «Aquí ha pasado algo», pensó mientras observaba todo medio destrozado. El agente Jacobo buscaba algo ilegal capaz de inculpar a la chica de la hamaca, que continuaba sin poder incorporarse por mucho que lo intentara. No le costó encontrar unas rayas de heroína y algo de crack junto a la pelirroja, y aunque no era mucho, sacó una foto como prueba.

—Sargento, creo que la sospechosa está colocada.

—No me había dado cuenta. Eres un sabueso.

El sargento inspeccionaba todo lo que había a su paso. En una de las esquinas localizó los restos de un móvil, comprobó que no tenía tarjeta de memoria y marcó con

su teléfono el número de sor Guillermina. Esperó unos segundos; junto a Red Hair empezó a repicar una llamada. Peña colgó y el móvil dejó de sonar.

—Bueno, ya tenemos algo para detenerla. Luego venimos a buscar huellas.

Lo primero que hizo el sargento nada más pisar su oficina fue llamar a la doctora Del Valle. Por desgracia, ésta tardó más de una hora en escuchar su buzón de voz. Se encontraba impartiendo una clase en el momento de la llamada y su móvil estaba apagado.

Mientras tanto, a Red Hair le tomaron las huellas dactilares y la fotografiaron. Peña sabía que la detenida tenía antecedentes; la habían pillado dos veces en Algeciras con hachís, y otra vez en Marbella con éxtasis. Fue arrestada y cumplió una condena de dieciocho meses en Alcalá Meco. Por buena conducta, le concedieron primero régimen abierto y después la condicional, siempre y cuando se internase en una clínica de desintoxicación nada más ser puesta en libertad. Según la ficha policial, estuvo tres meses en una casa de rehabilitación para toxicómanos en San Roque, provincia de Cádiz. El director del centro había ratificado aquel hecho hacía apenas media hora. Además, había aportado una prueba importante: una fotografía de la pelirroja junto a otros pacientes el día que le dieron de alta.

Según les contó el director, aquel día fue a buscarla un americano que se incorporó al grupo y se fotografió junto a ellos. Durante los siguientes meses, Red Hair llamó varias veces al centro para hablar con el director y comentarle que estaba mejor, que no había vuelto a consumir y que asistía tres veces por semana a las reuniones de Nar-

cóticos Anónimos. Coincidiendo con la Navidad envió la foto de su salida del centro acompañada de una carta en la que admitía estar sufriendo una fuerte recaída. Fue la última vez que los del centro tuvieron algún tipo de contacto con ella.

—El de la foto es el tipo de la chabola que vinieron a buscar los hombres de don Habanero. —El agente Jacobo estaba en lo cierto.

El sargento comparó las fotos que había sacado aquella mañana con la del grupo de toxicómanos.

—La tenemos, ésta nos cuenta todo.

—Mi sargento, ¿puedo asistir al interrogatorio?

—No, vaya con la doctora y la monja. Están esperándonos en la sala del espejo.

Como siempre, el agente Jacobo obedeció sin rechistar. Se le podían achacar muchas cosas, pero su fidelidad y devoción por el sargento eran innegables.

—Buenas tardes. ¿Han tenido tiempo para comer?  
—preguntó al entrar en la sala del espejo.

—No. ¿Y usted? —respondió sor Guillermina.

—Tampoco, pero tengo una buena noticia: estamos más cerca de encontrar a sus pacientes. Con un poco de suerte...

—¿A qué se refiere con «estamos más cerca»? —interrumpió Teresa.

—A las conclusiones que saquemos de este interrogatorio.

El agente Jacobo desconectó el micrófono que había sobre la mesa y movió una clavija para dar entrada al sonido de la sala donde se encontraba Red Hair.

Mientras aguardaban a que comenzase el interrogatorio, la doctora sacó de su bolso una agenda electrónica para leer sus mails. El primero era del doctor Dueñas y



decía lo siguiente: «Espero que todo esté OK. Si tiene cualquier duda u ocurriese algo relevante, le ruego me lo comunique sin demora. Me gustaría saber cómo se adapta nuestro paciente a su nueva situación. Todas las mañanas reviso mi correo. Saludos. Dr. Dueñas.»

Los dedos de Teresa volaban sobre el pequeño teclado de su agenda electrónica: «Todo OK. No se preocupe. Ahora tengo una clase y los datos que necesito para informarle con minuciosidad sobre Alejandro están en hospital. Mañana se lo envío a este mismo mail. Saludos. Dra. Del Valle.»

Nunca pensó que fuese a mentir de aquella manera a un superior y, mucho menos, sobre dos de sus pacientes, pero el mail ya estaba enviado y no había marcha atrás. A partir de aquel momento, cuando quisiera, el doctor podría leer la gran mentira que acababa de escribir. Ya era tarde para arrepentimientos, sólo cabía confiar en la habilidad y suerte que tuviese el sargento para encontrar a María y Alejandro.

La doctora Del Valle optó por tener una actitud positiva ante el interrogatorio; sabía que era su última oportunidad y no quería perderse un solo detalle. Guardó la agenda electrónica y se cruzó de brazos dispuesta a escuchar lo que la pelirroja tuviera que decir.

Peña encendió una cámara de vídeo. Sobre la mesa había una carpeta con las fotos de María, Alejandro y una de Junkie Eddy al salir de su laboratorio, antes de meterse en el Audi de don Habanero.

—No tengo tiempo que perder, así que voy a ir directo al grano. Fíjate en estas caras. —Red Hair ojeó las fotos con indiferencia—. ¿Los conoces? —insistió el guardia civil.

—No.

—¿Estás segura?

—¿Dónde está mi abogado? Tengo derecho a tener presente a un abogado.

—Mira, tienes muchos derechos, pero sólo dos posibilidades. La primera, tener un abogado presente y pasarte los siguientes cinco años en la cárcel. La segunda, si colaboras y no has estado implicada en nada más que en tráfico de...

—Entiendo, el fiscal me hará un favor y como mucho voy a pasar unos cuantos meses encerrada y otra vez en la clínica.

—Si la información que nos proporcionas nos es útil, vas derechita a la clínica y nos olvidamos de todo.

Red Hair golpeó con las uñas la superficie de la mesa imitando el galope de un caballo y miró a la cámara.

—¿Se está grabando?

—Sí —contestó el sargento.

—Entonces terminemos con el interrogatorio, luego quiero hablar con mi abogado.



Marisa, una empleada de banco morena, de unos cuarenta años, bien vestida y poco maquillada, discutía por teléfono con un cliente mientras buscaba en su ordenador los datos que éste le exigía de inmediato. Como no podía teclear y coger el auricular a la vez, lo puso en manos libres.

—¿Está seguro de que no hizo una transferencia el día 4 de agosto por un importe de tres mil euros? Los datos que tengo en pantalla así me lo indican.

—Señora, se lo repito por quinta vez. El día 4 estaba en un avión Londres-Bangkok. Desde los aviones no se pueden hacer transferencias bancarias. ¿Qué es lo que no entiende usted?

—Disculpe pero debo insistir. ¿Está completamente seguro de que no le falta ninguna tarjeta?

—Lo he comprobado. La respuesta es no. Tengo todas mis tarjetas de crédito metidas en mi cartera. —El cliente dio un puñetazo sobre la mesa—. Le aseguro que las vacaciones me las van a pagar ustedes... Éstas y las de los siguientes cinco años. En unas horas recibirá una llamada de mi abogado. —Sin decir nada más colgó el teléfono.

Marisa había pedido que sus vacaciones fueran en septiembre; por lo general, en agosto todo estaba más tranquilo y había menos trabajo, cosa muy de agradecer. Esa norma se había cumplido hasta aquel día, pero por desgracia el de Bangkok era el quinto cliente que había llamado reclamando falta de fondos en su cuenta. Arturo, un empleado joven del banco, entró sin llamar a la puerta de su despacho.

—Coge la dos, te llaman de Castellana.

Marisa quitó el modo manos libres del teléfono y contestó.

—Marisa Soriano, dígame.

—Soy yo.

—Luis, alguien está metido en nuestro sistema, han dejado varias cuentas vacías y...

—Tenemos muchas llamadas de clientes que están de vacaciones y no pueden ni pagar el hotel.

—¿Lo saben los de arriba?

—Sí, han dado la orden de reponer pérdidas.

—Imagino que lo que me acabas de contar no quieres que salga de este despacho.

—Exacto, nadie puede enterarse de que han roto nuestro sistema de seguridad, ¿entendido?

—Venga suéltame todo, que para eso soy tu mujer. Esta vez no hay policía, ¿verdad?

—Han contratado a Finger Joe, uno de los mejores *hackers* del mercado. Lo traen desde Ámsterdam en el jet del presi.

Alejandro permanecía de pie junto a la carretilla mientras un grupo formado por más de cincuenta ancianas hacía cola frente a él. Jade estaba a su lado, encargándose de distribuir la propaganda y el dinero. Una a una, las amigas de la Sin Nombre recogían las bolsas de la carretilla; luego recibían mil euros y la oración de Santa Locura escrita de puño y letra por María y fotocopiada por Jade.

—Repartid las migas al amanecer —anunciaba una y otra vez el discípulo.

Nadie contaba el dinero, a nadie le importaba. En esos momentos hacían turno para arrodillarse frente a la santa, que estaba subida en el banco de la Sin Nombre. Hasta hacía unos minutos no se le había ocurrido pensar en qué posición de estatua debía mantener durante las peregrinaciones. Ahora que se la conocía oficialmente como Santa Locura, estaba obligada a presentarse ante sus fieles de la misma forma; así podrían reconocerla cuando imprimiesen estampillas de ella en un futuro no muy lejano. Menos mal que la santa era una mujer con las ideas claras.

No tardó en optar por una posición que estaba dando muy buen resultado: el cuello lo mantenía muy erguido;

la barbilla, apuntando al cielo; los brazos los tenía extendidos hacia atrás, como si fuesen las alas de un pájaro; el cuerpo, ligeramente inclinado hacia delante con el pie izquierdo flotando en el aire mientras que el derecho soportaba todo el peso sobre la punta de sus dedos. A pesar de la difícil e incómoda posición, María no pensaba mover un solo músculo hasta que la última de las mendigas rezase su oración.

*Santa Locura, llena de bondad,  
he aquí a vuestras esclavas,  
mendigas de esta ciudad.*

*Santa Locura, atentas velamos,  
de la libertad el secreto  
aguardan aves y humanos.*

*Santa Locura, por caridad,  
he aquí a vuestras esclavas,  
mendigas de esta ciudad.*

La última indigente en arrodillarse fue la Sin Nombre. Recitó la oración de memoria, y antes de levantarse señaló su nuevo carrito de la compra.

—Santa Locura, tu esclava se va a trabajar. —Sin decir más, le guiñó un ojo y se marchó.

María dejó de ser estatua para convertirse en ella misma. Se bajó del banco y miró hacia el otro extremo de la plaza, donde un potente altavoz era el responsable de que los cantos de unos mariachis llenasen el lugar de alegría. Ruidos de juerga y de mucha diversión salían del rincón de Tío Pepe: había invitado a su fiesta a más de cincuenta men-

digos y veinte prostitutas. Frente a su seto había colocado una mesa cubierta por un mantel blanco, un jarrón lleno de flores y once cubiteras de plata falsa con champán francés incluido. En un gran contenedor de plástico, a resguardo entre abundante hielo, esperaban a ser bebidas botellas de vodka, de cerveza y de tequila José Cuervo.

Tío Pepe parecía muy contento. Por los tumbos que daba al caminar y el afán que mostraba por sobar los pechos y el trasero de muchas de las ilustres invitadas, la santa dedujo que no estaba seco.

—Todas las mujeres son mías —gritaba y gritaba sin parar.

«Sin lugar a dudas, la fiesta de Tío Pepe promete», pensó Alejandro antes de acompañar a Santa Locura a sus aposentos.

Alejandro y Orlando emplearon el resto de la tarde en comprar pan. Aún les quedaban muchos budas por vaciar y esta vez la santa había exigido tener ciento sesenta barras a su disposición. Con esa cantidad llenaron la carretilla y dos bolsas de basura de migas al ácido. Al terminar el trabajo eran las once de la noche y como a esas horas las aves duermen, María tomó la sabia decisión de prescindir de las mendigas y de encargarse ellos mismos de dejar listo y servido el desayuno a los pájaros de la ciudad.

A las doce de la noche, los cuatro salieron de Sierra Morena 32. Los dos hombres cargaban con las bolsas de migas, Jade pilotaba la carretilla y la santa caminaba junto a ellos cogiendo puñados de pan que luego esparcía al pie de los árboles, en las plazas y por las calles del vecindario.

Cuatro horas tardaron en distribuir el cargamento. Estaban agotados, pero ninguno se fue a dormir antes de



que el sol se levantase majestuoso en el horizonte de la ciudad. Nada más despertar, las aves del vecindario encontrarían un succulento desayuno que no tardarían en devorar.

Las mendigas también cumplieron con su misión hasta el final: no quedó un solo parque o un jardín sin santos espíritus en la Villa de Madrid. Una de las ancianas incluso consiguió colarse en el zoo de la Casa de Campo, y ahí permaneció escondida hasta la salida del sol.

Poco a poco, el anaranjado cielo se fue llenando de puntos negros que subían y bajaban sin orden ni concierto. Piruetas, picados, ascensos y descensos. Una sinfonía de movimiento, belleza y esplendor. Eso fue lo que Santa Locura vio desde el balcón.

El despertador de Teresa no había sonado aquella mañana.

—Las doce... ¡lo que me faltaba!

Tenía que haber enviado un mail al doctor Dueñas hacía más de una hora; su conciencia no le permitía seguir ocultando lo ocurrido por más tiempo y pensaba contarle toda la verdad. Tenía cuatro llamadas del sargento Peña y dos del doctor en el móvil: el primero le decía que necesitaba hablar urgentemente con ella; el doctor Dueñas tan sólo le pedía que mirase sin demora su correo.

Buscó su agenda electrónica, y al fin la encontró después de hurgar y sacar del interior de su bolso llaves, una polvera, una barra de labios, dos pañuelos y una cartera. Los nervios apenas le permitieron encender la agenda electrónica y buscar el mail del doctor.

Doctora Del Valle:

Quiero ahorrarme el mal trago de hablar personalmente con usted. Me han informado sobre todo lo acontecido en estos últimos días y siento enormemen-

te que una mujer con su talento y entrega falte el respeto a nuestra profesión de esta manera.

No deseo formalizar ninguna acusación penal contra su persona, pero tanto yo como todos los involucrados en el proyecto pedimos su dimisión inmediata. Queremos hacerle saber que vamos a remitir un informe sobre su comportamiento al colegio de médicos, a la facultad y al director de su hospital.

Puedo garantizarle que su labor como profesora en la universidad ha terminado,

Dr. Dueñas

Teresa apagó la agenda y rompió a llorar triste y avergonzada. Después de soltar algo de la rabia, el dolor y la frustración que llevaba dentro, se enjugó las lágrimas con un pañuelo y por primera vez oyó unos gemiditos que provenían del salón. De puntillas, sin hacer ningún ruido, se acercó para comprobar qué estaba ocurriendo.

Doña Margarita llevaba un sujetador negro con las medias a juego, una liga de terciopelo rojo y un collar de perlas al cuello. Estaba acostada entre los cojines del sofá, con la pierna extendida y el pie metido en la boca del fontanero. Frente a ellos, un lienzo en blanco aguardaba sobre un caballete a ser pintado.

La doctora no fue capaz de controlar su mandíbula, que debido a la fuerza de la gravedad cayó por su propio peso. Procurando no hacer ningún ruido regresó a su habitación y se duchó y vistió en diez minutos. Caminaba descalza, con los zapatos en la mano: no quería que su madre se enterase de que aún se encontraba en casa. Tenía que marcharse ya.

Sin embargo, cuando estaba a punto de salir del dormitorio, un pájaro se estampó contra la ventana, el cristal

se rajó y algunas gotas de sangre resbalaron por el vidrio. La doctora se acercó y miró a través del cristal: miles de gorriones, palomas, golondrinas, patos, urracas, cuervos, incluso flamencos surcaban el aire a toda velocidad entre árboles, edificios y calles.

De repente sonó su móvil. Era el sargento, que de nuevo intentaba hablar con ella.

—Ahora mismo le iba a...

—¿Dónde está? La he llamado veinte veces. Ponga Telemadrid. Nos vemos en el cuartelillo en media hora.

—Sargento, sargento. —No hubo respuesta y Teresa corrió a encender la televisión. En la Puerta de Alcalá, una corresponsal esquivaba como podía las embestidas de los pájaros. Llevaba un casco amarillo y gafas de seguridad y hablaba sin tapujos, micrófono en mano, delante de la cámara cubierta de heces de pájaros.

«¿Qué le ocurre a nuestras aves? Científicos, fuerzas de seguridad del estado, bomberos, policías y el ejército intentan controlar la situación. Hay quienes piensan que es el fin del mundo; otros, que es un castigo de Dios. Los servicios de inteligencia no han descartado la posibilidad de que se trate de un atentado terrorista. Sea lo que sea, hay más de treinta heridos en diferentes hospitales; siete de ellos ya han sido dados de alta y por suerte no hay ningún muerto. Las autoridades recomiendan que permanezcan en sus casas. Si están en la calle, resguárdense en bares, portales, estaciones de metro, cualquier lugar que sirva de cobijo. Dicen que una imagen vale más que mil palabras, vean ustedes mismos lo que ocurre en la capital de España. Desde la Puerta de Alcalá, para Telemadrid, Luisa Fernández.»

En la pantalla del televisor se vio un plano general del cielo en el Retiro. Los pájaros se comportaban como si fuesen fuegos de artificio en las fallas de Valencia.

Teresa cambió de canal. En la calle, unas quince personas andaban de rodillas con palomas muertas en sus manos mientras rezaban avemarías y padrenuestros. El dedo de la doctora no daba un momento de respiro al mando de la televisión hasta que se detuvo en otro canal. En esta ocasión, los antidisturbios estaban arrestando a un hombre vestido de camuflaje que disparaba a unos aguiluchos enloquecidos.

Buscó CNN+. Un general, el jefe del servicio de inteligencia del ejército, daba una rueda de prensa en uniforme de campaña: «No descartamos que se trate de un atentado terrorista en represalia por la presencia de nuestras tropas en Afganistán o en el Líbano.»

Una periodista con acento extranjero preguntó al general si podría tratarse de un tipo de pandemia hasta ahora desconocida. «No tengo los resultados definitivos de los análisis, aunque por el momento, los datos de los que disponemos apuntan hacia la posibilidad de que a los pájaros se les haya suministrado un tipo de sustancia psicotrópica aún sin determinar. Una vez que tenga en mi poder el resultado definitivo de los análisis, convocaremos otra rueda de prensa para comunicárselo a ustedes. ¡Viva España!»

A esas alturas, a la doctora le importaba muy poco que su madre se enterase de que estaba en casa: se puso los zapatos, cogió su bolso y corrió en busca del sargento.

Los antidisturbios cargaron contra Tío Pepe y sus invitados. La fiesta tuvo tanto éxito que no quedaba en Madrid un solo mendigo que no estuviera en aquella plaza luchando por su derecho al champán. Incluso había un equipo de televisión retransmitiendo en directo los hechos que acontecían en el vecindario.

Las prostitutas eran detenidas a golpes. A Tío Pepe lo llevaron a rastras por los pies hasta el furgón de la policía. Los borrachos habían convertido la fiesta en una batalla campal: lanzaban botellas vacías y alguna que otra llena, y ya había muchos heridos —incluyendo ilustres invitados y policías— a causa de porrazos en la cabeza, botellazos de Möet Chandon en la cara o picotazos de pájaro en el ojo.

—Pobre Tío Pepe —se lamentaba María delante del televisor.

—No es el mejor momento para ir por dinero —dijo Alejandro algo preocupado.

—No, no lo es —coincidió el *hacker*.

Jade subió el volumen de la televisión.

—¿Cómo es posible que no les entre en la cabeza que la ley del botellón es para todos?

Orlando se levantó y salió a la terraza.

—¡Santa Locura, el círculo, el círculo!

Los tres dejaron de ver la televisión y acudieron a la llamada del chico para ver cómo un enorme círculo comenzaba a formarse en el cielo.

—La hora ha llegado, tenemos que apresurarnos a subir a la azotea.

María se dispuso a meterse en el apartamento pero nadie la siguió. Alejandro, Jade y Orlando se miraban algo desanimados y Santa Locura se conmovió ante las dudas de sus discípulos.

—Sé que es mucho lo que os he pedido. Me habéis seguido con la más absoluta de las lealtades. Si deseáis marcharos lo entenderé, ya que agradecimiento y amistad es lo que tengo hacia vosotros.

—Y nosotros hacia ti —respondieron los tres a la vez.

La santa agradeció con una hermosa sonrisa la lealtad de sus seguidores.

—Jade, preparadme el traje de gala.

Los cuatro pasaron al salón y María entró en su dormitorio seguida de Jade. Alejandro cogió el mando de la televisión para apagarla, pero se detuvo al ver cómo la policía arrestaba a las mendigas; algunas de las caras le resultaron conocidas, sobre todo la de la Sin Nombre.

Orlando dio una palmada a Alejandro en la espalda y bajó corriendo a su apartamento, encendió sus ordenadores y puso a trabajar al AK47. Esta vez pensaba robar un millón de euros: sabía que había llegado el momento de largarse de Madrid y no quería perder el tiempo.

Finger Joe era una especie de espárrago de veinte años con una larga trenza que le llegaba a media espalda, ojos saltones como los de un sapo, y una perilla de cuatro pelos bajo su boca. Se hallaba rodeado de banqueros, teclados y cables conectados a diferentes ordenadores. De repente, en una pantalla apareció la señal de alerta; los monitores indicaban que alguien había entrado en el sistema.

—Aquí está.

—¿Lo tienes? —preguntó uno de los banqueros.

—Creo que sí, necesito unos minutos. Vamos a dejar que se relaje para ver cómo actúa.

Los presentes tuvieron la ocasión de observar cómo se efectuaban transferencias de unas cuentas a otras. Saldos tras saldos desaparecían de las pantallas.

—Muy listo, saca pequeñas cantidades de muchas cuentas. Es bueno, muy bueno. Sólo un *hacker* consiguió robar de esta forma tan rápida y elegante —concluyó Finger Joe.

—¿Quién? —quiso saber alguien.

—Está muerto.

—¿Puedes darnos un nombre? —volvieron a preguntar los banqueros.

—El maestro de maestros: el gran Kalatagan Arsenio.

Finger Joe empezó a teclear y el monitor indica «París», pero a los dos segundos cambia a Manila, luego Ithaca, Pekín, Moscú...

—Es bueno, muy bueno. No puedo precisar desde dónde opera. —Finger Joe dejó de teclear por un momento. Miró a uno de los banqueros y añadió—: Por ahora.

Reclinado en el respaldo de su silla, Orlando miraba tranquilo el monitor de su ordenador cuando una alarma sonó en uno de los altavoces instalados por la habitación



y en la pantalla apareció un aviso: SISTEMA DETECTADO. Aquello le hizo incorporarse y ponerse a trabajar. Comenzó por ir al menú, buscar la palabra «camuflaje» y dar a la tecla de Enter. «¿Qué está pasando?», se preguntó a sí mismo.

Miles de símbolos extraños, números y letras de diferentes colores se mezclaban entre sí, apareciendo y desapareciendo a toda velocidad.

Finger Joe no lograba contener la entrada del intruso y se vio obligado a activar el sistema de protección, lo que ralentizó sus movimientos en la red.

—¡Está loco! Sigue robando. Sabe que le hemos detectado y sigue robando.

Uno de los banqueros perdió la paciencia.

—¡Haz algo!

Eran ya casi las siete de la tarde cuando uno de los agentes especiales observó desde la furgoneta de Viveros Sánchez a un perro chihuahua acercándose a la oficina de don Habanero. Tras él se arrastraba un hombre con la ropa destrozada. Intentaba comunicarse con el animal, pero estaba claro que el perro le ignoraba.

—Capitán, alguien entra.

El capitán se había quedado dormido leyendo el *Marca*.

—Mierda —dijo dando un salto en su silla.

Uno de los monitores de la furgoneta se hallaba conectado a una cámara con un zoom de 250 mm. El capitán apretó el botón rojo de grabación en el momento en que la puerta de la casa empezaba a abrirse. Don Habanero salió a la calle junto a Junkie Eddy y sus gorilas.

—¡Teotihuacán! —gritó el capo.

De pronto, un cuervo enloquecido entró en escena atacando al chihuahua y abriéndole la cabeza de un picotazo. El perro cayó muerto a los pies de su fiel amo y el pájaro desapareció antes de que don Habanero pudiese recoger el cuerpo sin vida de *Teotihuacán*. Lo besaba, lo abrazaba como si fuese un bebé malherido. Luego miró al Escopeta.

—Al sótano con éste —ordenó a sus hombres.  
Cerca, la conversación era muy distinta:  
—¿Se ha grabado? —preguntó el capitán.  
—Lo tenemos todo —contestó uno de sus hombres.  
—¿Pudiste identificar al tipo que se arrastraba?  
—Espere un momento. —El policía detuvo la imagen y rebobinó el dvd hasta detenerse en la cara del mexicano—. Creo que es su lugarteniente. Tomás Cifuentes, alias el Escopeta.  
—¡El que nos faltaba! —comentó el capitán frotándose las manos.

El sargento Peña no había perdido el tiempo. Una vez que Estupefacientes confirmó la intoxicación de los pájaros, hizo recoger las muestras del zulo encontradas en el laboratorio de Junkie Eddy. Hacía treinta minutos, le confirmaron que se trataba de la misma sustancia utilizada en los pájaros. Nada más conocer la noticia, mandó fotos de María y Alejandro a diferentes medios de comunicación; gracias a eso, al poco tiempo recibió una llamada de la dependiente de Loewe, y a la hora tenía en su poder la grabación de seguridad de la tienda.

La doctora y sor Guillermina observaban detenidamente el monitor; ninguna podía aportar datos sobre la gordita.

—Es una lástima no saber quién es esta señora. Si la encontramos, hemos resuelto el caso. —El sargento sacó el dvd y metió otro en su lugar.

—¿Nos puede decir qué pasa? —preguntó la monja esperando un milagro. Peña se acomodó en su silla, encendió un viejo ventilador que había en su escritorio y miró a la doctora.

—Sabemos que Alejandro y María robaron unos extraños ácidos conocidos como santos espíritus. Se los quitaron a un tal Junkie Eddy, compañero de Alejandro en Goa. También sabemos que los pájaros han sido intoxicados con esa misma sustancia. Son unos ácidos nuevos, únicos en España. Por muy extraño que parezca, ahí fuera los pájaros están comenzando a formar un círculo en el cielo. Esto no deja ningún tipo de dudas sobre quién está detrás de todo.

Teresa se tapó la cara con las manos.

—Continúe usted —suplicó la monja.

—Un capo mexicano afincado en España, don Habanero, está muy interesado en los santos espíritus. Según la detenida, compañera sentimental de Junkie Eddy, don Habanero lleva meses intentando conseguir la fórmula para controlar la fabricación y distribución de los ácidos.

La doctora sujetó con fuerza la mano de sor Guillermina.

—¿Alguna buena noticia?

—Puede que sí. Sabemos que entregaron migas de pan bañadas en ácido a muchas indigentes. Les pagaron mil euros para que las distribuyeran por todo Madrid, incluidos la Casa de Campo, el Retiro y el zoo.

—Por eso he visto flamencos y... —Sor Guillermina se arrepintió de haber interrumpido al sargento y calló de golpe.

—Quiero que miren esta grabación. Son extractos de dos interrogatorios. Los detenidos recibieron dinero de María, pero ninguno sabe de dónde lo ha sacado.

—¿Lo sabe usted? —preguntó la doctora.

—No, desgraciadamente no entiendo nada. Se escapan sin dinero, consiguen ácido, en vez de venderlo se lo dan a los pájaros y, además, van por ahí regalando miles de euros. No tiene ningún sentido.

El sargento apretó el botón de Play y en el monitor apareció la Sin Nombre con los brazos en cruz mirando hacia el techo. «¡Dejad a la santa en paz, para que no se convierta de nuevo en estatua!... Yo tampoco tengo ganas de buscar más plazas, llevo trescientas sesenta desde la de Jasailmer.» Salto de imagen. El siguiente interrogatorio era el de Tío Pepe.

«¿De dónde ha sacado todo este dinero?», le preguntaba el sargento mostrándole un gran fajo de billetes de cincuenta euros.

«Fue un regalo.»

«Un regalo...»

«Así es. Tío Pepe nunca miente.»

En la grabación, el sargento se levantó de la silla, cogió un sobre que había sobre la mesa y se colocó detrás del mendigo.

«Cuéntame quién es Papa Noël.»

«Seré un borracho y un mendigo, pero no soy ningún chivato.»

El sargento abrió el sobre y sacó tres fotos: una de María, otra de Alejandro y la tercera de Jade en la tienda de Loewe.

«¿Es Papá Noël alguno de estos tres?»

Sin mirar las fotos, Tío Pepe lo negó con un movimiento de cabeza.

«Algunos de los invitados a tu fiesta sí que los han visto. A la de la corona la llaman Santa Locura. ¿Sabes quién es la otra?»

«Sí, pero no se lo voy a decir.»

La grabación se detuvo.

—¿Qué les parece? —preguntó el sargento.

—Que María es una santa —contestó sor Guillermina.

Orlando no había logrado quitarse de encima a Finger Joe. Por eso abrió la carpeta «Triturador» y la pantalla mostró más de veinte opciones de virus informáticos en diferentes formas y tamaños: algunos estaban en caligrafía árabe, china o rusa; había uno con forma de bandera pirata. Ése fue el que abrió y aparecieron varias opciones: *Warning*, *Medium*, *Full* y *Apocalipsis Attack*. El *hacker* dudó unos segundos. Lentamente, fue moviendo el ratón entre las diferentes opciones hasta que optó por la más drástica. Las palabras *Apocalipsis Attack* se iluminaron y en la pantalla se pudo leer: «¿Seguro que quiere enviar *Apocalipsis*?» Esta vez no tuvo ninguna duda y apretó el icono de Enviar sin contemplaciones.

En el centro de control bancario improvisado, las pantallas de los ordenadores se llenaron de explosiones visualmente similares a las provocadas por bombas nucleares. Durante unos segundos sólo hubo color, luego apareció el famoso hongo y todo el sistema se vino abajo.

Finger Joe recordó un comentario en un chat. Hablaban sobre cómo Kalatagan Arsenio había conseguido

huir con el AK47: un programa capaz de romper cualquier sistema, incluido el suyo.

—Tiene que ser él.

—¿Qué quieres decir?

—Que tenéis un problema muy serio.

Los banqueros se miraban unos a otros con cara de impotencia y desesperación.

—Algo podremos hacer...

Finger Joe se levantó de la silla, se limpió las gafas y miró a los atónitos ejecutivos.

—¿Habéis visto el hongo?

—Sí —contestaron varios a la vez.

—Pues llamad al jefe supremo y decidle que compre un sistema nuevo. El vuestro ha sido destruido por el virus más bestial que jamás he visto.

—¿Qué estás diciendo?

—Que Kalatagan Arsenio *is back*.

Orlando guardó en cajas y mochilas algunos portátiles, teclados, ratones y discos, incluido el AK47. Después de detenerse un segundo observando la foto en la que aparece él mismo junto a sus padres, la metió también en su cartera. Se acercó a las ventanas y arrancó los artículos de periódico que tenía pegados a los cristales. Luego salió a la terraza, hizo una pequeña montaña de papel y le prendió fuego.

—Papá, ha llegado el momento de ir a rescatarte.

El momento del círculo estaba cerca. La discípula no tenía tiempo que perder: peinó y vistió a la santa sin descanso. Deseaba con toda su alma que fuese la mujer más guapa de toda la ciudad; la ocasión así lo requería. Aquél era un gran día no sólo para ellas, sino para toda la humanidad.

Mientras tanto, en el salón, Alejandro garabateaba una triste poesía.

*Lo que más deseo es recordarte  
en las tardes junto al mar.  
Nuestras vidas se cruzaron,  
ahora se han de separar.  
Santos espíritus, hackers y mendigas,  
no dejéis a esta mujer sanar.*

Al depositar la poesía en el altar de la Almudena, una mano se apoyó en su hombro.

—Vamos, ha llegado el taxi —le dijo Orlando.

Los dos miraron el dormitorio de María. Aunque la puerta estaba cerrada podían oírla entonar una bella canción medieval. Alejandro depositó un puñado de migas al ácido sobre su poema, y sin hacer ningún ruido, salieron del apartamento con el petate y los trescientos mil euros.

Debido a los problemas que había causado la fiesta de Tío Pepe, la calle Sierra Morena estaba temporalmente cortada al tráfico. El radio-taxi al que llamó Orlando no pudo llegar hasta la casa y se vieron obligados a cargar dos manzanas con las maletas y el petate. A mitad de camino, Orlando dejó caer las cajas y las maletas al suelo.

—A la mierda todo esto, sólo necesito esta mochila.

—¿Tienes el AK47?

—Sí.

—Me jode abandonar a la santa —confesó Alejandro mientras miraba su petate y al lejano portal número 32 de la calle Sierra Morena—. Me jode dejar colgada a la santa —volvió a repetir al llegar al taxi.

—A mí también. Si quieres nos quedamos, pero esto tiene muy mala pinta.



—¿No te interesa conocer el secreto para la absoluta libertad del hombre?

Orlando se lo pensó antes de responder.

—No, no tengo ningún interés.

—Yo tampoco. ¿Quieres una pastilla para el mareo? —preguntó al tiempo que sacaba unas cuantas migas al ácido. El *hacker* comió una, el discípulo engulló cuatro, y ambos se subieron al taxi.

—Buenas tardes. ¿Adónde los llevo? —preguntó el taxista.

—A Olivenza, frontera con Portugal —contestó Alejandro.

Don Habanero ordenó meter en un pequeño cofre de oro y plata el cuerpo sin vida de *Teotihuacán*. Se había vestido de riguroso luto y se disponía a enterrar al chihuahua bajo un árbol de su pequeño jardín. Dos de sus matones se habían encargado de abrir el agujero de la tumba y ahora esperaban bajo la sombra del árbol a que llegase su jefe con el improvisado ataúd.

La puerta principal de la casa se abrió para dar paso al cortejo fúnebre: la secretaria encabezaba el grupo; la seguía don Habanero, que llevaba sobre un cojín negro el cofre de *Teotihuacán*. Lloraba el capo la muerte de su querido perro. De vez en cuando, se detenía para que su secretaria le secase las lágrimas o para esquivar algún pájaro agresivo. Junkie Eddy no fue invitado formalmente al entierro y tuvo que verlo desde una ventana en el segundo piso.

Al llegar junto al árbol, don Habanero depositó con sumo cuidado el cofre en el agujero. Antes de cubrirlo de tierra necesitaba ver a *Teotihuacán* una vez más: no podía despedirse sin darle un último beso. Se arrodilló junto a la tumba, con mimo y cariño abrió la tapa del cofre y se llevó una penosa sorpresa.

—¿A quién se le ha olvidado meterle sus galletas?!

Nadie respondió, todos miraban hacia otro lado o al suelo.

—¿Quién ha sido el pinche hijo de su madre que no ha metido las galletas en el ataúd de *Teotihuacán*?!

—Don Habanero, suba corriendo —gritó Junkie Eddy desde su ventana.

—Hijo de la chingada, cómo te atreves a interrumpirme.

—Los que nos robaron los ácidos están en la televisión. Se los han dado a los pájaros.

Don Habanero salió corriendo olvidándose de las galletas y del perro y llegó al interior de la mansión a tiempo de ver las fotos de Alejandro, María y Jade ocupando toda la pantalla del televisor.

—Jefe, es la del casino —señalaba con el dedo Benjamín y de paso dejaba impresa su huella dactilar en la pantalla de plasma.

—Chinga su madre, estuvo con el Escopeta justo antes de que desapareciese con *Teotihuacán*. Que suba el pendejo ese —ordenó don Habanero.

—¿Pero jefe! —respondió sudando Benjamín.

—¿Qué pasa ahora?

—Pues que ya le llené el cráneo de plomo.

—Híjoles, tenía que ser la única pinche orden que cumplieras al momento.

—Perdón jefe, pero usted...

—Cierra la bocota y busca su libreta. La quiero ya.

Benjamín y la secretaria salieron disparados de la habitación, bajaron al sótano, registraron en el escritorio del Escopeta y encontraron rápidamente la libreta.

Don Habanero dio un puñetazo en la mesa.

—Piso 6° H, calle Sierra Morena 32. —El capo depo-

sitó la libreta en la mesa y le enseñó una foto de Jade a Junkie Eddy.

—¿Conoces a esta mujer? Se la pasa en el casino.

—No, yo no voy al casino.

—Pues dime qué carajo hace con tu amigo de Goa.

—No sé...

—Tú no sabes una mierda. No se queden ahí parados, vamos a Sierra Morena 32.

El grupo se puso en marcha. Junkie Eddy se disponía a seguir a Benjamín cuando don Habanero le detuvo agarrándole del brazo.

—Tus pinches amigos y la puta duermen esta noche con los peces del Manzanares. Vete rezando, papasito, que como no tenga la fórmula te vas a hacerles compañía.

El capo, Junkie Eddy y seis de sus gorilas se metieron en varios Audi y salieron a toda velocidad hacia Sierra Morena 32 justo cuando uno de los agentes especiales entraba en la furgoneta de Viveros Sánchez con una bandeja repleta de cafés recién comprados en Starbucks.

—Ya era hora —se quejó el capitán. Se disponía a dar un sorbo cuando la voz de uno de sus hombres lo interrumpió.

—Capitán, don Habanero tiene prisa. Parece que nos vamos de excursión.

Sin perder tiempo y sin beberse los cafés, los agentes especiales pusieron en marcha la furgoneta para seguir los Audi entre peatones asustados, coches de bomberos, ambulancias y pájaros desquiciados.

Mientras el sargento Peña se despedía de la monja y de la doctora, alguien llamó a la puerta de su despacho.

—Adelante.

El agente Jacobo abrió la puerta y asomó la cabeza.

—Siento molestarle, pero tiene una llamada importante en la línea dos.

El sargento se acercó a su mesa de trabajo y apretó el botón de llamadas.

—Dígame, aquí el sargento Peña.

—Buenas, soy Paulino Moreno, taxista, y ayer durante toda la mañana y parte de la tarde di servicio a las señoras de los pájaros. Estoy seguro de que eran ellas, sobre todo la de la corona. Me parecieron muy raras, un poco locas. Una de ellas habla en castellano antiguo.

—Espere un momento. —El sargento hizo una seña a sor Guillermina y a Teresa para que no se marchasen—. ¿Tiene una dirección que darme?

—Sí —contestó el taxista—. Estuvimos toda la mañana por el barrio de Salamanca, luego se metieron precipitadamente en el coche y me dijeron que las llevase a la calle Sierra Morena 32.

—Muchas gracias. —Sin decir nada más, el sargento colgó el teléfono—. Señoras, tenemos la dirección de la gordita.

—Gracias, Dios mío. —La hermana se santiguó y sacó el rosario de su bolsillo.

—Agente Jacobo... llame a Telefónica, a la compañía de gas, a cualquiera que nos dé una lista de las personas que viven en Sierra Morena 32.

Una brisa fresca del norte acariciaba los trajes de María y de su discípula proporcionándoles un movimiento ligero y elegante. El velo de la santa se elevaba de vez en cuando hacia el infinito para acompañar a las miles y miles de aves que trataban de cerrar el círculo en el cielo. No había ni un solo pájaro en Madrid que no estuviese frente al edificio de Jade. Tanto los que comieron santos espíritus como los que no, todos se habían unido a ese baile maravilloso que cambiaría para siempre el futuro de la humanidad.

Los rayos anaranjados del sol rebotaban en los falsos diamantes de la corona de María y en el vestido elegido para la gran ocasión, de color crema y con una larga cola de seda. Tenía miles de lentejuelas que se iluminaban de naranja al reflejarse en ellas la luz del atardecer. Ese efecto visual hacía que la princesa refulgiese como si se tratase de una figura colgada en un árbol de Navidad.

Desde el tejado de Sierra Morena 32, la vista era espectacular y aquello hizo que la santa echase de menos a Alejandro y a Orlando, aunque debía reconocer que las milagrosas migas que dejaron junto a la poesía le habían quitado todas

las penas. Tampoco Jade quiso quedarse atrás y se animó a comer dos migas, las mismas que la santa. En estos momentos sus ojos percibían el cielo como si fuese un inmenso arco iris que llenaba de color y fantasía el firmamento. Las dos amigas bailaban sobre la azotea mientras el círculo de pájaros comenzaba a cerrarse y las pocas personas que no se habían marchado de vacaciones permanecían asomadas a ventanas y balcones para contemplar aquel magnífico acontecimiento.

Justo cuando la princesa se colocó en el borde del tejado y elevó los brazos como queriendo agarrar la música que llegaba desde el cielo, un grupo de coches Audi entró a toda velocidad por la calle principal y se detuvo frente al portal de Jade. La policía se acababa de marchar, tan sólo quedaba alguna que otra valla tirada en el suelo y restos de la batalla campal. Los ocupantes de los vehículos se bajaron y rompieron a patadas la puerta del número 32 poco antes de que apareciese en la calle una furgoneta con el logotipo de Viveros Sánchez: aparcó a unos metros de los Audi y los agentes especiales salieron por la puerta trasera con chalecos antibalas y la artillería repleta de munición.

Transcurrieron un par de minutos, y esta vez fueron cuatro coches de la Guardia Civil los que frenaron junto al portal. La doctora, la monja y el sargento salieron de uno de ellos y miraron hacia el cielo: sor Guillermina señalaba el círculo de pájaros mientras que la atención de Teresa del Valle y el sargento Peña estaba centrada en la voz que llegaba desde el tejado.

—Aves del paraíso, el momento de la verdad está presto. El gran secreto para la libertad será dicho para que todo el mundo se ponga contento.

La hermana se arrodilló bajo el círculo de pájaros,

sacó un rosario de su bolsillo y comenzó a rezar. Por su parte, el sargento desenfundó su pistola y entró en el edificio seguido de varios agentes y de la doctora.

Don Habanero y sus matones rompen a golpes la puerta del apartamento de Jade. Al entrar, ven unas cuantas estatuas de Buda sobre la mesa de la cocina.

—Guácatelas. Los dejaron más secos que el coño de mi abuela —grita el capo al comprobar que están vacíos y luego mira a sus hombres, que están parados sin saber muy bien qué hacer—. No se queden ahí como pinches estatuas y registren el apartamento —ordena enfurecido.

Los gorilas destrozan todo lo que encuentran a su paso: los vestidos de María, sus zapatos, el colchón, la cama, los cuadros, las mesas, las sillas, la vajilla china y la televisión. Uno de los matones da una patada al altar de la Virgen de la Almudena y la estatua cae al suelo rompiéndose en tres pedazos.

Don Habanero se acerca a Junkie Eddy para colocarle una pistola en la frente.

—La fórmula de los santos espíritus o tu pinche vida.

El sargento Peña toma posiciones en el pasillo junto a los agentes especiales, un grupo de guardias civiles y la doctora Del Valle. El capitán cuenta hasta tres y sus hombres entran en el apartamento, pero antes de que el sargento pueda seguirles, la doctora le sujeta por el brazo.

—María está en el tejado.

Hace una seña a dos de sus hombres.

—Suban con la doctora, pero que nadie haga nada hasta que yo dé la orden.



—¡Alto, policía! —grita el capitán. Sin embargo, don Habanero y sus hombres son buenos gallos y no se rinden jamás. Desenfundan sus armas y comienzan a disparar contra los policías: varios disparos alcanzan en la cabeza a un guardia civil y dos agentes especiales, que caen al suelo heridos de muerte. Los policías responden con fuego a discreción contra los mafiosos y cuando Junkie Eddy levanta las manos para entregarse, el propio don Habanero se encarga de bajárselas de un balazo en el cráneo.

Después de haber sentenciado al gringo, comienza a disparar contra todo lo que se mueve y no deja de hacerlo hasta que el sargento Peña descarga su munición en la barriga y en el pecho del intocable capo. El impacto de los balazos le tumba sobre los trozos de la Virgen de la Almodena que hay esparcidos en el suelo.

Sus gorilas no rinden batalla hasta que el último de ellos, con más de diez balas en el pecho, cae sobre el cuerpo sin vida de don Habanero.

El sol comienza a desaparecer tras las cumbres de la sierra de Guadarrama. Ni los disparos de don Habanero y sus gorilas, ni los de la policía, ni siquiera los bailes de Jade y de la santa impiden a los pájaros continuar con su misión. Tan sólo les queda por completar un pequeño hueco de este gran círculo que decora el cielo.

La princesa contempla el gran espectáculo de los pájaros con los ojos desorbitados y sin poder controlar la risa. Jade, arrodillada, da las gracias por el milagro que sobrevuela su cabeza. Los colores brillan ante sus ojos y las dos únicas nubes que hay se mueven dejando a su paso una vía láctea de destellos plateados; el piar de las aves es un coro

de ángeles que canta en el cielo, y el protagonista de esta historia, el círculo, gira como si fuera un agujero negro perdido en el espacio. Ni las máquinas tragaperras ni la ruleta ni el póquer lograron marcar en Jade esta sensación de descontrol mágico, la sensación de haber hecho lo correcto, de estar más cerca de Dios que ningún otro ser de la Tierra.

El milagro de los milagros está a punto de culminar. Faltan unos minutos para que el rumbo de la historia cambie, para que la Biblia, el Corán, el Tao, el Popol Vuh y las enseñanzas de Buda sean comprendidos en los cinco continentes de nuestro precioso planeta sin la necesidad de derramar sangre en nombre de Dios.

La humanidad tendrá otra oportunidad, salvada de las desgracias, las guerras, el hambre, el dólar, el euro, el petróleo, el calentamiento global y los casinos... y Jade es la discípula elegida para este menester. Poco le importa dar con sus huesos en la cárcel; poco le asustan los muchos coches de policía que se agolpan con las sirenas y las luces frente a su casa. Tres camiones de televisión con parabólicas en el techo aparcan delante del portal de Sierra Morena 32 y varios grupos de periodistas apuntan con sus cámaras indistintamente hacia el círculo y hacia su tejado.

Por desgracia para todos los seres vivos de nuestro planeta, incluyendo a la mosca tsé-tsé, el sargento Peña llega con sus hombres a la azotea y allí se detiene junto a la doctora, que aguarda escondida con dos guardias civiles.

—Guarden sus armas y cuando cuente hasta tres, vamos a por ellas —ordena.

En honor a Jesús el Nazareno y a sus discípulos en la última cena, la princesa y Jade se comen trece migas bañadas en santos espíritus, y luego con solemnidad y respeto elevan el último de los budas al cielo.

El sargento comprueba una vez más que nadie tenga el arma desenfundada.

—A la una, a las dos y a las tres.

Todos menos la doctora salen de su escondite y se lanzan sobre ellas.

—Nooo, nooooo, pobres ignorantes, nooo, noooo  
—grita la princesa al verse atrapada. Jade intenta defenderla, pero tres guardias civiles le impiden moverse y en lo alto, como respuesta al ataque sufrido por María, los pájaros se ven obligados a abandonar el círculo.

En menos de treinta segundos, no queda uno solo en el cielo.

## EPÍLOGO

*San Blas, estado de Nayarit, México,  
cinco años más tarde*

San Blas estaba escondido en medio de la selva de la costa del Pacífico mexicano y tenía una gran ventaja frente a otros lugares perdidos: el turismo no llegaba gracias a un puñetero mosquito llamado jején. En él sólo vivían pescadores con sus familias y algún que otro veterano de guerra acostumbrado a la soledad de la selva y a las picaduras de los insectos.

La pelea de gallos se cobró la última de las víctimas, los pesos pasaron de mano en mano; también las cervezas Tecate y los porros de marihuana. Alejandro había apostado al gallo vencedor y después de una buena tarde le sobraban billetes para gastar en la cantina, pero antes de ir a beber tequila y pulque, decidió pasarse por el dentista: éste únicamente iba al pueblo dos días al mes y él necesitaba con urgencia una revisión de su dentadura.

Hace dos semanas, la señora que regentaba el puesto en el mercado donde solía ir a desayunar sufrió un ataque al corazón y murió. Una de sus hijas, una cuarentona de

muy buen ver, había pasado a encargarse del negocio familiar. «Tanta curva y yo sin frenos», pensó Alejandro al verla por primera vez. Aquella mañana no se había atrevido a pedirle el café de todos los días, ya que en la noche anterior le rompieron de un guantazo la dentadura postiza en una de las múltiples peleas que acostumbraba tener mientras le duraba la borrachera. «No quiero que esta maravilla me vea sin dientes», penso, así que sin pensárselo dos veces fue a su casa, cogió los trozos de dentadura postiza y los pegó burdamente con Superglue, pero como tenía ganas de coquetear con la del puesto del mercado, no esperó el tiempo suficiente a que el pegamento hubiera secado y aquella impaciencia le costó que la dentadura se le quedara adherida a las encías y le causara una buena infección. Apenas había podido animar a sus gallos en el palenque, ahora casi no podía hablar y tenía clarísimo que con esta pinta no se ligaba a la de las curvas por mucho que andase sin frenos.

Poco tiempo le duraron los trescientos mil euros de los budas: la mitad se la dio a su amigo Orlando al cruzar la frontera de Portugal. El resto se lo gastó no sabe muy bien en qué. Menos mal que el *hacker* se acordaba de él y todos los meses le enviaba mil quinientos dólares para sus gastos. Al principio le mandaba en una sola transferencia lo que consideraba necesario para todo el año, pero a Alejandro el dinero no le duraba ni un mes: cuando tenía «plata» se la gastaba invitando a todo el que no pudiera pagarse un trago o comprarse «mota para fumar un churro». Desde que se dio cuenta, el hijo de Kalatagan Arsenio le envía una cantidad fija al mes; lo suficiente para vivir sin tener que invitar a todos los borrachos y colgados de San Blas.

La puerta de la consulta del dentista estaba abierta;

sólo había dos personas en la sala de espera. Al entrar, el antiguo discípulo saludó con buenos modales y se sentó en la única silla libre que quedaba. Sólo una cosa le inquietaba: no tenía del todo claro cómo se las iba a apañar el dentista para arrancarle la dentadura postiza, que con firmeza se mantenía pegada a sus encías.

*En algún lugar del mundo*

La pantalla del ordenador indicaba que una transferencia bancaria de más de medio millón de euros estaba a punto de ser realizada. El marcador se posó en «Enviar a Santa Locura». Enter.

—Su transferencia ha sido efectuada —confirmó una voz femenina y muy sexy desde un altavoz.

Frente al ordenador, con los pies sobre la mesa, Orlando miraba la pantalla junto a su padre, el gran Kalatagan Arsenio. Los dos tenían aspecto saludable aunque bien distinto al acostumbrado: el chico se había teñido el pelo de naranja y violeta y lucía bigote y perilla. Su padre, gracias a una buena cirugía estética, ahora parecía un sueco tostado por el sol. Al despedirse de Orlando, Alejandro le dijo que la forma más fácil para recuperar a su padre pasaba por sobornar a una tal doctora Prity en el hospital de Goa. Le hizo caso, y por tan sólo cincuenta mil euros el maestro desapareció misteriosamente del psiquiátrico hindú.

Una televisión encendida pero sin volumen los acompañaba en su lujosa cabaña. Por una de las ventanas entraba la suave brisa del mar y el olor de unas flores tropicales. Kalatagan miró su reloj.

—Son las cinco de la tarde en Madrid.

Orlando dejó de trabajar en su ordenador y buscó el

canal de Televisión Española, que estaba emitiendo en directo uno de los acontecimientos más extraños de los últimos tiempos.

—Sube el volumen, que no oigo nada —pidió el maestro a su hijo.

Miles de mendigos, borrachos, prostitutas, locos y un largo etcétera de personas similares a las descritas se apretujaban contra la verja de un lujoso chalet en la elegante urbanización de Puerta de Hierro.

La presentadora del programa, micrófono en mano, se mezclaba entre la multitud que aguardaba la salida de María al balcón de su casa.

«Mendigos de los cinco continentes soportan el calor de agosto para celebrar por quinto año consecutivo el primer milagro de Santa Locura. Todos y cada uno de los aquí reunidos creen que lleva entre nosotros más de setecientos años, y dicen que no morirá hasta que un nuevo círculo de pájaros se forme en el cielo. ¿Es Santa Locura un fraude o por el contrario una verdadera santa? Esta pregunta nos la hacemos muchos de nosotros. El Papa no reconoce su divinidad, ni tampoco el Dalái Lama. Pero para todos los excluidos de la sociedad, para los olvidados de las ciudades y de los pueblos, para todos los desesperados, Santa Locura es su única fuente de alegría. Si no me creen, les pido que no se muevan de sus asientos y lo comprueben ustedes mismos después de la publicidad.»

### *Madrid*

La cámara había dejado de enfocar a la presentadora para concentrarse en la multitud que rodeaba al equipo de televisión. Unos cuantos fieles se santiguaban; otros, arro-

dillados sobre el asfalto, rezaban sin descanso. Cinco años después se resistían a olvidar el día en que la humanidad se quedó sin conocer el secreto para su absoluta libertad. Aún recordaban el trágico momento en el que el círculo de pájaros se borró del cielo y suplicaban a Santa Locura que volviese a intentarlo, que no se rindiese, que no se olvidase de su misión.

Algunas de las ancianas que ayudaron a repartir las migas se encontraban junto a la Sin Nombre, aguantando como unas valientes el calor del sol, la multitud y a los cientos de periodistas que las atosigaban. Tío Pepe brindaba con su botella aunque ya no podía andar. Desde hacía tres meses iba en una silla de ruedas que había conseguido gracias a la generosidad de su queridísima santa.

La presentadora, ayudada por la Sin Nombre, logró entrar con su equipo dentro del recinto donde se hospedaba María.

—Ya lo ven ustedes. El fervor y el cariño hacia Santa Locura crece cada año. En estos momentos nos encontramos junto a una de las protagonistas de esta maravillosa historia.

Jade y su hija Lorena se hallaban detrás de la caja registradora de una enorme tienda. Se vendía todo lo que pudiera llevar cualquier imagen de la santa: camisetas, tazas de café, postales, carteles, estatuillas, incluso se su-  
bastaban trozos de tela de sus maravillosos vestidos. Debido al tumulto de personas que aguardaba turno para adquirir cualquiera de los productos en venta, la presentadora pasó serias dificultades para acercar el micrófono a Jade.

—Tú fuiste una de sus primeras discípulas, ¿es cierto que has vendido más de un millón de libros de Santa Locura?



Jade sonrió a la cámara.

—Un millón en castellano. No sé cuántos ejemplares se han vendido en otras lenguas.

Alguien empujó a la presentadora, pero ésta, a pesar de las circunstancias, consiguió mantener el micrófono cerca de la discípula.

—También eres la gestora de este gran negocio en el que se ha convertido Santa Locura.

—Dios quiera que así sea por muchos años. Son demasiados los desamparados de la sociedad que viven, se divierten y emborrachan gracias a la generosidad de la santa y a la de unos amigos en paradero desconocido.

—¿Quiénes son? —preguntó la presentadora sopor-tando un tremendo pisotón en su juanete.

—Personas que siguen al loco porque les sabe a grandeza su locura.

Alguien apartó de un manotazo el micrófono.

—Ocho mecheros con la cara de la santa y tres camiset-tas talla L, por favor.

En una habitación enorme, semejante a la *suite* de un hotel de cinco estrellas de algún lujoso país de Oriente, la ex doctora Del Valle daba instrucciones a las cinco mujeres que atendían a María.

—Rápido, que los de la CNN y *El País* llevan esperando más de tres horas.

El personal femenino que había en la habitación iba vestido igual que las heroicas y valientes guerreras vírgenes de la batalla de Akbar, exceptuando la doctora, que se diferenciaba del resto por las sandalias de Prada y porque había perdido la virginidad mucho tiempo atrás. Todas estas mujeres componían la guardia pretoriana de Santa

Locura: lo hacían por amor hacia ella y un salario de cuatro mil euros al mes.

Sor Guillermina entró apresurada en la habitación con *Hashisha* sobre su hombro. Seguía llevando la cofia de monja, pero ahora vestía un hábito blanco con un perfil de Santa Locura haciendo una pirueta en el aire.

—Santidad, la gente se impacienta. Si no sale de inmediato, van a tirar la valla del jardín.

—¿Os parece extraño, hermana? Es ya demasiado el tiempo que esta pobre gente lleva aguardando mi presencia —dijo María mientras estiraba un dedo para que *Hashisha* se subiera en él—. Abrid las puertas, pues, y comencemos a repartir los euros de una vez.

